

La Alcaucoba, por Alonso de Ercilla
La Amosqoea, por Jose de Villaviciosa

PQ6389
A2
1861
v. 1

8613

E650

003112



1080018975

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

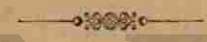
E X
HEMET



LA MARAVILLA.

SEGUNDA SÉRIE.

SECCION RECREATIVA.



LA ARAUCANA, Y LA MOSQUA.

TOMO I.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HABAN
D. J. TURBIANO, C. DE

LIBRERÍA DE E

3112

LA ARAUCANA,

POR

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

T

LA MOSQUA,

POR

D. JOSÉ DE VILLAVICIOSA.

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID.

D. ANTONIO DE SAN MARTÍN, C. VICTORIA, 9. HABANA: D. EMILIO FONT, C. RELATORES, 42 Y 44. CÁDIZ:

D. J. TURBIANO, C. DE LA OBRAPÍA, 415. Sres. VERDEGO, HORILLAS Y COMP. Capitan Alcañina

BARCELONA. *Biblioteca Universitaria*

LIBRERÍA DE EL PLUS ULTRA, RAMBLA DEL CENTRO, 15.

1861.

40426

3112

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ6389

A2

1861



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Barcelona.—Imp. de Narciso Ramírez, Escudillers 40, piso 4.º—1861.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO V. 1861"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO

DE

D. A. SANCHA SOBRE LA VIDA

DE

D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

La puntualidad y elegancia con que el *licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa* recoge y pondera las noticias pertenecientes á la vida del ilustre caballero D. ALONSO DE ERCILLA en el Elogio que precede á la impresion de su ARAUCANA del año de 1590 conservado en esta, condenan al parecer de superfluo cualquier trabajo nuevo que se emplee en este mismo asunto, sujetándolo al fastidioso vicio de la repeticion. A ejemplo sin embargo de los que recogen las espigas que perdona la hoz, procuraremos nosotros juntar las especies que omitió la diligencia de *Mosquera*, para que de la coleccion de todas resulte mayor conocimiento y noticia de los hechos y carácter de este insigne poeta.

Nació D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA en Madrid á 7 de agosto de 1533; pero traia su origen de Bermeo, cabeza del señorío de Vizcaya, de donde era natural *Fortun Garcia de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto, que murió en Valladolid á 29 de setiembre de 1534, á los cuarenta de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, señor de la Torre

TOMO I.

1
003112

de Ercilla, abuelo de nuestro D. Alonso, cuyo nacimiento accidental en Madrid no debe despojar á Vizcaya de este elegante poeta, con cuya posesion deja de ser tan rara, como pondera D. Nicolás Antonio, la prenda de la poesía en los naturales de aquel nobilísimo señorío (1). Su madre fué doña Leonor de Zuñiga, señora de Bobadilla, cuya villa, muerto Fortun Garcia, fué incorporada á la Corona, y ella nombrada guardadamas de la emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: D. Francisco de Zuñiga, que murió mozo en Madrid á 28 de julio de 1545; D. Juan de Zuñiga, abad de Hormedes, limosnero mayor de la reina doña Ana de Austria, y maestro del príncipe D. Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de agosto de 1580; y nuestro D. ALONSO que desde sus tiernos años se crió en palacio en calidad de paje del príncipe D. Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á la sombra de su madre doña Leonor (2). Era de ingenio vivo y naturalmente culto, de atinado juicio y de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perfeccionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América. Porque siguió á Felipe II en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flándes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Stiria y Carintia (3). Y como siempre fué inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo (4), adquirió grande caudal de noticias y de prudencia, viendo, como otro Ulises, tanta diversidad de naciones y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al príncipe D. Felipe, que llamado de su padre el emperador, pasó á Bruselas, y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flándes, atravesando la Italia, la Alemania y el ducado de Luxemburgo, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El cronista Juan Estéban Calvete, que refiere este

- (1) Bibl. Hisp. Nov. tom. II, ver. *Martinus de Ibarra*.
 (2) Refiere estas noticias genealógicas D. Luis de Salazar en sus *Advertencias históricas*, pag. 13 y 14, citando á Garibay en el tomo III de sus obras no impresas, que de su misma letra se guardan en la librería del conde de Oropesa.
 (3) Canto XXXVI.
 (4) En el mismo canto.

viaje, llama á nuestro ERCILLA D. Alonso de Zuñiga, usando del segundo apellido (1).

Siguió tambien D. ALONSO al mismo príncipe, cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con doña María, heredera de aquel reino. En esta sazón llegó á Lóndres la noticia del levantamiento del estado de Arauco. Y hallándose en aquella córte Jerónimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el rey capitán y adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió pues de Lóndres Alderete, llevando en su compañía á D. ALONSO de edad de veinte y un años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice (2). Pero muriendo el adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó ERCILLA su viaje á Lima, capital del Perú. Era virey de aquel reino D. Andrés Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, y con noticia de la muerte del adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo D. Garcia por capitán general de Chile, á donde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes araucanos. Pasó pues D. ALONSO á Chile incorporado en esta escuadra, como él asegura (3), y lo confirma el cronista Herrera (4).

Entonces dió principio D. ALONSO á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *licenciado Oña* (5); pues como del otro troyano cantó Virgilio, fué nuestro D. ALONSO gran parte de ellas: siendo Chile el teatro en donde hizo alarde de las primicias de su valor y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heroico esfuerzo todas sus calamidades y riesgos de la vida; y no contento con estas empresas, acompañó á su general D. Garcia Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra, que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chiloe; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables, y atravesando dos veces en piraguas el peligrosí-

- (1) Pag. 72.
 (2) Canto XIII.
 (3) En el mismo canto.
 (4) Década VIII, pág. 156.
 (5) Arauco domado, canto VI.

simo desaguadero del archipiélago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazón, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí, grabó con un cuchillo la siguiente octava (1):

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño bareo deslastrado
Con solos diez pasó el desaguadero,
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos por hebrero,
A las dos de la tarde el postrer día,
Volviendo á la dejada compañía.

Volvió en efecto despues de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazón en la ciudad, dice el mismo ERCILLA (2), gran número de gallardos jóvenes, concertaron una justa y desafío, en donde mostrase cada cual su valor y destreza. El doctor Cristóbal Suarez de Figueroa dice (3), que estas fiestas las mandó celebrar Don García para solemnizar la noticia que se recibió en Chile de la coronacion del rey Felipe II, en virtud de la renuncia que en Bruselas hizo en él el emperador Carlos V su padre. «Hubo (añade Figueroa) entre otros regocijos estafermo, á que salieron muchos armados. Sobre quién habia herido en mejor lugar, hubo diferencia entre *D. Juan de Pineda* y *D. Alonso de Ercilla*, pasando tan adelante, que pusieron mano á las espadas. Desenvaináronse en un instante infinitas de los de á pié, que sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse voz que habia sido desecha para causar motin, y que ya los dos fingidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque ligeras. Prendiéronse por orden del general, que para infundir temor entre los demás, los

(1) Canto XXXVI.

(2) Allí mismo.

(3) Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, cuarto marqués de Cañete, pág. 103 y 104.

condenó á degollar, sabiendo ser cualquier severidad eficazísima para asegurar la milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha informacion, y hallado que habia sido caso improviso el de los dos, se revocó la sentencia, etc.»

Hace mencion de este suceso el mismo ERCILLA, y dice expresamente que fué sacado á la plaza á degollar (1):

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo-cuchillo la garganta:
El enorme delito exagerado
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.

Y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso (2):

Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitan acelerado
Fui sacado á la plaza injustamente
Á ser públicamente degollado etc.

De modo que segun esta relacion revocó D. García la sentencia estando para ejecutarse. Siguióse despues tener gran tiempo preso á D. ALONSO, para enmendar con éste el primer yerro, como él asegura (3), sucediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion, ni asaltos de plazas, que despues se ofrecieron. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile, y llegó prórperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades que ejercia en Venezuela Lope de Aguirre, y determinándose á ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habian ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde (4). Era Lope de Aguirre un guipuzcoano, natural de Oñate, que viviendo en Lima fué uno

(1) Canto XXXVI.

(2) Canto XXXVII.

(3) Canto XXXVI.

(4) Allí mismo.

de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del capitán Pedro de Ursúa, fueron enviados el año de 1559 por el marqués de Cañete, virey del Perú, á la conquista de los omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su capitán, le quitó la vida, y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara ERCILLA á Herodes y á Neron, pues no perdonó á su propia hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego García de Paredes, y cortándole la cabeza, lo desuartizaron el año de 1561 (1). Por este tiempo padeció ERCILLA una larga y extraña enfermedad, convalécido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los veinte y nueve años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemania, Silesia, Moravia y Panonia (2). Pero hallándose en Madrid el año de 1570, contrajo matrimonio con doña María Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan, y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la reina doña Isabel de la Paz, la cual y el emperador Rodulfo fueron sus padrinos, como dice Estéban de Garibay, citado por D. Luis de Salazar (3). Hace mención D. ALONSO en su *Araucana* de esta señora, alabándola sobre todas las que, arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado, y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice (4),

Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una,
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARÍA.

Si es verdad que D. ALONSO casó por enero de 1570 como

- (1) Fr. Pedro Simon, parte I de sus *Noticias historiales*, pág. 563 y 564.
(2) Canto XXXVI.
(3) Advertencias históricas, pág. 13.
(4) Canto XVIII.

asegura Garibay, no pudo ser su madrina la reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de octubre de 1568 (1). Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II y hermana de los príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid: de donde llamó al primero Maximiliano II su padre, el año de 1572, para coronarle rey de Hungría en Posonia: el siguiente de 1573, fué coronado rey de Bohemia en Praga, y el de 1576 sucedió á su padre en el imperio (2). De este emperador fué gentilhombre D. ALONSO DE ERCILLA, y acaso le acompañó en sus viajes á Alemania. Pero por los años de 1580 parece vivía retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa real, sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios y de ingenio, nada parece medró en la milicia ni en palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo rey, diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenía arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos habia corrido con honor la carrera de su vida, y aunque destituido de premios, tenia la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que verdaderamente consisten (3). En los *Avisos para palacio* (4) se refiere este caso de nuestro ERCILLA. «Hablando algunas veces á Felipe II, D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA, siendo muy discreto hidalgo, que compuso el poema la *Araucana*, se perdió siempre, sin acertar con lo que queria decir, hasta que conociendo el rey por la noticia que tenia de él, que su turbacion nacia del respeto con que ponía los ojos en la majestad, le dijo: *D. Alonso, habládme por escrito*. Así lo ejecutó, y el rey le despachó é hizo merced.»

Si D. ALONSO recibió esta merced, no parece fué suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desahuciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas flo-

- (1) Cabrera, *Historia de Felipe II*, pág. 504.
(2) Rodrigo Mendez de Silva, *Vida de la emperatriz D.^a María*, pág. 56.
(3) Canto XXXVII.
(4) Impresos á continuacion de la *Carta y Guia de casados*, fol. 194.

rído de su vida (1). Entre otras flaquezas que le remorderían á D. ALONSO, serían sin duda aquellas mocedades, de que fueron fruto varios hijos que tuvo fuera de matrimonio (pues legítimo no tuvo ninguno), y que con toda expresión refiere D. Luis de Salazar con autoridad de Estéban de Garibay (2): de los cuales la mas notable fué doña María Margarita de Zúñiga, dama de la emperatriz doña María, que casó altamente, pues fué su marido D. Fadrique de Portugal, señor de las baronías de Orani, caballero mayor de la misma emperatriz, hijo de los condes de Faro y Mira.

No sabemos cuándo murió D. ALONSO DE ERCILA. El año de 1596 le supone vivo el licenciado Mosquera; pues entonces decia, que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de D. Alvaro Bazan, marqués de Santa Cruz, cuyo poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar (3).

Fué D. ALONSO DE ERCILLA soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras propias, sustentaria en la posteridad la opinion de sus heróicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos españoles: ó antes bien él solo se basta á si mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el héroe y el poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades, si Homero y los historiadores griegos y latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres; y solo comparable con César, historiador de lo mismo que obraba. Véase esto en su *Araucana*, poema heróico, que Miguel de Cervantes gradua de uno de los mejores que hay escritos en lengua castellana, y de una de las mas ricas prendas de poesia que tiene España (4): poema por el cual el humanista Juan de Guzman llama á D. Alonso el *Homero Hispano*, y príncipe de los poetas españoles (5): cuyo libro, dice Andrés Escoto,

(1) Canto XXXVII.

(2) *Advertencias históricas*, pág. 14.

(3) *Comentario de disciplina militar*, pag. 175.

(4) *Historia de D. Quijote*, tom. I, cap. 6.

(5) *Convite de oradores*. Conv. VI y VIII.

que leían muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos (1): y de cuyo autor dijo Vicente Espinel (2):

Que en el heróico verso fué el primero
Que honró á su patria, y aun quizá el postrero.

Consta este poema de tres partes, que compuso, como él dice, escribiendo de noche lo que obraba de día. Imprimió al principio la primera parte solamente, añadió despues la segunda, y ambas las dió á luz el año de 1578 en 4.º; y habiendo escrito la tercera, publicó las tres el de 1590 en 8.º A esta impresión se siguieron muchísimas. Es su argumento las guerras que con obstinacion temeraria sustentaron los araucanos para defender su rebelion contra su rey D. Felipe II, en cuya relacion guardó D. ALONSO la mas escrupulosa puntualidad, porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte (3). Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata variedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos, cuyos autores, especialmente de parte de los araucanos, eran unos personajes particulares, desconocidos y agrestes. Así llegó sin fingir á dar á su poesia toda la gracia, á que otros poetas no pudieron arribar sin el auxilio de las ficciones; porque el fingir es fácil; y difícil dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. Sin embargo, en varios episodios, que introduce para amenizar la esterilidad de unos libros de materia tan áspera, que desde el principio hasta el fin no contienen sino una misma cosa (4), se echa de ver la fecundidad de su invencion, especialmente en el del mago Fiton. Llegase á esto la magnificencia del estilo, la majestad del númer, la grandeza de la locucion, la abundancia admirable de sentencias: todo lo cual constituye á D. ALONSO un segundo Lucano español, tanto mas digno de admiracion, cuanto que al poeta cordobés le suministraban materia mas

(1) Bibl. Hispana, ver. *Fortunius García*.

(2) Casa de la Memoria.

(3) Prólogo de la parte II.

(4) Allí mismo.

copiosa y sublime la misma elevacion de los héroes, y la grandeza de las guerras, de cuyo destino dependia el señorío del universo: en lugar que el porfiado empeño de los araucanos solo tenia por objeto, como dice ERCILLA (1), *defender unos terrones secos, y campos incultos y pedregosos*. Y aunque el todo del poema es maravilloso, algunas partes de él son inimitables. La arenga de Colocolo, tan celebrada por el autor de la *Henriada*, es preferida justamente por otro escritor al discurso con que Nestor intenta al principio de la *Iliada* concorder los ánimos de Aquiles y de Agamenon, desavenidos por la posesion de la cautiva (2).

En el estilo no obstante de la *Araucana* siempre por otra parte propio y enérgico, se notan algunos vocablos nuevos, usados por ERCILLA obligado de la ley del consonante; como son *lena, fida, libidino, soledosa*. El citado autor de la *Escuela de literatura* nota este poema de prolijo, y el doctor Suarez de Figueroa, de acéfalo. Así continúa el fragmento que alegamos arriba sobre el caso de haber mandado degollar á ERCILLA D. García Hurtado de Mendoza: «El conveniente rigor con que D. ALONSO fué tratado, causó el silencio en que procuró sepultar las inclitas hazañas de D. García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de general. Ingrato á muchos favores que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo: como si se pudieran ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad y buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos y otros. Tanto pudo la pasion, que quedó casi como apócrifa en la opinion de las gentes la historia, que llegara á lo sumo de verdadera, escribiéndose como debia etc.»

Imputa Suarez á ERCILLA tres defectos: 1.º que calló á Don García Hurtado de Mendoza en su *Araucana*; 2.º que este silencio procedió de la ingratitud de su ánimo, obligado por otra parte de muchos favores que habia recibido de su mano; 3.º que su historia quedó como apócrifa.

(1) Prólogo de la parte II.

(2) *Ecole de litterature*, tome premier, pag. 380.

Mas en descargo de estas acusaciones debe decirse, que en ninguno de los sucesos que se refieren en la primera parte de la *Araucana*, que es la principal del poema, tuvo intervencion alguna D. García; porque pasaron bajo el mando de Pedro de Valdivia, conquistador del Arauco, y de Francisco de Villagrán, que por su muerte quedó por gobernador y capitán de aquella tierra. Con que ninguna injuria se hace á D. García Hurtado de Mendoza en callar su nombre en el discurso de unas guerras en que él no se halló. Su ejercicio de capitán general intervino en los sucesos que se refieren en la segunda parte, y en parte de la tercera. Y aquí no es tanta verdad como exagera el doctor Suarez, que suprime su nombre, pues repetidas veces hace expresa mencion de él, representándole como cabeza de las tropas que militaban en Chile (1), con cuya memoria desaparece el silencio de que el historiador del marqués de Cañete culpa al autor de la *Araucana*. Y por otra parte, si D. ALONSO DE ERCILLA recibió muchos favores de mano de D. García, no los menciona Suarez, ni á nosotros nos consta otra cosa, sino que refiriendo su historiador los cargos que en una ocasion distribuyó en diferentes soldados (2), quedó excluido D. ALONSO: ni nos persuadimos que entre aquellos favores cuente el de haberle sentenciado el marqués á ser degollado pública é injustamente. Con que queda ERCILLA desobligado á su decantado protector, y libre del vicio de la ingratitud, tan ajeno de la generosidad de su condicion. Menos razon tiene el doctor Figueroa, ó por mejor decir mas injuria hace á D. Alonso, en poner nota en la fe de su historia, el cual tantas veces protesta al rey Felipe II, que es incontestable la verdad de los hechos que refiere de las guerras de Arauco, parte de los cuales oyó á personas fidedignas, que se hallaron en ellos, y parte de que él fué testigo ocular. Y en efecto así lo han creído siempre los historiadores que despues trataron de ellas; y el P. Ovalle con especialidad confirma su historia frecuentemente con el contexto de la *Araucana*. Pero si el marqués de Cañete tuvo algun sentimiento de que D. ALONSO no hablase de él con tanta

(1) Parte I, canto XIII; parte II, canto XVII, XXI, XXV, XXXIV y XXXV.

(2) *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza*, pág. 61.

frecuencia como esperaba, ya procuró desagraviarle el licenciado Pedro de Oña, natural de Chile, en su *Arauco domado*, que escribió, como él dice (1), para corregir el silencio de ERCILLA. En efecto, se oyen celebrados con frecuencia los ilustres hechos del valeroso y prudente virey del Perú; pero con tan poca dicha, que mas gloriosos serán en la memoria de los hombres por las ocasiones en que nuestro ERCILLA menciona sus heroicas prendas y oficio, que por la afectada repetición con que Oña los inculca; y si solamente vivirán por su pluma, ya hubieran seguido la suerte del poema que los contiene, y se vieran olvidados y desestimados. Pues aunque el poeta del *Arauco domado* muestra natural y fácil vena, carece por lo comun de la elevación y dignidad de la epopeya, é incurre muchas veces en manifiestas puerilidades, y otras deja correr la pluma licenciosamente (2).

Estos y otros defectos quiere disculpar el autor, alegando por excusa inadmisibile la brevedad del tiempo y la prisa extraordinaria que le daban, segun se queja en la siguiente octava, que se halla antes del medio del canto VIII:

En obra de tres meses que han corrido,
He yo tambien corrido hasta este canto:
Mirad si para haber corrido tanto,
Es mucho no ir el verso tan corrido;
Mas yo con él quedara bien corrido,
Si no corriera todo lo que canto
Derecho á socorrerse de un Mecenaz,
Que bien hará correr las cojas venas.

Tal es el émulo y competidor del sublime ERCILLA! de quien solo resta que advertir, que esta impresion que ahora se publica está conforme con las que tienen aumentados los cantos XXXVI y XXXVII (3). Demás de esto en la corrección se ha puesto la posible diligencia, por cuyas razones parece debe preferirse esta impresion á cuantas la han precedido.

(1) Exordio de la primera parte.

(2) Canto V y VII.

(3) Cótéjese la del año de 1590 con la del de 1632, ambas de Madrid.

ELOGIO

DEL LICENCIADO CRISTOBAL MOSQUERA DE FIGUEROA,

AUDITOR GENERAL DE LA ARMADA Y EJÉRCITO DEL REY NUESTRO SEÑOR,
Y CORREGIDOR DE LA CIUDAD DE ECUIJA, Á

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

Con armas doradas, y con la roja señal del glorioso Patron de España, vereis este generoso retrato de D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA, que con la barba crespá, y cabello levantado, y constantes ojos, dá muestra de caballero de animosa determinación, y ajeno de todo temor. El que veis ahora con armas de infante, poco há que le visteis revolviendo á una y otra parte el feroz caballo, con la espada desnuda, en los apartados valles del no domado estado de Arauco, á quien no le pusieron espanto los escuadrones de bravos caciques, señores de innumerables vasallos, ni los incultos y ligeros puelches, usados á las armas en el rigor del invierno, ni los indómitos y robustos araucanos que con tanta constancia defienden sus términos, y con mas que humanas fuerzas y armas de gigantes, sacudieron el yugo jamás probado de sus cervices, y derramaron tanta sangre de españoles, volviendo aquel suelo idólatra y bárbaro, sepulcro religioso de cristianos; no le impidieron su deseo de gloria los peligrosos asaltos y escaramuzas del fuerte de Penco, ni las crueles muertes de españoles, ni la fama de los mapochotes, constantes en defender sus leyes, ni los dispuestos promaucaes, diestros en arrojar la flecha, antes encendido en generosa braveza, deseoso de servir á Dios y ensanchar la tierras de su rey, siempre se halló en las ocasiones peligrosas, sin tener hora de reposo, como se lee en muchos lugares de su historia.

Y en la sangrienta batalla de Millarapué, en la cual los araucanos con tanto valor y disciplina militar se mostraron en aquella áspera bre-

frecuencia como esperaba, ya procuró desagraviarle el licenciado Pedro de Oña, natural de Chile, en su *Arauco domado*, que escribió, como él dice (1), para corregir el silencio de ERCILLA. En efecto, se oyen celebrados con frecuencia los ilustres hechos del valeroso y prudente virrey del Perú; pero con tan poca dicha, que mas gloriosos serán en la memoria de los hombres por las ocasiones en que nuestro ERCILLA menciona sus heroicas prendas y oficio, que por la afectada repetición con que Oña los inculca; y si solamente vivirán por su pluma, ya hubieran seguido la suerte del poema que los contiene, y se vieran olvidados y desestimados. Pues aunque el poeta del *Arauco domado* muestra natural y fácil vena, carece por lo comun de la elevación y dignidad de la epopeya, é incurre muchas veces en manifestas puerilidades, y otras deja correr la pluma licenciosamente (2).

Estos y otros defectos quiere disculpar el autor, alegando por excusa inadmisibile la brevedad del tiempo y la prisa extraordinaria que le daban, segun se queja en la siguiente octava, que se halla antes del medio del canto VIII:

En obra de tres meses que han corrido,
He yo tambien corrido hasta este canto:
Mirad si para haber corrido tanto,
Es mucho no ir el verso tan corrido;
Mas yo con él quedara bien corrido,
Si no corriera todo lo que canto
Derecho á socorrerse de un Mecenaz,
Que bien hará correr las cojas venas.

Tal es el émulo y competidor del sublime ERCILLA! de quien solo resta que advertir, que esta impresion que ahora se publica está conforme con las que tienen aumentados los cantos XXXVI y XXXVII (3). Demás de esto en la corrección se ha puesto la posible diligencia, por cuyas razones parece debe preferirse esta impresion á cuantas la han precedido.

(1) Exordio de la primera parte.

(2) Canto V y VII.

(3) Cótéjese la del año de 1590 con la del de 1632, ambas de Madrid.

ELOGIO

DEL LICENCIADO CRISTOBAL MOSQUERA DE FIGUEROA,

AUDITOR GENERAL DE LA ARMADA Y EJÉRCITO DEL REY NUESTRO SEÑOR,
Y CORREGIDOR DE LA CIUDAD DE ECILJA, Á

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

Con armas doradas, y con la roja señal del glorioso Patron de España, vereis este generoso retrato de D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA, que con la barba crespa, y cabello levantado, y constantes ojos, da muestra de caballero de animosa determinacion, y ajeno de todo temor. El que veis ahora con armas de infante, poco há que le visteis revolviendo á una y otra parte el feroz caballo, con la espada desnuda, en los apartados valles del no domado estado de Arauco, á quien no le pusieron espanto los escuadrones de bravos caciques, señores de innumerables vasallos, ni los incultos y ligeros puelches, usados á las armas en el rigor del invierno, ni los indómitos y robustos araucanos que con tanta constancia defienden sus términos, y con mas que humanas fuerzas y armas de gigantes, sacudieron el yugo jamás probado de sus cervices, y derramaron tanta sangre de españoles, volviendo aquel suelo idólatra y bárbaro, sepulcro religioso de cristianos; no le impidieron su deseo de gloria los peligrosos asaltos y escaramuzas del fuerte de Penco, ni las crueles muertes de españoles, ni la fama de los mapochotes, constantes en defender sus leyes, ni los dispuestos promaucaes, diestros en arrojar la flecha, antes encendido en generosa braveza, deseoso de servir á Dios y ensanchar la tierras de su rey, siempre se halló en las ocasiones peligrosas, sin tener hora de reposo, como se lee en muchos lugares de su historia.

Y en la sangrienta batalla de Millarapué, en la cual los araucanos con tanto valor y disciplina militar se mostraron en aquella áspera bre-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA
"AL Filósofo"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

ña, donde se habian hecho fuertes gran número dellos: allí mostró DON ALONSO su valor y esfuerzo, provocado, y llamado por su nombre de los suyos, para que diese fin á aquella señalada empresa, y á mucho peligro y riesgo de su vida, se abalanzó en aquella espesura y maleza, y hubo una sangrienta refriega, como se puede creer de los que se ven apretados del peligro, que con tan porfiado coraje vendieron los araucanos sus vidas, que tuvieron por mejor partido morir allí todos peleando, que rendir las armas á los nuestros; y en las montañas de Purén, donde cerrados los pasos por los enemigos, asaltaron á nuestra gente, y la industria de D. ALONSO juntamente con esfuerzo, pudo librar á los que con él se hallaron de la furia y tempestad de los bravos enemigos, que con todo género de armas arrojadas, á semejanza de espesos torbellinos, los herian allí. En aquel desórden reconoció el arte militar, donde ni las heridas que recibió, ni el temor de la presente muerte, ni el desconcierto de los nuestros en la espesura y aspereza de aquellas hondas quebradas, le pudo ser de impedimento para que con sosegado pecho dejase de usar de su prudencia y consejo, que de tanta importancia fué entonces; pues él y once caballeros que recogió, subiendo por la áspera cuchilla de la montaña, ganaron la difícil cumbre, donde dejando los caballos ya inútiles por el gran cansancio y aspereza del sitio, á pié dieron á los enemigos por las espaldas tal rociada, que el súbito temor que con esta estratagema concibieron, les sacó la victoria de las manos, haciéndolos retirar con pérdida de la presa que habian ganado.

Ningun hombre habria que pudiese tolerar los inmensos trabajos á que obliga la guerra, las vigiliias, centinelas, hambre, sed, y el excesivo frío, y los ardientes calores sin reparo, el peso de las armas, si por una parte la inclinacion con que el hombre nace para seguir este ejercicio, y por otra el deseo de gloria no le hiciese ligera esta carga: y no es de menos importancia el tratar las armas desde los tiernos años; porque del hábito y costumbre de manejarlas nace la tolerancia y fortaleza del alma, y ninguna parte destas faltó á D. ALONSO, como vemos en el discurso de su vida: pues siempre con ellas á cuestras y ejercitándolas, tomó tan dudosa carrera, que cuando otra cosa no fuera sino darnos noticia de tantas provincias, ya merecen gran premio sus jornadas, dignas de perpetua recordacion.

Y una de las cosas en que se ve la grandeza del ánimo del hombre, y la parte inmortal adonde aspira, es el no hallarse contento ni satisfe-

cho en un lugar, procurando hartar su deseo, inclinado á diversidad de cosas, rodeando el mundo, y tentando diferentes lugares para hurtar el cuerpo á los fastidios de la vida, como refiere con elocuencia Guillermo Rondelecio, que suele acontecer á los peces, que algunos hay que siendo nacidos en los rios, en ellos perpetuamente viven, y alegres con sus asientos y moradas, allí se mantienen de sus naturales pastos sin buscar estancias ajenas: y otros, que siendo nacidos en el mar y en los estaños marinos, enfadados de sus propios alimentos, mudan sus lugares y se deslizan á recrearse por las ondas dulces de los rios, donde atraídos con la copia del mantenimiento, y con la suavidad de las aguas regalados, y con la tranquilidad de las ondas entretenidos, como encantados en la frescura y amenidad de sus vivares ó apartamientos, pasan lo que les resta de la vida, olvidados de todo punto de su primer domicilio. En las historias antiguas habemos leído de muchos, que deseando ver con los ojos lo que con leccion de libros habian peregrinado, corrieron muchas provincias y mares, como hizo Pitágoras, que vió los adivinos de Ménfis, Platon á todo Egipto, y aquella costa de Italia que antiguamente se llamaba la grande Grecia, que no le costó poco trabajo: pues floreciendo su nombre en las academias de Atenas, tuvo por bien (como dice S. Jerónimo) antes andar desconocido, y aprender vergonzosamente ajenas doctrinas como discípulo, que jactarse de las suyas como maestro: y como anduviese en seguimiento de las letras que entonces parecia que iban huyendo de los hombres, esta dificultosa empresa le costó la libertad, y así vino á ser peregrino y cautivo. Y muchos varones nobles leemos haber salido de España y Francia por conocer á Tito Livio, fuente de la elocuencia, y valió la fama de este hombre para atraer á aquellos á quien la contemplacion y grandeza de Roma no pudo llevar tras de sí, y en aquella edad hubo grandes milagros nunca oídos, y dignos de ser celebrados en la duracion de los siglos, que á muchos hallándose en la triunfante Roma, no les hartaba su deseo, como adelante se verá en D. ALONSO, y se salian de ella codiciosos de conocer cosas nuevas y peregrinas. Dejo de tratar, entre otros muchos, de Apolonio, que pasó de la otra parte del Cáucaso los escitas, masagetas, y los ricos indios, y revolió con muchas distancias á ver los montes de la Luna, y mesa del Sol en Etiopia, y tantas y tan diversas provincias, que para persuadirnos á que el trabajo de un hombre las pudo andar todas, hay necesidad de que crea-

mos que no le debió de ayudar poco á Apolonio para esto el nombre de mago que vulgarmente todos los escritores le atribuyen. Ya tenemos noticia de lo que nuestros españoles navegaron de Mediodía al Occidente, del grande y espacioso continente de tierra firme, que hallaron de las muchas islas con oro, piedras y perlas, y enriquecidas, que descubrieron. Tambien se acordarán los nuestros de aquel venturosisimo navio, por nombre *Vitoria*, el cual circundó todo el mundo, que por particular favor dado á la ventura de césar Carlos V, lo concedió el cielo al animoso Magallanes y sus compañeros, donde se manifestaron á los ojos de aquellos hombres (dignos de que la tierra los honre) muchos lugares y montes poblados de gentes bárbaras, no conocidos por los antiguos, que aunque se glorie Alejandro de Macedonia y levante su espíritu al cielo por haber sido el primero que pasó de la otra parte del Oriente en jornada segura por tierra; pero no con navios, como lo refiere Vopelio en su Cosmografía, por lo cual como señor potentísimo, que señoreó el mundo, todos levantan y engrandecen su nombre, y nunca se cansan Quinto Curcio, Dion y Clitarco, y otros, de encarecer esta felicidad, que bien considerado, á los que vivimos ahora no nos ha de maravillar lo que á los pasados, teniéndolo por cosa monstruosa; pues vemos á este caballero y á los que iban en su compañía, que corrieron por tantas tierras y mares, que si todo lo que anduvo Alejandro se juntase y numerase con lo que D. Alonso ha andado, no será la décima parte. Pues ya sabemos que el divino poeta Homero, como consta por sus obras (que en esto es digno de que se le conceda la gloria como en lo demás), no tuvo noticia de estas partes, y aunque á Ulises y á Nestor dió epítetos y atributos de prudentísimos, no fué porque hayan sido señalados en los estudios de las letras, sino por haber tratado y conversado con varias naciones, y visto muchas repúblicas y costumbres diferentes: y haber D. Alonso navegado mas que el famoso Ulises, no hay para qué dificultarlo; pues cuanto pudo navegar este griego fué lo que por sus historias parecé, desde el Archipiélago y mar Egeo al mar Jonio y todo el Mediterráneo y sus costas, hasta romper por el estrecho de Gibraltar, y correr parte del Océano, y llegar á la gran ciudad de Lisboa, que la dejó ilustre con su nombre. Pero este animoso caballero, habiéndose criado desde su niñez en la casa del rey Felipe, nuestro señor, como él lo dice al principio de su libro, y siguiéndole en todas sus jornadas, como en la primera que hizo

á Flándes lo escribe con magnificencia de estilo Cristóbal Calvete de Estrella, cronista de su majestad, en su viaje, donde refiere el nombre de D. Alonso, llamándole de Zuñiga; corrió, no una, pero muchas veces, todas las provincias que contiene nuestra España, Italia, Francia, Inglaterra, Flándes, Alemania, Bohemia, Moravia, Silesia, Austria, Hungría, Stiria y Carintia; y no contentándose con esto, ni con tener lugar en la casa de tan alto señor, en cuyo servicio, ayudado de su virtud, linaje é ingenio, como los demás caballeros, pudiera acrecentar su casa, encendido en su deseo, sabiendo que el apartado reino del Perú y provincias de Chile rebelados contra el servicio de su rey, habian tomado las armas, sin temer los grandes peligros y dificultades de tan largas derrotas y jornadas, salió de Lóndres, y vuelto á España, navegó por el Océano al Poniente, y tocando de paso en muchas islas, llegó á tierra firme, donde atravesando las altísimas sierras de Capira, pasó al Océano exterior, llamado mar del Sur; y descubrió otro polo, y otras estrellas, y corrió por todos los reinos del Perú, pasando la linea equinoccial y tórrida zona, y siguiendo siempre sus designios. Pasó asimismo el trópico de Capricornio, y costó los grandes despoblados de Atacamá y Copiapo, donde el seco y pelado suelo no consiente cosa viva: y entrando por los términos de Coquimbo, pasó la Ligua y el famoso (aunque pequeño) valle de Chile, del cual toma nombre toda aquella provincia. Y dejando atrás la fértil llanura de Mapochó, llegó á las riberas de los promaucaes, y atravesó el arrebatado rio Maule y el raudo Itata, y barqueando el caudaloso Biobio, el cual hasta el mar conserva siempre su nombre, entró en el indómito estado de Arauco. Y despues de haber dado fin á la porfiada guerra que él mismo escribe, y hallándose en siete batallas campales, y otras muchas escaramuzas y rencuentros, y en la fundacion y poblacion de cuatro ciudades, pasó las levantadas montañas de Purén, y llegó á Cautén y su espaciosa tierra, vadeando el ancho Nivequeten hasta arribar al lago de Valdivia. Y no satisfecho con haber andado tantas y tan extrañas provincias, pasó adelante al descubrimiento y conquista de la última, que por el estrecho de Magallanes está descubierta hasta el valle de Chile: y surcando en piraguas el archipiélago de Aneudbox, ó gran número de islas, saltando en algunas dellas, atravesando el ancho desaguadero, con treinta soldados entró la tierra adentro, y llegó á donde ninguno hasta ahora ha llegado. Y en conclusion, con deseo de descubrir otro mundo abrien-

do para ello nuevos caminos, se puso casi debajo del Antártico, pasando para llegar allí innumerables rios, isleos, promontorios, volcanes, montañas asperisimas, comunicando y conversando con extrañas y diferentes naciones, así en lenguas, como en costumbres, ritos, leyes, naturalezas, figuras y trajes, habiendo dado fin á todas estas jornadas y escrito la primera parte de su *Araucana*, y vuelto á España á la córte de su rey, á continuar el servicio de su casa, antes que acabase de cumplir los veinte y nueve años de su edad.

De donde sacaremos con cuanta mayor ventaja debiera celebrar ahora Homero, el esfuerzo y prudencia de este caballero con los demás que le siguieron, si hubiera de tener atención á sus trabajos, navegaciones, jornadas, batallas y peligros, retirándose á lo mas apartado y escondido de la tierra, entrando por las oscuras tinieblas de lo incógnito y peligroso, para traernos á los presentes y dejar á los por venir claridad de lo que vieron y descubrieron: y porque con mayor relacion de verdad y admiracion nos quedase esta peregrinacion y jornadas dignas de memoria, quiso nuestra buena suerte fuese tal su ingenio, que ayudado de las fuerzas de él y de sus estudios, con no cansado trabajo y con generoso cuidado, guiado por natural inclinacion, abriese camino para escribir tan dificultosa empresa, aspirando sus designios á lo sumo de la gloria; pues andando envuelto entre las mismas armas, escribió esta historia en verso heróico, á cuya pureza de lengua castellana, facilidad, igualdad y dulzura en el decir, se le debe tanta gloria por famoso poeta como por famoso soldado, donde parece no haber tenido hora de descanso, pues cuando se aflojaba la cuerda al reposo, se ocupaba en escribir las jornadas del dia pasado, como lo dice en el canto veinte y tres:

Estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia.

Virtud digna de eterno loor del que llega á ser tan venturoso, que puede juntar las armas y las letras, y no es cosa que trae consigo extrañeza letras y armas; antes es negocio que se debe celebrar con extraños loores, haber venido la prudencia humana á quitar de entre los hombres este divorcio tan injustamente puesto, reconciliando para nuestro provecho estos dos ejercicios; porque de la suerte que es cosa importante que suceda á la tristeza la alegría, y al trabajo el descanso, y al

estruendo y alboroto la quietud; así despues de la braveza de las armas enemigas del reposo, hacen en el alma un asiento suavísimo y saludable la tranquilidad de los estudios, el sosiego de la leccion de los buenos libros, con cuya apacible comunicacion el hombre se restaura de sus trabajos, y volviendo á recogerse en si mismo, se pone en pacífico y glorioso estado. Significacion tiene, y no vulgar, lo que los antiguos dicen del dios Marte en sus historias fabulosas, que para templar su aspereza y terribilidad, le vinieron á dar por consorte á Venus, porque atrayéndole con su tierna hermosura y con la dulzura de sus halagos, mitigase el rigor de su condicion implacable, que no es de poca consideracion la pintura que los poetas hicieron, si nos diera lugar para extendernos en este paso esta figura, que por tener sombra de deleite humano, nos quita la libertad de hacer discurso en ello. Y así pasando adelante en lo primero, quien considerare á Plinio Segundo, tesoro de toda la erudicion humana, en él se verá si el haber seguido la guerra como la siguió le pudo ser impedimento para que no fuese profundo filósofo, sacando á luz aquella historia donde mostró un teatro de toda la hermosura de la madre naturaleza, ó por mejor decir, de la ordinaria potestad de Dios. ¿Qué diremos de Julio César, que en las noches escribía con estudiosa puntualidad las jornadas de los dias que peleaba? ¿Y de Teodosio, que templando las batallas con el canto de las musas, entre los cimbras y saurómatas, se divertía por algunas horas de todo lo que era furor de Marte? Pues ¿qué diremos de Pericles, de Alcibíades elocuentísimos? Del grande Alejandro, que heredó tanta parte de erudicion de su maestro Aristóteles? Y el piadoso poeta Aurelio Prudencio, y el nuestro, honra de las españolas musas, Garcilaso de la Vega, siendo soldado y teniendo á su cargo algunas banderas de infantería española, en tiempo del emperador Carlos V, fué tan escogido en el ejercicio de las armas como excelente en la dulzura de sus versos, dice en la égloga III:

Entre las armas del sangriento Marte,
Dó apenas hay quien su furor contraste,
Hurté del tiempo aquesta breve suma
Tomando ora la espada, ora la pluma.

De aquí nació aquel bien considerado soneto del duque de Medina-

celi, que despues de haber gobernado en Sicilia, fué á los estados de Flándes, que dice de esta manera á D. ALONSO :

¿Quién jamás vió caber en un sujeto
Tres virtudes heróicas sublimadas
Como se ven en vos hoy colocadas,
Con provechoso fruto y raro efecto?
En que os habeis mostrado tan discreto.
Cuanto vos las teneis mas adornadas,
Con dulcísimo són comunicadas,
Mas al de ingenio y juicio mas perfeto:
Así en Virgilio y Livio no se vieron,
Ni en el divino Julio esclarecido,
Que su fama hasta vos han sustentado:
Déseos la palma, pues habeis subido
Donde pocos al fin hasta hoy subieron,
Y os han Marte y las Musas consagrado.

De estas tres virtudes, de las dos pienso que se ha tratado alguna cosa, que son aquellas que se hallan escritas de Plinio, en una epistola que está al principio de la natural historia, donde dice haber alcanzado don de Dios, y merecer llamarse dichosos aquellos que hacen cosas dignas de escribirse, ó que escriben cosas dignas de leerse, y sobre todos bienaventurados los que alcanzaron lo uno y lo otro. Y aunque hubiera cumplido D. ALONSO con estas dos virtudes escribiendo en prosa esta historia con aquella verdad y partes que quiere Quintiliano, que sea para mas satisfacción de su opinion, y para mas opinion de nuestra nacion la escribió en verso heróico, para que fuese mas universal esta forma de escritura, quanto lo es mas la poesia que la historia. Porque con el verso muestran los poetas la grandeza, esplendor, erudicion y efectos que nos enseñan, deleitan y mueven los ánimos, como los altos oradores; porque verdaderamente si no hubiera poetas, no parecieran como parecen las hermosuras de esta naturaleza criada: porque estos son los que las conocen y dan á conocer con la divinidad de los versos, como ellas son. Y ha habido algunas naciones de tanta infelicidad, que por no producir en ellas el cielo poetas, vienen á hallarse faltas de toda elegancia, urbanidad y hermosura: y su ingenio de D. ALONSO es de suerte, que cuando sus razones no las sujetara á las ligaduras de los

versos y consonantes con aquel número, igualdad y concinidad que en ellos vemos; su espíritu, sus extraordinarios pensamientos retirados del comun discurso, lo muestran verdaderamente poeta; porque no lo es solamente (como dice Fracastorio) el que en número de piés, cadencia de ritmo lo manifiesta; pero tambien merecerá este nombre el que lo fuere por naturaleza, aunque no lo muestre por la pluma. Y de todo esto resultará estimar en mucho las obras de este caballero: pues juntado en él á competencia la fuerza del arte con la naturaleza, lo vieron á hacer tan insigne, que con razon se podrá España defender con él contra la soberbia y presuncion de los extranjeros, que yo estoy cierto, que si atentamente le miraren y consideraren, hará con su dulce canto el efecto que el escudo poderoso de Pálas; y este será el que nos defenderá de aquí adelante, y será suficiente para rebatir los golpes que contra nuestra nacion descargaren los envidiosos escritores. Y porque todas las virtudes resplandecen mas en un ilustre y generoso supuesto, será esta la tercera virtud en este discreto caballero, que tanto mas le adornan las armas y las letras, quanto mas honrado debe ser por la antigüedad de su linaje y casa: que su origen y calidad dirá bien la nobilissima villa de Bermeo, cabeza de Vizcaya, donde sobre el puerto y cerrado muelle está fundada de gruesos y anchos muros labrados de silleria, la antigua torre de Ercilla, celebrada en los antiguos cantares de aquella tierra, y ensalzada con la gloria de sus abuelos, señores de ella, cuyo nombre conserva para testimonio de su nobleza D. ALONSO DE ERCILLA, caballero de la órden de Santiago y gentil-hombre de la cámara del emperador, de quien se ha tratado en este elogio, hijo digno de Fortunio Garcia de Ercilla, caballero de la misma órden, que por sus divinas obras dejó perpetua memoria de su raro ingenio, siendo de las naciones extranjeras llamado por excelencia *el Sutil Español*, y porque (con los versos de su hijo, daré mejor remate á esta escritura que podria con los ajenos) en la segunda parte de la *Araucana*, canto veinte y siete, dice desta manera:

Mira al poniente, á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de dó es cierto,
Que procede, y se extiende la nobleza,
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de máleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto

Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar antes fundado, que la villa.
Año de 1585.

SONETO

Á DON ALONSO DE ERCILLA.

Parten corriendo con ligero paso
Maron de Mantua, y de Esmirna Homero,
Cada cual procurando ser primero
En la difícil cumbre del Parnaso:
Van de la Italia Ariosto, el culto Tasso,
Y del pueblo famoso del Ibero
Boscan, Mendoza célebre y sincero,
Y el ilustre y divino Garcilaso:
Vais despues de ellos, generoso Ercilla,
Y aunque en tiempo primero que vos fueron,
Pasais delante á todos fácilmente;
Apolo en veros tal se maravilla,
Y antes que á todos los que allá subieron,
Con lauro os ciñe la sagrada frente.

SONETO

DE FRAY ALONSO DE CARVAJAL, DE LA ÓRDEN DE LOS MÍNIMOS, EN
MODO DE DIÁLOGO.

¿Quién sube por la escala de discretos?
Don Alonso es de Ercilla, el animoso.
Decidme, ¿dónde va tan presuroso?
A dar subido ilustre á sus concetos.
¿Es este el que no alcanzan los perfetos?
El es, que al más facundo hace medroso.
¿Qué causa es la que lleva este famoso?
Mostrarnos el valor de sus decretos:
¿Pues nadie lo entendiera en este caso?
Ninguno, ni vendrá ya quien lo entienda.
Extraño debe ser su ingenio y arte.
Es tal, que ya se extiende hasta el Ocaso.
¿Luego daránle el lauro sin contienda?
Si, que es Virgilio en verso, en armas Marte.

SONETO

DEL DOCTOR JERÓNIMO DE PORRAS, CATEDRÁTICO EN LA UNIVER-
SIDAD DE ALCALÁ, Á DON ALONSO DE ERCILLA.

Claro señor, que ilustras y celebras
La gloria de las armas españolas,
Del Indo mar á las Esperias olas,
Del scítico á las libicas culebras:
Y á muerte robas las vitales hebras,
Que siega como flacas amapolas,
Haces que Mantua no se alabe á solas,
Y al envidioso la esperanza quiebras:
No solamente aplican sus oídos
Al dulce son de tu glorioso cuento,
Neptuno, Dóris, Melicerta y Glaucó:
Mas aun reciben gusto los vencidos
De oír loar con tan suave acento
Los vencedores del famoso Arauco.

SONETO

DEL MARQUÉS DE PEÑAFIEL, Á DON ALONSO DE ERCILLA.

Gloria llevais del bárbaro trofeo,
Con pluma honrando al que venceis con lanza,
Y lo que en tiempo y muerte no se alcanza,
Alcanza en vida el inmortal deseo:
Volais de Arauco hasta el mar Egeo,
Y con inclito triunfo y alabanza,
Libre de alteracion y de mudanza
De léjos veis las aguas de Leteo.
Tanto, Ercilla, valeis vivo, y presente,
Que de Zoilo el infernal veneno
Jamás prevaricó la gloria vuestra:
Dais gloria á Arauco, y vais de gente en gente
Con lauro ufano, y de alabanzas lleno,
Que el premio es vuestro, y la ventura nuestra.

SONETO

DE LA SEÑORA DOÑA LEONOR DE ICIZ, SEÑORA DE LA BARONÍA DE
RAFALES, Á DON ALONSO DE ERCILLA.

Mil bronce para estatuas ya forjados,
Mil lauros de tus obras premio honroso,
Te ofrece España, Ercilla generoso,
Por tu pluma y tu lanza tan ganados:

Hónrese tu valor entre soldados,
Envidie tu nobleza el valeroso,
Y busque en tí el poeta mas famoso
Lima para sus versos mas limados.

Derrame por el mundo tus loores
La fama, y eternice tu memoria,
Porque jamás el tiempo la consuma.

Gocen ya, sin temor de que hay mayores
Tus hechos, y tus libros de igual gloria,
Pues la han ganado igual la espada y pluma.

SONETO

DE LA SEÑORA DOÑA ISABEL DE CASTRO Y ANDRADE, Á DON
ALONSO DE ERCILLA.

Araucana naçõ mais venturoza,
Mais que quantas hoje ha de gloria dina;
Pois na prosperidade, e na ruina
Sempre invejada estais, nunca invejoza.

Se inristra o illustre Alfonso a temeroza
Lança, se arranca a espada, que fulmina,
Creyo, que julgareis, que determina
Só conquistar a terra belicoza.

Fará... mas naõ temais essa maõ forte,
Que se vos tira a liberdade, e a vida,
Ella vos pagará bem largamente.

Que atroco de huma breve, e honrada morte,
Com seu divino estilo esclarecida,
Deixará vossa fama eternamente.

DECLARACION

DE ALGUNAS DUDAS QUE SE PUEDEN OFRECER EN ESTA OBRA.

Porque muchos no entenderán algunos vocablos ó nombres, que aunque de indios son ya tan recibidos y usados en aquella tierra de los nuestros, que no los han mudado en nuestro lenguaje, será bien declararlos aqui, porque como yo, por variar uso alguna vez dellos, el que leyere este libro no tenga que preguntar.

CHILE es una provincia grande, que contiene en si otras muchas provincias: toma el nombre de Chile toda la provincia por un valle, del cual tuvieron primero noticia los españoles por el oro que en él se sacaba, y como entraron en su demanda, pusieron nombre de Chile á toda la tierra hasta el estrecho de Magallanes.

EL ESTADO DE ARAUCO es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, que produce la gente mas belicosa que ha habido en las Indias, y por eso es llamado el estado indómrito: llámanse los indios dél araucanos, tomando el nombre de la provincia.

PUELCHES se llaman los indios de la sierra, que son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

ARGABUCO es una espesura grande de árboles altos y boscaje.

Bonío es una casa pajiza grande de sola una pieza sin alto.

LLAUTO es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen por la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquirá con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

CHAQUIRA son unas cuentas muy menudas á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda es mas preciada: labran y adornan con ella sus llautos, las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera

de vidrios: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espaldas.

YANACONAS son indios mozos amigos, que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policia en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial cuando los españoles dejan los caballos, y pelean á pié, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruellisimamente.

PALLÁ es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino la noble de linaje, y señora de muchos vasallos y hacienda.

APÓ es señor, ó capitán absoluto de los otros.

EPONAMON es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

CACIQUE, quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo.

LOS CACIQUES toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto, porque los que mueren en la guerra se oirán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

COQUIMBO es el primer valle de Chile, donde pobló el capitán Valdivia un pueblo, que le llamó la Serena, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

MAPOCHÓ es un hermoso valle, donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

PENCO es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual la llamaron la Concepcion.

ANGOL se llama el valle donde poblaron otra ciudad, y le pusieron nombre los Confines de Angol.

CAUTEN es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla Imperial, porque cuando entraron los españoles en aquella provincia hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo á manera de timbre de armas, que cierto es extraña cosa

y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

VILLARICA es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de los volcanes, que lanzaban á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

VALDIVIA es un pueblo bueno y provechoso, tiene un puerto de mar por un rio arriba tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy léjos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre: entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

CAUPOLICÁN fué hijo de LEOCAN, y LAUTÁRO hijo de PILLAN. Declaro esto, porque como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.

MITA es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

MITAYO es el indio que la lleva ó trae.

AL REY NUESTRO SEÑOR,



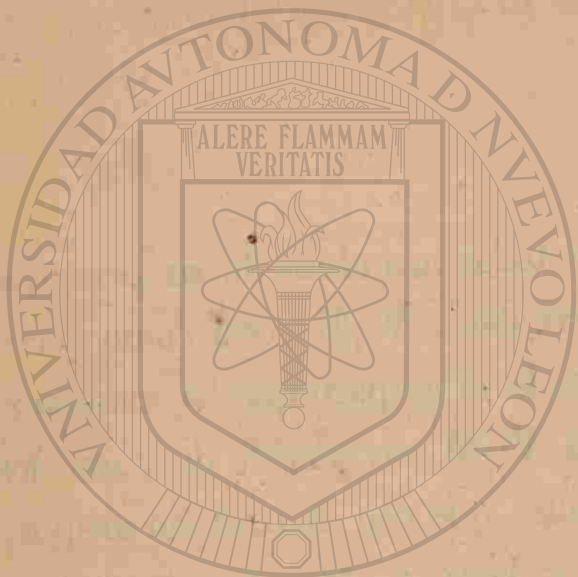
Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á V. M., esta como necesitada acude al amparo que ha menester. Suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos por ella, que con merced tan grande, demás de dejarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de V. M. ®

DON ALONSO DE ERCILLA
Y ZUÑIGA.

PRÓLOGO

DE

D. ALONSO DE ERCILLA.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí, que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos, que en lo mas dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirian, quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Perú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no dá lugar á ello: y así el que pude hurtar, le gasté en este libro, el cual porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas de algunos tan pequeños, que apenas cabian seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos: y por esto y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo incli-

nado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentias mas extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion, que no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo el pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya, como de españoles, que con verdad se puede decir, haber pocos lugares que no estén della teñidos, y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve, y el valor que dellós heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo toman las armas, y se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y bencir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno del mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

LA ARAUCANA.

CANTO I.

El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen: y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.
Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.
Suplícios, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada,

Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecieis el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
Qué crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la region Antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce, es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni á extranjero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del Este á Oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo Antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aqui comunicarse.

Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
Y báñala del Oeste la marina;
A la banda del Este va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina;
Vénus y Amor aqui no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas deste gran término tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se extendia;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene

Servicio personal de sus vasallos,
 Y en cualquiera ocasion cuando conviene
 Puede por fuerza al débito apremiallos:
 Pero así obligacion el señor tiene
 En las cosas de guerra dotrinallos
 Con tal uso, cuidado y disciplina,
 Que son maestros despues desta doctrina.
 En lo que usan los niños en teniendo
 Habilidad y fuerza provechosa,
 Es que un trecho seguido han de ir corriendo
 Por una áspera cuesta pedregosa;
 Y al puesto y fin del curso revolviendo,
 Le dan al vencedor alguna cosa;
 Vienen á ser tan sueltos y alentados,
 Que alcanzan por aliento los venados.
 Y desde la niñez al ejercicio
 Los apremian por fuerza y los incitan,
 Y en el bélico estudio y duro oficio
 Entrando en mas edad los ejercitan:
 Si alguno de flaqueza da un indicio,
 Del uso militar lo inhabilitan,
 Y el que sale en las armas señalado
 Conforme á su valor le dan el grado.
 Los cargos de la guerra y preeminencia
 No son por flacos medios proveidos,
 Ni van por calidad ni por herencia,
 Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
 Mas la virtud del brazo y la excelencia,
 Esta hace los hombres preferidos,
 Esta ilustra, habilita, perficiona,
 Y quilata el valor de la persona.
 Los que están á la guerra dedicados
 No son á otro servicio constreñidos,
 Del trabajo y labranza reservados,
 Y de la gente baja mantenidos:
 Pero son por las leyes obligados
 De estar á punto de armas proveidos,
 Y á saber diestramente gobernallas
 En las licitas guerras y batallas.
 Las armas dellos mas ejercitadas
 Son picas, alabardas y lanzones,
 Con otras puntas largas enastadas
 De la facion y forma de punzones:

Hachas, martillos, mazas barreadas,
 Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
 Lazos de fuertes mimbres y bejuocos,
 Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
 De los cristianos nuevamente agora:
 Que el continuo ejercicio y el cuidado
 Enseña y aprovecha cada hora;
 Y otras segun los tiempos inventado,
 Que es la necesidad grande inventora,
 Y el trabajo solícito en las cosas
 Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
 Arma comun á todos los soldados,
 Y otros á la manera de sayetes,
 Que son aunque modernos mas usados:
 Grevas, brazales, golas, capacetes
 De diversas hechuras encajados,
 Hechos de piel curtida y duro cuero,
 Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
 Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
 Y es aquella á que mas naturalmente
 En la niñez mostrare aficionarse:
 Desta sola procura diestramente
 Saberse aprovechar, y no empacharse
 En jugar de la pica el que es flechero,
 Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
 Escuadrones distintos muy enteros,
 Cada hila de mas de cien soldados,
 Entre una pica y otra los flecheros,
 Que de léjos ofenden desmandados
 Bajo la proteccion de los piqueros,
 Que van hombro con hombro como digo
 Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
 Por fuerza viene á ser desbaratado,
 Tan presto á socorrerle otro se mete,
 Que casi no da tiempo á ser notado;
 Si aquel se desbarata, otro arremete,
 Y estando ya el primero reformado,
 Moverse de su término no puede

Hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de extremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano,
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizzarria
Al son de presuros atambores;
Las armas matizadasá porfia
Con varias y finisimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,

Ó si ocupar un término pretenden,
Ó por algun aprieto y grande estrecho;

De do mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,

Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados

Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,

Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados

Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablonés
Hacer dentro del fuerte otro apartado,

Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo,
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;

Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,

Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;

Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse;

Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;

Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado
Propónelos el caso nuevamente,

El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,

Si alguno de opiniones diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse:
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como á forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Alli de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Alli se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito,
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan,
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sábios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aqui se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condicion feroces, impacientes,
Amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,

Recios miembros, de nervos bien fornidos:
 Ágiles, desenvueltos, alentados,
 Animosos, valientes, atrevidos,
 Duros en el trabajo, y sufridores
 De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
 Esta soberbia gente libertada,
 Ni extranjera nación que se jactase
 De haber dado en sus términos pisada,
 Ni comarcana tierra que se osase
 Mover en contra y levantar espada;
 Siempre fué exenta, indómita, temida,
 De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga aventajado
 En todas las antárticas regiones,
 Fué un señor en extremo aficionado
 A ver y conquistar nuevas naciones,
 Y por la gran noticia del estado
 A Chile despachó sus orejones;
 Mas la parlera fama desta gente
 La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
 Los despoblados ásperos rompieron,
 Y en Chile algunos pueblos belicosos
 Por fuerza á servidumbre los trujeron,
 A do leyes y edictos trabajosos
 Con dura mano armada introdujeron,
 Haciéndoles con fueros disolutos
 Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
 El campo con ejército pujante,
 En demanda del reino deseado
 Movieron sus escuadras adelante:
 No hubieron muchas millas caminado,
 Cuando entendieron que era semejante
 El valor á la fama que alcanzada
 Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los promaucaes de Maule que supieron
 El vano intento de los Ingas vanos,
 Al paso y duro encuentro les salieron,
 No menos en buen orden que lozanos;
 Y las cosas de suerte sucedieron,
 Que llegando estas gentes á las manos

Murieron infinitos orejones,
 Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente,
 Que está cien millas antes del estado,
 Brava, soberbia, próspera y valiente,
 Que bien los españoles la han probado;
 Pero con cuanto digo, es diferente
 De la fiera nación, que cotejado
 El valor de las armas y excelencia,
 Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conoçian
 Que en la provincia indómita se encierra,
 Y cuán poco á los brazos ganarian
 Llevada al cabo la empezada guerra;
 Visto el errado intento que traían
 Desamparando la ganada tierra,
 Volvieron á los pueblos que dejaron
 Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado,
 Que en otras mil conquistas se había visto,
 Por sábio en todas ellas reputado,
 Animoso, valiente, franco y quisto,
 A Chile caminó determinado
 De extender y ensanchar la fe de Cristo;
 Pero en llegando al fin deste camino
 Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
 Con justa y gran razon le fué otorgada,
 Y es bien que se celebre su memoria,
 Pues pudo adelantar tanto su espada:
 Este alcanzó en Arauco aquella gloria
 Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
 La altiva gente al grave yugo trujo
 Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
 Ayudado de industria que tenia,
 Hizo con brevedad de buena gente
 Una lucida y gruesa compañía:
 Y con designio y ánimo valiente
 Toma de Chile la derecha via,
 Resuelto en acabar desta salida
 La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino

Por la hambre, sed y frio en gran estrecho ;
 Pero con la constancia que convino
 Puso al trabajo el animoso pecho ;
 Y el diestro hado y próspero destino
 En Chile le metieron , á despecho
 De cuantos estorbarlo procuraron ,
 Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
 Batallas y rencuentros peligrosos
 En tiempos y lugares diferentes ,
 Que estuvieron los fines muy dudosos ;
 Pero al cabo por fuerza los valientes
 Españoles con brazos valerosos ,
 Siguiendo el hado y con rigor la guerra ,
 Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
 Asediados seis años sostuvieron ,
 Y de incultas raíces desabridas
 Los trabajados cuerpos mantuvieron ,
 Do á las bárbaras armas oprimidas
 A la española devoción trujeron
 Por ánimo constante y raras pruebas ,
 Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
 Con esfuerzo y espada rigurosa ,
 Los promaucaes por fuerza sujetando ,
 Curios , cauquenes , gente belicosa :
 Y el Maule y raudito Itata atravesando

Llegó al Andalíen , do la famosa
 Ciudad fundó de muros levantada,
 Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
 Donde á punto llegó de ser perdido ;
 Pero Dios le acorrió en aquella afrenta ,
 Que todas las demás le habia acorrido :
 Otros dello darán mas larga cuenta ,
 Que les está este cargo cometido :
 Allí fué preso el bárbaro Ainavillo ,
 Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
 El cual divide á Penco del estado,
 Que del Nibequeten copioso rio
 Y de otros viene al mar acompañado :

De donde con presteza y nuevo brio ,
 En órden buena y escuadron formado ,
 Pasó de Andalicán la áspera sierra ,
 Pisando la araucana y fértil tierra.
 No quiero detenerme mas en esto ,
 Pues que no es mi intencion dar pesadumbre ,
 Y así pienso pasar por todo presto
 Huyendo de importunos la costumbre :
 Digo con tal intento y presupuesto ,
 Que antes que los de Arauco á servidumbre
 Viniesen , fueron tantas las batallas ,
 Que dejó de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
 De ver en animales corregidos
 Hombres que por milagro y caso extraño
 De la region celeste eran venidos ;
 Y del súbito estruendo y grave daño
 De los tiros de pólvora sentidos ,
 Como á inmortales dioses los temian ,
 Que con ardientes rayos combatian.
 Los españoles hechos hazañosos
 El error confirmaban de inmortales ,
 Afirmando los mas supersticiosos
 Por los presentes los futuros males :
 Y así tibios , suspensos y dudosos ,
 Viendo de su opresion claras señales ,
 Debajo de hermandad y fe jurada
 Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente ,
 Adelante los nuestros caminaron ;
 Pero todas las tierras llanamente,
 Viendo á Arauco sujeta , se entregaron ;
 Y reduciendo á su opinion gran gente ,
 Siete ciudades prósperas fundaron ,
 Coquimbo , Penco , Angol y Santiago ,
 La Imperial , Villarica y la del Lago.

El felice suceso , la vitoria ,
 La fama y posesiones que adquirian
 Los trujo á tal soberbia y vanagloria ,
 Que en mil leguas diez hombres no cabian :
 Sin pasarles jamás por la memoria ,
 Que en siete piés de tierra al fin habian
 De venir á caber sus hinchazones ,

Su gloria vana y vanas pretensiones.
 Crecian los intereses y malicia
 A costa del sudor y daño ajeno,
 Y la hambrienta y misera codicia
 Con libertad paciendo iba sin freno:
 La ley, derecho, el fuero y la justicia
 Era lo que Valdivia habia por bueno,
 Remiso en graves culpas y pladoso,
 Y en los casos livianos riguroso.
 Así el ingrato pueblo castellano
 En mal y estimacion iba creciendo,
 Y siguiendo el soberbio intento vano
 Tras su fortuna próspera corriendo;
 Pero el Padre del cielo soberano
 Atajó este camino, permitiendo
 Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
 Fuese el cuchillo y áspero verdugo.
 El estado araucano acostumbrado
 A dar leyes, mandar y ser temido,
 Viéndose de su trono derribado,
 Y de mortales hombres oprimido;
 De adquirir libertad determinado
 Reprobando el subsidio padecido,
 Acude al ejercicio de la espada
 Ya por la paz ociosa desusada.
 Dieron señal primero y nuevo tiento,
 Por ver con qué rigor se tomaría,
 En dos soldadós nuestros, que á tormento
 Mataron sin razon y causa un dia:
 Disimulóse aquel atrevimiento,
 Y con esto crecióles la osadía;
 No aguardando á mas tiempo, abiertamente
 Comienzan á llamar y juntar gente.
 Principio fué del daño no pensado
 El no tomar Valdivia presta enmienda,
 Con ejemplar castigo del estado;
 Pero nadie castiga en su hacienda;
 El pueblo sin temor, desvergonzado,
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Del homenaje hecho y la promesa,
 Como el segundo canto aquí lo expresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
 A la engañosa alteza desta vida,
 Que fortuna los ha siempre ayudado,
 Y dádoles la mano á la subida;
 Para despues de haberlos levantado
 Derribarlos con misera caída,
 Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
 Y menos el pensar que hay mudamiento.
 No entienden con la próspera bonanza
 Que el contento es principio de tristeza,
 No miran en la súbita mudanza
 Del consumidor tiempo y su presteza;
 Mas con altiva y vana confianza
 Quieren que en su fortuna haya firmeza,
 La cual de su aspereza no olvidada
 Revuelve con la vuelta acostumbrada.
 Con un revés de todo se desquita,
 Que no quiere que nadie se le atreva;
 Y mucho mas que da siempre les quita,
 No perdonando cosa vieja y nueva:
 De crédito y de honor los necesita,
 Que en el fin de la vida está la prueba,
 Por el cual han de ser todos juzgados,
 Aunque lleven principios acertados.
 Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
 Sino pena, dolor y pesadumbre?
 Pensar que en él fortuna ha de estar queda
 Antes dejará el sol de darnos lumbre:
 Que no es su condicion fijar la rueda,

Su gloria vana y vanas pretensiones.
 Crecian los intereses y malicia
 A costa del sudor y daño ajeno,
 Y la hambrienta y misera codicia
 Con libertad paciendola iba sin freno:
 La ley, derecho, el fuero y la justicia
 Era lo que Valdivia habia por bueno,
 Remiso en graves culpas y pladoso,
 Y en los casos livianos riguroso.
 Así el ingrato pueblo castellano
 En mal y estimacion iba creciendo,
 Y siguiendo el soberbio intento vano
 Tras su fortuna próspera corriendo;
 Pero el Padre del cielo soberano
 Atajó este camino, permitiendo
 Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
 Fuese el cuchillo y áspero verdugo.
 El estado araucano acostumbrado
 A dar leyes, mandar y ser temido,
 Viéndose de su trono derribado,
 Y de mortales hombres oprimido;
 De adquirir libertad determinado
 Reprobando el subsidio padecido,
 Acude al ejercicio de la espada
 Ya por la paz ociosa desusada.
 Dieron señal primero y nuevo tiento,
 Por ver con qué rigor se tomaría,
 En dos soldadós nuestros, que á tormento
 Mataron sin razon y causa un dia:
 Disimulóse aquel atrevimiento,
 Y con esto crecióles la osadía;
 No aguardando á mas tiempo, abiertamente
 Comienzan á llamar y juntar gente.
 Principio fué del daño no pensado
 El no tomar Valdivia presta enmienda,
 Con ejemplar castigo del estado;
 Pero nadie castiga en su hacienda;
 El pueblo sin temor, desvergonzado,
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Con nueva libertad rompe la rienda
 Del homenaje hecho y la promesa,
 Como el segundo canto aquí lo expresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
 A la engañosa alteza desta vida,
 Que fortuna los ha siempre ayudado,
 Y dádoles la mano á la subida;
 Para despues de haberlos levantado
 Derribarlos con misera caída,
 Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
 Y menos el pensar que hay mudamiento.
 No entienden con la próspera bonanza
 Que el contento es principio de tristeza,
 No miran en la súbita mudanza
 Del consumidor tiempo y su presteza;
 Mas con altiva y vana confianza
 Quieren que en su fortuna haya firmeza,
 La cual de su aspereza no olvidada
 Revuelve con la vuelta acostumbrada.
 Con un revés de todo se desquita,
 Que no quiere que nadie se le atreva;
 Y mucho mas que da siempre les quita,
 No perdonando cosa vieja y nueva:
 De crédito y de honor los necesita,
 Que en el fin de la vida está la prueba,
 Por el cual han de ser todos juzgados,
 Aunque lleven principios acertados.
 Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
 Sino pena, dolor y pesadumbre?
 Pensar que en él fortuna ha de estar queda
 Antes dejará el sol de darnos lumbre:
 Que no es su condicion fijar la rueda,

Y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aqui puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Cen todo el bien que puede desearse,
Á llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y orden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten á consulta á definirlo;
Do venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido:
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de continuo.

Paicabi se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea:
No léjos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopia
Se dan priesa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicura,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Puren en arribar no se detiene,

Seis mil súbditos este administraba,
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporción y altura de gigante.

Peteguelen, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó según parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre del la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolican el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquén le obedecia.

Tomé y Andalican también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruido:
La razón uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do había nacido,
Vino sobre cuál era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,

Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.
El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo del mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, qué lo merece:
Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razón contradijere...

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este bastón poseo.»
«Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualarse el deseo:
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daría.»

Cayocupil furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo:
Haced los pretendores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.»

«Alto, sus, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mío,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfio
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestión quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»

Puren que estaba aparte, habiendo oido

La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande;
«¿Quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Puren mas otro mande?»
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio destes bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano:

«Caciques, del estado defensores.
«Codicia del mandar no me convida
«A pesarme de veros pretendores
«De cosa que á mi tanto era debida;
«Porque segun mi edad, ya veis, señores,
«Que estoy al otro mundo de partida;
«Mas el amor que siempre os he mostrado
«A bien aconsejaros me ha incitado.

«¿Por qué cargos honrosos pretendemos
«Y ser en opinion grande tenidos,
«Pues que negar al mundo no podemos
«Haber sido sujetos y vencidos?
«Y en esto averiguarnos no queremos
«Estando aun de españoles oprimidos:
«Mejor fuera esta furia ejecutalla
«Contra el fiero enemigo en la batalla.

«¿Qué furor es el vuestro, ó araucanos,
«Que á perdicion os lleva sin sentillo?
«¿Contra nuestras entrañas teneis manos,
«Y no contra el tirano en resistillo?
«¿Teniendo tan á golpe á los cristianos,
«Volveis contra vosotros el cuchillo?
«Si gana de morir os ha movido,
«No sea en tan bajo estado y abatido.

«Volved las armas y ánimo furioso
«A los pechos de aquellos que os han puesto
«En dura sujecion con afrentoso
«Partido, á todo el mundo manifiesto;

«Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
«Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
«No derrameis la sangre del estado,
«Que para red mir nos ha quedado.
«No me pesa de ver la lozania
«De vuestro corazon, antes me esfuerza;
«Mas temo que esta vuestra valentia
«Por mal gobierno el buen camino tuerza:
«Que vuelta entre nosotros la porfia,
«Degolleis vuestra patria con su fuerza,
«Cortad pues, si ha de ser desa manera,
«Esta vieja garganta la primera.

«Que es a flaca persona atormentada
«De golpes de fortuna, no procura
«Sino el agudo filo de una espada,
«Pues no la acaba tanta desventura:
«Aquella vida es bien afortunada,
«Que la temprana muerte la asegura;
«Pero á nuestro bien público atendiendo,
«Quiero decir en esto lo que entiendo.
«Pares sois en valor y fortaleza,
«El cielo os igualó en el nacimiento,
«De linaje, de estado y de riqueza
«Hizo á todos igual repartimiento;
«Y en singular por ánimo y grandeza
«Podeis tener del mundo el regimiento,
«Que este gracioso don no agradecido
«Nos ha al presente término traído.

«En la virtud de vuestro brazo espero
«Que puede en breve tiempo remediarse;
«Mas ha de haber un capitan primero,
«Que todos por él quieran gobernarse:
«Este será quien mas un gran madero
«Sustentare en el hombro sin pararse;
«Y pues que sois iguales en la suerte.
«Procure cada cual ser el mas fuerte.»
Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado

Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nacion desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traído,
No me atrevo á decir lo que pesaba,
Era un macizo libano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabi le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.

Gualemo lo probó, jóven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis horas largas en el juego.

Puren tras él lo trujo medio día,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:

Lemolemo siete horas le traía,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentat el libano trabaja:

A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja;
Tuapeló catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercebido
Mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponía:
Corre ligero aquí y allí mostrando
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el día pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la ligera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Áspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,

Hábil, diestro, fortísimo y ligero,
Sábido, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.

Viendo que Apolo ya se había escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolican mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Hacia el Oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Ya á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolican viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso,
Como si fuera vara delicada

Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acertaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él habia;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío:
Caupolican no alfoja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos ejidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la extraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero:

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amigo
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocan en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme

Mostrando que aun mas ánimo tenia.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia :
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito definido
Con las mas ceremonias que supieron ,
Por sumo capitan fué recibido ,
Y á su gobernacion se sometieron :
Creció en reputacion ; fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron ,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado ,
Y están en duda muchos hoy en dia ,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó fantasia ,
Pues en razon no cabe , que un senado
De tan gran disciplina y policia
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio , fué prudencia
Del sábio Colocolo , que miraba
La dañosa discordia y diferencia ,
Y el gran peligro en que su patria andaba :
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolican que ausente estaba ,
Varon en cuerpo y fuerzas extremado ,
De rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sábiamente
Para que la eleccion se dilatase ,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se extremase ;
Y en esta dilacion, secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase ,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa ;
Y el nuevo capitan, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa ,
Manda á Palta , sargento , que callado
De la gente mas presta y animosa

Ochenta diestros hombres aperciba ,
Y á su cargo apartado los reciba.
Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo y menos conocidos ;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta ,
Por quien fuesen mandados y regidos :
Hombres diestros , usados en afrenta ,
A cualquiera peligro apercebidos ;
El uno se llamaba Cayeguanu ,
El otro Alcatipay de Talcaguanu.

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra ,
De fuertes y anchos muros fabricados ,
Con foso que los cife en torno y cierra ,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra :
Caballos , bastimento , artilleria ,
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada ,
Y el araucano ejército contento ,
Mostrando no tener al mundo en nada ,
Que con discurso vano y movimiento
Quería llevarlo todo á pura espada ;
Pero Caupolican mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino :
Otros , que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino :
Dadas de cada parte sus razones ,
Caupolican en nada desto vino ;
Antes al pabellon se retiraba ,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con expresa instruccion , que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada ;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada :
Despues de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio

La entrada á los de Arauco defendida ,
 Salvo los necesarios al servicio
 De la gente española, estatuida
 A la defensa della y ejercicio
 De la fiera Belona embravecida ;
 Y así los cautos bárbaros soldados
 De feno , yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
 Siguen su intento y el camino usado ,
 Las cargas en hilera y orden juntas ,
 Habiendo entre los haces sepultado
 Astas fornidas de ferradas puntas ;
 Y así contra el castillo decuidado
 Del encubierto engaño caminaban ,
 Y en los vedados limites entraban.

El puente , muro y puerta atravesando
 Miserables , los gestos afligidos ,
 Algunos de cansados cojeando ,
 Mostrándose marchitos y encogidos ;
 Pero dentro las cargas desatando ,
 Arrebatan las armas atrevidos
 Con amenaza , orgullo y confianza
 De la esperada y súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados ,
 Viendo la airada muerte tan vecina ,
 Corren presto á las armas alterados
 De la extraña cautela repentina :
 Y á vencer ó morir determinados ,
 Cuál con celada , cuál con coracina ,
 Salen á resistir la furia insana

De la brava y audaz gente araucana .
 Asáltanse con impetu furioso ,
 Suenan los hierros de una y otra parte ;
 Allí muestra su fuerza el sanguinoso
 Y mas que nunca embravecido Marte :
 De vencer cada uno deseoso
 Buscaba nuevo modo , industria y arte
 De encaminar el golpe de la espada
 Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
 Con la sangre que saca el hierro duro :
 Ya la española gente á la india lleva
 A dar de las espaldas en el muro :

Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
 Cobra el perdido campo mal seguro ,
 Que estaba de los golpes esforzados
 Cubierto de armas , y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
 De temor y vergüenza constreñidos,
 Las espadas aprietan en las manos ,
 En ira envueltos y en furor metidos:
 Cargan sobre los fieros araucanos
 Por el impetu nuevo enflaquecidos ;
 Entran en ellos , hieren y derriban,
 Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
 Haciendo fiero estrago y tan sangriento
 En los osados indios, que pagaban
 El poco seso y mucho atrevimiento :
 Casi defensa en ellos no hallaban,
 Pierden la plaza y cobran escarmiento,
 Al fin de tal manera los trataron
 Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguan y Talcaguano
 Salian , cuando con paso apresurado
 Asomó el escuadron Caupolicano
 Teniendo el hecho ya por acabado ;
 Mas viendo el esperado efecto vano
 Y el puente del castillo levantado,
 Pone cerco sobre él con juramento
 De no dejarle piedra en el cimientto.

Sintiendo un español mozo que habia
 Demasiado temor en nuestra gente,
 Mas de temeridad que de osadia
 Cala sin miedo y sin ayuda el puente ;
 Y puesto en medio del alto decia:
 «Salga adelante, salga el mas valiente:
 Uno por uno á treinta desaffo,
 Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
 Al bramar de la res desamparada,
 Que de léjos sin orden conocieron
 Del pueblo y moradores apartada,
 Como los araucanos cuando oyeron
 Del valiente español la voz osada,
 Partiendo mas de ciento presurosos

Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el impetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrojense con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Ciclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Asi martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente;
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplía;
Pero el soberbio bárbaro impaciente
Viendo que un nuestro á ciento resistía,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo

Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo:
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.
Pero viendo ser todo perdimiento
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada,
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la oscura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quieto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Puren, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra oscura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazón en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitan Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruido,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acudé prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,

Hallara en pié el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia:
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazón embebecido:
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido:
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mántanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y dánle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡ Oh incurable mal ! ¡ oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada !
¡ Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfadada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales !

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambición de ser mayores
Que tenga fin y limite sabemos :

El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia :
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenía :

Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones ;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones ;
Pero rotas las cinchas de apretados

Hallara en pié el castillo arruinado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia:
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido;
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazón embebecido:
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido:
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y dánle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡ Oh incurable mal ! ¡ oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada !
¡ Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfadada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales !

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambición de ser mayores
Que tenga fin y limite sabemos :

El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenía :

Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados

Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Léjos de los peligros y ocasiones!
¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.
Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino,
Las amigas cabezas conocieron
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
«Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
«Ya veis la desvergüenza de la tierra,
«Que en nuestro daño da bandera al viento;
«Veis quebrada la fe, rota la guerra;
«Los pactos van del todo en rompimiento;
«Siento la áspera trompa en el oido,
«Y veo un fuego diabólico encendido.
«Bien conoceis la fuerza del estado
«Con tanto daño nuestro autorizada:
«Mirad lo que fortuna os ha ayudado
«Guiando con su mano vuestra espada;
«El trabajo y la sangre que ha costado,
«Que della está la tierra alimentada;
«Y pues tenemos tiempo y aparejo,
«Será bueno tomar nuevo consejo.
«Quien estos son tendreis en la memoria,
«Pues hay tanta razon de conocellos,
«Que si dellos no hubiésemos vitoria,
«Y en campo no pudiésemos vencellos,
«Será tal su arrogancia y vanagloria,
«Que el mundo no podrá despues con ellos:
«Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
«Que á nuestro honor y causa satisfaga.»
La poca edad y menos experiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
Á tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia,
«Que solos diez sin otra compañía
«El bando asolaremos araucano,
«Y haremos el camino y paso llano.
«Lo que jamás hicimos en estrecho
«No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
«Pues es cierto que cuanto hemos hecho

«Volviendo atrás un paso lo manchamos:
«Mostremos al peligro osado pecho,
«Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varón acreditado!
¡Cuánto la verde plática sentiste!
No solías tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sábio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en ti una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
«Que no pases el término vedado:
«Veinte mil conjurados, yo testigo,
«En Tucapel te esperan, protestado
«De pasar sin temor la muerte honrosa
«Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbación dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «Caballeros, ¿qué dudamos?
«¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin más les persuadir rompe la vía,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien léjos parecía
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dijo: «¡Oh constante
«Española nación de confianza!
«Por tierra está el castillo tan pujante,
«Que en él solo estribaba mi esperanza;
«El pérfido enemigo veis delante,
«Ya os amenaza la contraria lanza;

«En esto mas no tengo que avisaros,
«Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandiendo,
Gritando: «Engañadores y ladrones,
«La tierra dejareis hoy con la vida,
«Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadrón menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadrón de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
Á los pocos soldados atendía;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadrón los recogía,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caiman hambriento cuando siente
El escuadrón de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface,

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadrón del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida,
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada

Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sargento
Que escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se deján sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:

Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados;
En esto la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:

Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:

Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenían,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es mas furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte;
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonor y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España;»
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un extraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorito
En su servicio á la sazón venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

«¡ Oh ciega gente del temor guiada!
«¿ A dó volveis los temerosos pechos?
«Que la fama en mil años alcanzada
«A qui perece y todos vuestros hechos.
«La fuerza pierden hoy jamás violada
«Vuestras leyes, los fueros y derechos:
«De señores, de libres, de temidos,
«Quedais siervos, sujetos y abatidos.
«Manchais la clara estirpe y descendencia,
«Y enjeris en el tronco generoso
«Una incurable plaga, una dolencia,
«Un deshonor perpetuo ignominioso:
«Mirad de los contrarios la impotencia,
«La falta del aliento, y el fogoso
«Latir de los caballos, las ijadas

«Llenas de sangre y de sudor bañadas.
 «No os desnudeis del hábito y costumbre
 «Que de nuestros abuelos mantenemos,
 «Ni el araucano nombre de la cumbre
 «A estado tan infame derribemos:
 «Huid el grave yugo y servidumbre,
 «Al duro hierro osado pecho démos:
 «¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
 «Que son de los peligros reservadas?
 «Fijad esto que digo en la memoria,
 «Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
 «Dejad de vos al mundo eterna historia
 «Vuestra sujeta patria libertando;
 «Volved, no rehuséis tan gran vitoria,
 «Que os está el hado próspero llamando;
 «A lo menos fijad el pié ligero,
 «Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
 Contra Valdivia su señor blandia,
 Dando de sí gran muestra y esperanza,
 Por mas los persuadir arremetia:
 Y entre el hierro español así se lanza,
 Como con gran calor en agua fría
 Se arroja el ciervo en el caliente estío,
 Para templar el sol con algun frío.

De solo el primer bote uno atraviesa,
 Otro apunta por medio del costado,
 Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
 Salió el hierro sangriento al otro lado:
 Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
 Y barrenando el muslo á otro soldado,
 En él la fuerte pica fué rompida,
 Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
 Del suelo una pesada y dura maza;
 Mata, hiere, destronca y echa á tierra
 Haciendo en breve espacio larga plaza:
 En él se resumió toda la guerra,
 Cesa el alcance y dan en él la caza;
 Mas él aquí y allí va tan liviano,
 Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
 Ni en antigua escritura se ha leído,

Que estando de la parte vitoriosa
 Se pase á la contraria del vencido?
 ¿Y que solo valor y no otra cosa
 De un bárbaro muchacho haya podido
 Arrebatat por fuerza á los cristianos
 Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
 Sacrificaron por la patria amada,
 Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
 Dieron muestra de sí tan señalada:
 Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
 Alcanzaron gran fama por la espada:
 Furió, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
 Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
 Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
 ¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
 Que á lo menos en duda no estuviese?
 ¿A qué riesgo y peligro se pusieron
 Que la sed del reinar no los moviese,
 Y de intereses grandes insistidos
 Que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazafiosos,
 Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
 De fama y vanagloria codiciosos
 Que no saben sufrir un golpe fuerte,
 Mostrándose constantes y animosos
 Hasta que ven ya declinar su suerte,
 Faltándoles valor y esfuerzo á una,
 Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
 En contra de su patria declarada,
 Turbó y redujo á nueva diferencia,
 Y al fin bastó á que fuese revocada:
 Hizo á fortuna y hados resistencia,
 Forzó su voluntad determinada,
 Y contrastó el furor del vitorioso
 Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
 Y el desigual combate mas revuelto,
 Cuando Caupolicano reportado
 A las amigas voces habia vuelto:
 También habian sus gentes reparado

Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Animos, de repente inadvertidos,
Ó cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y enueños peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Painaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó, quedó molido.
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatía,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metía:
Fuese el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria;
Sube el alto rumor á las estrellas,
Sacando de los hierros mil centellas.

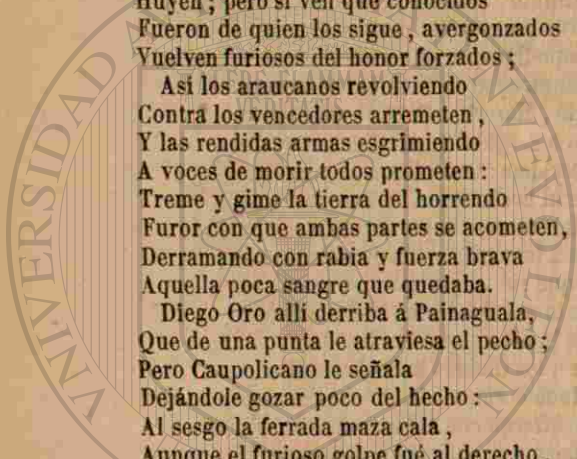
Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoro,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte,
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro,
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazón Puren, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida,
Por dó la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecido
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada:
También Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron innumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuándo de aqueste y cuándo de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es excusado
Procuremos vivir por otra via.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalis, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los ligeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los miseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso los deliene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;

Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolican, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como misero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo descendiendo
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Así el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caída
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolican dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la friste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida

Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
Que como las estrellas se mostraron,
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La oscura noche en esto se subía
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubría
El orbe y redondez del ancho suelo,
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres
Participes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetían,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenían,
Y en ellos las cabezas empalaban

Que de españoles cuerpos dividían:
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento,
Que España en gran peligro estaba puesta;
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimienta levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
Á dar en las ciudades descuidadas,

Que tomadas de salto y de repente
Serían con solo el miedo arruinadas,
Y la patria en su honor restituida
No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército de hecho
Querían pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones extranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sábio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo:

La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
«La dulce libertad tan estimada,
«Ni que sea nuestra patria yo desfiendo
«En el sublime trono restaurada;
«Mas hase de atender á que pudiendo
«Ganar, no se aventure perder nada;
«Y así, con este celo y fin procuro
«No poner en peligro lo seguro.

«Tomad con discrecion los pareceres
«Que van á la razon mas arrimados,
«Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
«Está en ir los principios acertados:
«Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
«Á punto están de ser recuperados;
«Que el tiempo, que es el padre del consejo,
«En las manos nos pone el aparejo.

«Á Valdivia y los suyos habeis muerto
«Y una importante plaza destruido,
«Venir á la venganza será cierto
«Luego que en las ciudades sea sabido;
«Demos al enemigo el paso abierto:
«Esto asegura mas nuestro partido;
«Vengan, vengan con furia á rienda suelta;

«Que difícil será despues la vuelta.
 «La vitoria tenemos en las manos,
 «Y pasos en la tierra mil seguros
 «De ciénagas, lagunas y pantanos,
 «Espesos montes, ásperos y duros:
 «Mejor pelean aquí los araucanos,
 «Españoles mejor dentro en sus muros;
 «Cualquier hombre en su casa acometido
 «Es mas sábio, mas fuerte y atrevido.
 «Esto os vengo á decir, porque se entienda
 «Cuánto con mas seguro acertaremos,
 «Para poder tomar la justa enmienda,
 «Que en sitios escogidos esperemos:
 «Donde no habrá en el mundo quien defienda
 «La razon y derecho que tenemos;
 «Cuando temor tuviesen de buscarnos
 «Á sus casas iremos á alojarnos.»
 Con atencion de todos escuchada
 Fué la oracion que el general hacia,
 Siendo de los mas dellos aprobada,
 Por ver que á su remedio convenia;
 La gente ya del todo sosegada,
 Caupolican al jóven se volvia
 Por quien fué la vitoria, ya perdida,
 Con milagrosa prueba conseguida.
 Por darle mas favor le tenia asido
 Con la siniestra de la diestra mano,
 Diciéndole: «¡ Oh varon, que has extendido
 «El claro nombre y limite araucano!
 «Por tí ha sido el estado redimido,
 «Tú le sacaste del poder tirano,
 «A tí solo se debe esta vitoria
 «Digna de premio y de inmortal memoria.
 «Ya, señores, pues es tan manifiesto
 (Esto dijo volviéndose al senado)
 «El punto en que Lautaro nos ha puesto
 (Que así el valiente mozo era llamado),
 «Yo por remuneralle en algo desto
 «Con vuestra autoridad que me habeis dado
 «Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
 «Le hago capitan y mi teniente.
 «Con la gente de guerra que escogiere,
 «Pues que ya de sus obras sois testigos,

«En el sitio que mas le pareciere
 «Se ponga á recibir los enemigos,
 «Adonde hasta que vengan los espere,
 «Porque yo con la resta y mis amigo
 «Ocuparé la entrada de Elicura,
 «Aguardando la misma coyuntura.»
 Del grato mozo el cargo fué acetado
 Con el favor que el general le daba;
 Aprobólo el comun aficionado,
 Si á alguno le pesó no lo mostraba:
 Y por el órden y uso acostumbrado
 El gran Caupolican le trasquilaba,
 Dejándole el copete en trenza largo,
 Insignia verdadera de aquel cargo.
 Fué Lautaro industrioso, sábio, presto,
 De gran consejo, término y cordura,
 Manso de condicion y hermoso gesto,
 Ni grande ni pequeño de estatura;
 El ánimo en las cosas grandes puesto,
 De fuerte trabazon y comestura,
 Duros los miembros, recios y nerviosos,
 Anchas espaldas, pechos espaciosos.
 Por él las fiestas fueron alargadas,
 Ejercitando siempre nuevos juegos
 De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
 Danzas de noche en torno de los fuegos:
 Habia precios y joyas señaladas,
 Que nunca los troyanos ni los griegos,
 Cuando los juegos mas continuaron,
 Tan ricas y estimadas las sacaron.
 Llegó á Caupolican estando en esto
 Un bárbaro turbado, sin aliento,
 Perdida la color, mudado el gesto,
 Cubierto de sudor y polvoriento,
 Diciéndole: « Señor, socorre presto;
 «Tu campo es róto y cierto el perdimiento;
 «Que la gente que estaba en la emboscada
 «Es muerta la mas della y destrozada.
 «Por tierra de Elicura son bajados
 «Catorce valentisimos guerreros,
 «De corazas finisimas armados,
 «Sobre caballos prestos y ligeros;
 «Por estos solos son desbaratados

« Dos escuadrones tuyos de piqueros ,
 « Y visto el gran estrago al improviso
 « Parti corriendo á darte dello aviso .»

Caupolican con muestra no alterada
 Hizo que del temor se asegurase ,
 Diciendo que tan poca gente armada
 Al cabo era imposible que escapase ;
 Y con la diligencia acostumbrada
 Mandó al nuevo teniente que guiase
 Con la mas presta gente por la via ,
 Que luego con el resto le seguia .

Lautaro , en lo aceptar no perezoso ,
 Escogiendo una escuadra suficiente ,
 Marcha con tanta prisa , codicioso
 De ganar opinion entre la gente ;
 Mas de Marte el estruendo sonoro
 Me llama , que me tardo injustamente :
 De los catorce es tiempo que se trate ,
 Y del sangriento y áspero combate .

Extiéndase su fama y sea notoria ,
 Pues que tanto su espada resplandece ,
 Y dellos se eternice la memoria ,
 Si valor en las armas lo merece :
 Testimonio dará dello la historia ;
 Pero acabar el canto me parece ,
 Que á decir tan gran cosa no me atrevo ,
 Si no es con nuevo aliento y canto nuevo .

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel ; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro : llega Lautaro con gente de refresco ; mueren siete españoles , y todos los amigos que llevaban ; escápanse los otros por una gran ventura .

¡ Cuán buena es la justicia y qué importante !
 Por ella son mil males atajados ;
 Que si el rebelde Arauco está pujante
 Con todos sus vecinos alterados ,
 Y pasa su furor tan adelante ,
 Fué por no ser á tiempo castigados :
 La llaga que al principio no se cura ,
 Requiere al fin mas áspera la cura .

Que no es virtud , mas vicio y negligencia ,
 Cuando de un daño otro mayor se espera ,
 El no curar con hierro la dolencia ,
 Si del mal lo requiere la manera ;
 Mas no con tal rigor que la clemencia
 Pierda su fuerza y la virtud entera :
 Clemente es y piadoso el que sin miedo
 Por escapar el brazo corta el dedo .

No quiero yo decir que á cada paso
 Traiga el hierro en la mano la justicia ,
 Sino segun la gravedad del caso
 Y la importancia y fin de la malicia ;
 Pues vemos claro en el presente paso ,
 Que al cabo corrompida de avaricia
 Dió á la maldad lugar que se arraigase ,
 Y en los ánimos mas se apoderase .

Mas no se ha de entender como el liviano
 Que se entrega al primero movimiento ,
 Que por ser justiciero es inhumano ,
 Y por alcanzar crédito es sangriento :

« Dos escuadrones tuyos de piqueros ,
 « Y visto el gran estrago al improviso
 « Parti corriendo á darte dello aviso .»

Caupolican con muestra no alterada
 Hizo que del temor se asegurase ,
 Diciendo que tan poca gente armada
 Al cabo era imposible que escapase ;
 Y con la diligencia acostumbrada
 Mandó al nuevo teniente que guiase
 Con la mas presta gente por la via ,
 Que luego con el resto le seguia .

Lautaro , en lo aceptar no perezoso ,
 Escogiendo una escuadra suficiente ,
 Marcha con tanta prisa , codicioso
 De ganar opinion entre la gente ;
 Mas de Marte el estruendo sonoro
 Me llama , que me tardo injustamente :
 De los catorce es tiempo que se trate ,
 Y del sangriento y áspero combate .

Extiéndase su fama y sea notoria ,
 Pues que tanto su espada resplandece ,
 Y dellos se eternice la memoria ,
 Si valor en las armas lo merece :
 Testimonio dará dello la historia ;
 Pero acabar el canto me parece ,
 Que á decir tan gran cosa no me atrevo ,
 Si no es con nuevo aliento y canto nuevo .

CANTO IV.

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel ; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro : llega Lautaro con gente de refresco ; mueren siete españoles , y todos los amigos que llevaban ; escápanse los otros por una gran ventura .

¡ Cuán buena es la justicia y qué importante !
 Por ella son mil males atajados ;
 Que si el rebelde Arauco está pujante
 Con todos sus vecinos alterados ,
 Y pasa su furor tan adelante ,
 Fué por no ser á tiempo castigados :
 La llaga que al principio no se cura ,
 Requiere al fin mas áspera la cura .

Que no es virtud , mas vicio y negligencia ,
 Cuando de un daño otro mayor se espera ,
 El no curar con hierro la dolencia ,
 Si del mal lo requiere la manera ;
 Mas no con tal rigor que la clemencia
 Pierda su fuerza y la virtud entera :
 Clemente es y piadoso el que sin miedo
 Por escapar el brazo corta el dedo .

No quiero yo decir que á cada paso
 Traiga el hierro en la mano la justicia ,
 Sino segun la gravedad del caso
 Y la importancia y fin de la malicia ;
 Pues vemos claro en el presente paso ,
 Que al cabo corrompida de avaricia
 Dió á la maldad lugar que se arraigase ,
 Y en los ánimos mas se apoderase .

Mas no se ha de entender como el liviano
 Que se entrega al primero movimiento ,
 Que por ser justiciero es inhumano ,
 Y por alcanzar crédito es sangriento :

Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

No faltara materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá y no mi escritura.
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sábios,
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres tambien de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego Garcia, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda
Con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto;
Por la alta cuesta de Puren subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,

Señal de paga y junta de soldados.
Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retraian
Cuando el licureo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros, si viniesen,
Por cogerlos sin orden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen;
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Hasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban
Cuando los indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncós tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría
Cuando mas sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada,
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huída,

Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida :
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando ;
Mas viéndose cercanos á la muerte
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
Á diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados
Hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra :
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado ;
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gomez de Almagro el propio día
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demás acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido :
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del Este, Norte, Oeste está abrigado,
Y el Sur le hiere casi en descubierto ;
Por do seguido va el camino usado

De los ligeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron :
Los catorce españoles conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron ;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncocs instrumentos,
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos :
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado :
«O si nuestro escuadron de ciento fuera!»
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde : «A Dios pluguiera
Fuéramos solos doce y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran.»

Los caballos en esto apercibiendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas ;
Las poderosas lanzas requiriendo,
A filadas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retremblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento :
No bastaron las armas enemigas
Al impetu español y movimiento ;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Léjos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas;
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos;
Y que bajen los brazos mas pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecía venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdoba famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
Mozo de grande esfuerzo y valentía,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo cien viudas aquel día:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegría;
Que al fin son las mujeres variables
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado

Siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra;
Pues Nereda tambien que era maestro
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.
Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan,
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones,
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
Acá y allá el caballo le traía;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogía:
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocía,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que esgrime la maza diestramente:
Como el suelto lebrél por la maleza
Se arroja al jabali fiero y valiente,

Así asalta Cortés al araucano,
 La adarga al pecho, el duro hierro en mano.
 Al través le hirió por un costado
 No le valiendo el coselete duro ;
 Mas de aquella manera le ha mudado
 Que mudara un peñasco ó fuerte muro :
 Pasa recio el caballo espoleado,
 Y Cortés de Lincoya, ya seguro
 Por medio de la espesa escuadra hiende,
 Y al un lado y al otro muchos tiende.
 Almagro cuerpo á cuerpo combatía
 Con el jóven Guacon, soldado fuerte ;
 Pero presto la lid se decidía.
 Que poco se mostró neutral la suerte ;
 De un golpe Almagro al bárbaro hería,
 Por donde una ancha puerta abrió á la muerte ;
 Sale della de sangre roja un río,
 Y ocupa el desangrado cuerpo el frío.
 Airado Castañeda en la batalla,
 Mata, tropella, daña, hiere, ofende ;
 Acaso á Narpo á la derecha halla,
 Y allí la rigurosa espada tiende :
 No le valió el jubon de fina malla,
 Ni un peto de dos cueros le defiende
 Que la furiosa punta no calase,
 Y el cuerpo del espíritu privase.
 La gente una con otra se embravece,
 Crece el hervor, coraje y la revuelta,
 Y el río de la corriente sangre crece
 Bárbara y española toda envuelta :
 Del grueso aliento el aire se escurece ;
 Alguna infernal furia andaba suelta,
 Que por llevar á tantos en un día
 Diabólico furor les infundía.
 Tanto el teson entre ellos ha durado,
 Que espanta cómo alzar pueden los brazos ;
 Estaban por el uno y otro lado
 De amontonados cuerpos los ribazos :
 El sol había en su curso declinado
 Cuando ya sin vigor, hechos pedazos
 De manera igualmente enflaquecian,
 Que moverse adelante no podían.
 Como el aliento y fuerzas van faltando

A dos valientes toros animosos,
 Cuando en la fiera lucha porfiando
 Se muestran igualmente poderosos,
 Que se van poco á poco retirando
 Rostro á rostro con pasos perezosos
 Cubiertos de un humor y espeso aliento,
 Y esparcen con los piés la arena al viento :
 Los dos puestos así se retiraron
 Sin sangre y sin vigor desalentados,
 Que jamás las espaldas se mostraron,
 Mas siempre frente á frente careados ;
 Ambos á un mismo tiempo repararon,
 A un punto hicieron alto, y desviados
 Los unos de los otros tanto estaban
 Que aun un tiro de flecha no distaban.
 Mirábanse del uno y otro bando
 En el sitio y contrario alojamiento,
 Cubiertos de agua y sangre ijadeando,
 Que no pueden hartarse del aliento,
 Los fatigados miembros regalando,
 El pecho y boca abierta al fresco viento
 Que con templados soplos respiraba
 Mitigando del sol la fuerza brava.
 Y desde allí con lenguas injuriosas,
 A falta de las manos, se ofendían
 Diciéndose palabras afrentosas,
 La muerte con rigor se prometían ;
 Y á vueltas desto flechas peligrosas
 Los enemigos arcos despedían ;
 Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
 El rabioso rencor las arrojaba.
 Yo no sé de cuál brazo descansado
 Una flecha con impetu saliendo,
 A manera de rayo arrebatado,
 El aire con rumor iba rompiendo :
 Tocó en soslayo á Córdova en un lado,
 Y la furiosa punta no prendiendo,
 Torció á Moran el curso, y encarnada
 Por el ojo derecho abrió la entrada.
 El buen Moran con mano cruda y fuerte
 Sacó la flecha y ojo en ella asido,
 Gonzalo al duro paso de la muerte
 Le apercibe y esfuerza condolido ;

Pero Moran gritó : «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido ,
Que solo así herido soy bastante
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente ,
Que galopar no puede de cansado ,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado ;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado ,
Que ya Lincoya al paso le salia ,
Y al puesto, aunque por fuerza, lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de léjos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma ,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo :

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España ,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña :
Delante de su gente va gran trecho ,
Digna es de celebrarse tal hazaña ,
Solos catorce esperan , hechos piezas ,
Rotos los brazos , piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos ;
Apiñados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos ,
Porque aun morir con mas honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban : «Mueran , mueran ;»
Y el lincoyano ejército animado
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos ,
Que fieros amenazan tierra y cielo :
Vienen con tardos piés á prestas manos ;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena ,

Bañándola de sangre en larga vena.
Atravesóle el cuerpo la herida ;
Aunque en atribuirle hay desconcierto :
Unos dicen que Angol fué el homicida ,
Otros que Leocoton , y esto es mas cierto ;
Cualquier dellos que fué , de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto,
Con un trozo de pica atravesado ,
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
A los piés de Lautaro muerto vino :
Rompén los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino ;
Pero Ongolmo los piés apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda , que en guerras era experto ,
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego Garcia ,
De una llaga mortal abierto el pecho ,
De otro golpe Escalona se tendia ,
Que Tucapel le acierta por derecho :
Los demás españoles en la via
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta ,
Y en viendo que estos dos baten la tierra ,
Gallardo por encima dellos salta :
Topa á Almagro , y con él ligero cierra
En los piés levantado y la maza alta ,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

Ó fué mal tiento , ó furia que llevaba ,
Ó que el sumo Señor quiso librallo ,
Que el tiro á la cabeza señalaba ,
Y á dar vino en las ancas del caballo ;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo ,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba ,

Ora fué su ventura y diestro hado ,
 Ora siniestro del que tras él iba ,
 El cual era el valiente Maldonado
 Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba ,
 Que el golpe secundaba Tucapelo ,
 Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
 Lado al bárbaro encuentra de pasada ,
 Y cuanto cinco pasos , ó mas trecho,
 Lo lleva hácia adelante por la estrada :
 Brama el bárbaro ardiendo de despecho ,
 Vibora no se vió mas enconada ,
 Ni pisado escorpion vuelve tan presto
 Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento , muda la sentencia ,
 Que contra Juan de Almagro dado habia ,
 Y la furiosa maza é impaciencia
 Al triste Maldonado revolvia :
 Cala un golpe con toda su potencia ;
 Mas el presto caballo se desvia :
 Tucapel de furioso el tiro yerra,
 Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte ,
 Que al punto llega el bravo Lemolemo
 Con un largo baston ñudoso y fuerte
 A manera de corvo y grueso remo ;
 Y un golpe le señala de tal suerte,
 Que no le erró el ferrado y duro extremo ,
 Ni celada prestó de estofa llena ,
 Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa
 El aire y cielo súbito turbando ,
 Con una escuridad triste y medrosa
 Del sol la luz escasa fué ocupando :
 Salta Aquilon con furia procelosa
 Los árboles y plantas inclinando ,
 Envuelto en raras gotas de agua gruesas
 Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
 Al duro asalto y fiera batería ,
 Va con los tardos golpes previniendo
 La presta y animosa compañía ,
 Pero el punto y señal última oyendo

Suena la horrenda y áspera armonia ,
 Así el negro nublado turbulento
 Lanza un diluvio súbito y violento.

En oscura tiniebla el cielo vuelto
 La furiosa tormenta se esforzaba ,
 Agua , piedras y rayos todo envuelto
 En espesos relámpagos lanzaba :
 El araucano ejército revuelto
 Por acá y por allá se derramaba ;
 Crece la tempestad horrenda tanto
 Que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
 Hizo que al punto el cielo se cerrase ,
 Y la tiniebla de la noche oscura
 Gran rato en su favor se anticipase :
 Turbado se metió en una espesura
 Hasta tanto que el impetu pasase
 De aquella gente bárbara furiosa ,
 De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
 Y que él podia salir mas encubierto ,
 El bosque deja y toma su camino ,
 Que el temor se le muestra bien abierto :
 Cayendo y levantando al cabo vino
 De sangre , lodo y de sudor cubierto ,
 Junto donde los nuestros esperaban
 Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados
 Y uno de los caballos relinchando
 El español con pasos sosegados
 Al alegre rumor se fué acercando :
 Llegó donde los seis amedrentados
 Con baja voz estaban dél tratando ,
 Y en aquella sazón se les presenta
 Dándoles del suceso entera cuenta.
 Con espanto fué luego conocido,
 Que entre ellos ya por muerto se tenia ,
 Y cada uno de lástima movido
 A morir en su ayuda se ofrecia ;
 Mas él , como animoso y entendido,
 Viendo que aprovechar no le podia ,
 Dice : « De mi , señores , nadie cure ;
 La vida el que pudiere la asegure. »

Esto no dijo bien, cuando esforzado
 Por el bosque tomó una senda incierta,
 Y aquella mas usada deja á un lado
 De gente y pueblos bárbaros cubierta:
 Otro trance mayor le está guardado;
 Pero pues hay de Chile historia cierta,
 Allí lo podrá ver el que quisiere,
 Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
 De Chile y del Perú en latin la historia,
 Con tanta erudicion, que será justo
 Que dure eternamente su memoria;
 Y la vida de Carlos Quinto augusto,
 Y en verso los encomios y la gloria
 De varones ilustres en milicia,
 Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
 La desgracia de Almagro, lo mostraban;
 Pero ayudalle en ella no pudiendo
 A la Imperial ciudad enderezaban;
 La tempestad furiosa iba creciendo,
 Relámpagos y truenos no cesaban
 Hasta que salió el sol, y el claro dia
 La plaza de Puren les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
 Le habia Juan Gomez antes sustentado
 Hallándose una noche de repente
 De multitud de bárbaros cercado:

Repelidos al fin gallardamente,
 Fué por su industria el cerco levantado:
 No escribo esta batalla, aunque famosa,
 Por no tardarme tanto en cada cosa.

Alli los seis guerreros arribados
 Fueron con tierna muestra recibidos
 De los caros amigos, admirados
 De verlos á tal término traídos,
 Miseros, afligidos, demudados,
 Flacos, roncós, deshechos, consumidos,
 Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
 Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
 Las armas defendiendo su partido,
 Que nunca en este tiempo descansaron

Haciendo lo que habeis, señor, oido:
 Un rato en el castillo reposaron
 Del cual la noche atrás habian salido,
 No con poco temor de los de casa,
 Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
 Gran turbacion les puso á todos cuando
 El caso de Valdivia desastrado
 Les fueron por sus términos narrando:
 Y así viendo el castillo mal parado,
 De consejo comun considerando
 La pujanza que el bárbaro traia,
 Le dejaron desierto el mismo dia.

Hacia Gauten tomaron la jornada
 Llevando á Almagro acaso de camino,
 Que por venir la noche tan cerrada
 Libre salió del campo Lautarino:
 La fuerza fué por tierra derribada,
 Que luego el enemigo pueblo vino
 Talando municiones y comidas
 Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
 Hacia donde su ejército venia,
 Retumbando en los montes cavernosos
 El alegre rumor y vocería;
 Y por aquellos prados espaciosos
 Con la vitoria y gozo de aquel dia
 Tales cantos y juegos inventaban,
 Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
 Les habla y los recibe alegremente,
 Y asiendo blandamente de la diestra
 Al valiente Lautaro, su teniente,
 Una escuadra le entrega de maestra,
 Escogida, gallarda y buena gente,
 En armas y trabajo ejercitada
 Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
 Que mucho su proceso me detiene,
 Forzoso á tratar dél volveré presto,
 Que llegar hasta Penco me conviene;
 Pues hace tanto á nuestro presupuesto
 Decir cómo á la guerra se previene

Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, ligera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales,
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento;
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suenan el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas enjerian:
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente

Francisco Villagran, varon tenido
Por sábio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Despues de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lagrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante;
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de léjos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano
Que del pueblo saliera á acompañarlos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros limites pasando
Pisan de Andalican la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena:
Y al pié del cerco andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Solo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, ágrío y estrecho
De la banda del Norte está á la entrada,
Por un monte asperísimo y derecho
La cumbre hasta los cielos levantada:

Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y limite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido

En lo mas alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tomé bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demás despeñadero:
Tiene al Poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pié deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagran confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada,
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: «Sus, la suerte ya es echada;»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente,
Por el fragoso monte levantado,
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro sin moverse arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada

En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro, al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplicoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciéndoos que voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar prolija pluma.

CANTO V.

Contiene la renida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos, juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido;
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.
Digolo porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmenta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.
Villagran con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aqui y alli lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto,
Por ver el órden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.
De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada

De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros del calor desamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento están bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena;
De la otra parte el araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hierde la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Destá manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse;
Pero ya Villagran consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros piés batiendo
Salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo extraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el expreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso hácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta;
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,

Y vuelven casi en cerco á retirarse
 Por no poder romper sin despeñarse.
 Toman al retirar la vuelta larga,
 Y desta suerte muchas vueltas prueban;
 Pero todas las veces una carga
 De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
 A algunos vale allí la buena adarga,
 Las celadas y grevas bien aprueban,
 Que no pueden venir al corto hierro
 Por ser peinado en torno el alto cerro.
 Firme estaba Lautaro sin mudarse,
 Y cercada de gente la montaña,
 Algunos que pretenden señalarse
 Salen con su licencia á la campaña:
 Quieren uno por uno ejercitarse
 De la pica y baston con los de España,
 Ó dos á dos, ó tres á tres soldados
 A la franca elección de los llamados.
 Usando de mudanzas y ademanes
 Vienen con muestra airosa y contoneo
 Mas bizarros que bravos alemanes
 Haciendo aquí y allí gentil paseo;
 Como los diestros y ágiles galanes
 En público ejercicio del torneo,
 Asi llegan gallardos á juntarse
 Y con las duras puntas á tentarse.
 Quién piensa de la pica ser maestro
 Sale á probar la fuerza y el destino,
 Tentando el lado diestro y el siniestro
 Buscando lo mejor con sábio tino:
 Cuál acomete, vanle, y hurta presto
 Hallando para entrar franco el camino,
 Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
 Que da con su enemigo en tierra muerto.
 Otros destas posturas no se curan
 Ni paran en el aire y gentileza,
 Que el golpe sea mortal solo procuran,
 Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
 Con ánimo arrojado se aventuran
 Llevados de la cólera y braveza;
 Esta á veces los golpes hace vanos,
 Y ellos venir mas juntos á las manos.
 Pero por mas veloz en la corrida

El mozo Curio man se señalaba,
 Que con gallarda muestra y atrevida
 Larga carrera sin temor tomaba;
 Y blandiendo una lanza muy fornida,
 En medio de la furia la arrojaba,
 Que nunca de ballesta al torno armada
 Jara con tal presteza fué enviada.
 Habia siete españoles ya herido,
 Mas nadie se atraviesa á la venganza;
 Que era el valiente bárbaro temido
 Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
 En esto Villagran algo corrido
 Viéndole despedir la octava lanza,
 Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
 Que castigue este bárbaro importuno?»
 Diciendo esto miraba á Diego Cano,
 El cual de osado crédito tenia,
 Que una asta gruesa en la derecha mano
 Su Rabican preciado apercibia,
 Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
 Con fuerza extrema el brazo sacudia,
 En la silla los muslos enclavados
 Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.
 Con menudo tropel y gran ruido
 Sale el presto caballo desenvuelto
 Hácia el gallardo bárbaro atrevido,
 Que en esto las espaldas habia vuelto;
 Pero el fuerte español embebecido
 En que no se le fuese, el freno suelto,
 Bate al caballo apriesa los talones
 Hasta los enemigos escuadrones.
 No el araucano y fiero ayuntamiento
 Con las espesas picas derribadas,
 Ni el presuroso y recio movimiento
 De mazas y de bárbaras espadas
 Pudieron resistir al duro intento
 Del airado español, que las pisadas
 Del ligero araucano iba siguiendo,
 La espesa turba y multitud rompiendo.
 Donde á pesar de tantos y á despecho,
 Con grande esfuerzo y valerosa mano
 Rompe por ellos, y la lanza el pecho
 De aquel que dilató su muerte en vano;

Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:

Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazón ninguna espada
Había de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
Á toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batía,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubría,
El aire cerca y lejos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y había gran parte della destrozado,
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,
«Á quien fortuna llama á tales hechos!
«Ya es tiempo que los brazos valerosos
«Nuestras causas aprueben y derechos:
«Sus, sus, calad las lanzas animosos,
«Rompan los hierros los contrarios pechos,
«Y por ellos abrid roja corriente

«Sin respetar á amigo ni á pariente.
«Á las piezas guiad; que si ganadas
«Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
«Célebres quedarán vuestras espadas,
«Y eterna al mundo dellas la memoria:
«El campo seguirá vuestras pisadas
«Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota:
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego;
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrían;
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venían:
De voces, fuego, humo y polvareda
No se entienden allí ni conocían;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal impetu y furia acometida,

Otros por dar remate á su porfia,
 Traban una batalla bien reñida :
 Para un solo español cincuenta habia ;
 La ventaja era fuera de medida ;
 Mas cada cual por si tanto trabaja
 Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
 De Carlos Quinto, máximo, glorioso ;
 Mas que á pesar del contrapuesto Marte
 Vaya siempre adelante vitorioso :
 El cual terrible y fiero á cada parte ,
 Envuelto en ira y polvo sanguinoso
 Daba nuevo vigor á las espadas
 De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza ,
 Segun es el herir apresurado ,
 Con aquel mismo esfuerzo y entereza
 Que si entonces lo hubieran comenzado :
 Las muertes , el rigor y la crueza ,
 Esto no puede ser significado ,
 Que la espesa y menuda yerba verde
 En sangre convertida el color pierde.

Villagran la batalla en peso tiene ,
 Que no pierde una mínima su puesto ,
 De todo lo importante se previene ;
 Aquí va , y allí acude , y vuelve presto :
 Hace de capitan lo que conviene
 Con usada experiencia , y fuera desto
 Como osado soldado y buen guerrero
 Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
 Que en los cristianos hace gran matanza ,
 Lleva el caballo , y él llevado de ira
 Requiere en la derecha bien la lanza :
 En los estribos firme al pecho tira ;
 Mas la codicia y sobra de pujanza
 Desatentó la presurosa mano ,
 Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
 Por la canalla bárbara enemiga ,
 Revuelve á Torbo el español airado
 Y en bajo el brazo la jineta abriga ,
 Pásale un fuerte peto tresdoblado

Y el jubon de algodón , y en la barriga
 Le abrió una gran herida , por do al punto
 Vertió de sangre un lago y la alma junto ,
 Saca entera la lanza , y derribando
 El brazo atrás con ira la arrojaba ;
 Vuela la furiosa asta rechinando
 Del impetu y pujanza que llevaba ,
 Y á Corpillan que estaba descansando
 Por entre el brazo y cuerpo le pasaba ,
 Y al suelo penetró sin dañar nada ,
 Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagran , la espada fuera ,
 Por medio de la hueste va á gran priesa ,
 Haciendo con rigor ancha carrera
 A donde va la turba mas espesa :
 No menos Pedro de Olmos de Aguilera
 En todos los peligros se atraviesa ,
 Habiendo él solo muerto por su mano
 A Guancho , Canio , Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan , entrambos de Alvarado ,
 Daban de su valor notoria muestra ,
 Y el viejo y gran jinete Maldonado
 Voltea el caballo allí con mano diestra ,
 Ejercitando con valor usado
 La espada que en herir era maestra ,
 Aunque la débil fuerza envejecida
 Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano , á dos manos , sin escudo ,
 No deja lanza enhiesta ni armadura ,
 Que todo por rigor de filo agudo
 Hecho pedazos viene á la llanura :
 Pues Peña , aunque de lengua tartamudo ,
 Se revuelve con tal desenvoltura ,
 Cual Cesio entre las armas de Pompeo ,
 Ó en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso ,
 De ponzoñosa rabia estimulado ,
 Con la espada sangrienta va furioso
 Hiriendo por el uno y otro lado ;
 Mata de un golpe á Palta , y riguroso
 La punta enderezó contra el costado
 Del fuerte Ron , y así acertó la vena
 Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto alloja,
Haciendo los cristianos tales cosas,
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin alfojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron;
Mas viéndose á tal hora en estrechez,
Que pasaban de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla
Perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagran, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sábias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
«De aquello que á su honor es obligado,
«No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
«De todo nuestro bien grande enemigo.

«Sacudidle de vos, y vereis luego
«La deshonra y afrenta manifiesta;
«Mirad que el miedo infame, torpe y ciego

«Mas que el hierro enemigo aqui os molesta:
«No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
«Que en este solo punto teneis puesta
«Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
«Y es cosa que despues no tiene enmienda.

«¿A do volveis sin orden y sin tiento,
«Que los pasos tenemos impedidos?
«¿Con cuánto deshonor y abatimiento
«Seremos de los nuestros acogidos?
«La vida y honra está en el vencimiento,
«La muerte y deshonor en ser vencidos:
«Mirad esto, y vereis huyendo cierta
«Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y extraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde quedar mejor que aqui yo puedo?»
Diciendo Villagran, con osadia
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo;
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «Desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruido;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las extrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso:
Como ahora á Villagran que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa alajar el áspero camino,
A donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso montón se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolviéron.
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadrón ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condición la guerra:
Rompen hasta do el misero caudillo
De golpes aturdimado estaba en tierra,
Sin ayuda y favor, desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada:
Y estaban como lobos carniceros

Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del ejido
Llegan con gran presteza á aquel ruido:

Así los enemigos apiñados
En medio al triste Villagran tenían,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos á los otros se impedían;
Mas los trece españoles esforzados
Rompiendo á la sazón sobrevenían,
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
A donde á Villagran ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojan:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinión hasta la muerte.

Si un espeso montón se deshacía
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacía,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagran aun no volvía;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolviéron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse más tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenía el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor hendía,
Llevando en su defensa al bando amigo
Que destrozando bárbaros venía:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en día,

Y durará en Arauco muchos años
 El estrago y memoria de los daños.
 Bernal hiere á Mailongo de pasada
 De un valiente altibajo á fil derecho,
 No le valió de acero la celada,
 Que los filos corrieron hasta el pecho :
 Aguilera al través tendió la espada,
 Y al dispuesto Guaman dejó mal trecho,
 Haciendo ya el temor tan ancha senda
 Que bien pueden correr á toda rienda.
 Salen pues los catorce vitoriosos
 Donde los otros de su bando estaban,
 Que turbados, sin orden, temerosos
 De ver su muerte ya remolinaban :
 No bastaron ni fueron poderosos
 Villagran y los otros que llegaban
 A estorbar el camino comenzado,
 Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.
 Viendo bravo y gallardo el araucano,
 Del todo de vencer desconfiados,
 Y los caballos sin aliento en vano
 De importunas espuelas fatigados,
 A grandes voces dicen : « A lo llano,
 No estemos desta suerte arrinconados ; »
 Y con nuevo temor y desatino
 Toman algunos dellos el camino.
 Cual de cabras montesas la manada,
 Cuando á lugar estrecho es reducida,
 De diestros cazadores rodeada
 Y de importunos tiros perseguida,
 Que viéndose ofendida y apretada
 Una rompe el camino y la huida,
 Siguiendo las demás á la primera ;
 Así abrieron los nuestros la carrera.
 Uno, dos, diez y veinte desmandados
 Corren á la bajada de la cuesta,
 Sin orden ni atención apresurados,
 Como si al palio fueran sobre apuesta :
 Aunque algunos valientes ocupados
 Con firme rostro y con espada presta,
 Combatiendo animosos no miraban
 Cómo así los amigos los dejaban.
 No atienden al huir, ni se previenen

De remedio tan flaco y vergonzoso ;
 Antes en su batalla se mantienen
 Trayendo el fin á término dudoso :
 Y con heroicos ánimos detienen
 De los indios el impetu furioso,
 Y la disposicion del duro hado,
 En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
 Contrastando al destino, que parece
 Que el valor araucano disminuyen,
 Y el suyo con difícil prueba crece ;
 Mas viendo á los amigos cómo huyen,
 Que á mas correr la gente desaparece,
 Hubieron de seguir la misma vía,
 Que ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
 Que será á la sazón mas conveniente ;
 Pues me suena en la oreja el triste llanto
 Del pueblo amigo y género inocente :
 No siento el ser vencidos tanto, cuanto
 Ver pasar las espadas crudamente
 Por vírgenes, mujeres, servidores,
 Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
 Y gente de servicio iban camino,
 Que el miedo les prestaba ligereza,
 Y mas de la que á algunos les convino ;
 Pues con la turbacion y gran torpeza
 Muchos perdieron de la cuesta el tino,
 Ruedan unos los lomos quebrantados,
 Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
 Los arroyos de sangre el llano riegan,
 Rompiendo el aire el llanto y alaridos
 Que en son desentonado al cielo llegan :
 Y las lástimas tristes y gemidos,
 Puestas las manos altas con que ruegan,
 Y piden de la vida gracia en vano
 Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
 Con mano presta y piés en la corrida,
 Hiriendo sin respeto y derribando
 La inútil gente, misera, impedida,

Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuánto los otros se alargaban
Alargarse tambien le convenia;
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja:
Que ni la voz de virgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos piés el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército araucano,
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea mas claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto léjos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los españoles sustentarse;
Que la gente araucana derramada
El alcance sin orden proseguia,

Haciendo todo el daño que podía.
Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
Á darle ayuda en círculo descenden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoro:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una minima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El impetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna;
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;

Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento,
Y de sangre tambien, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados,
Digo de los cristianos que á pié andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó acciones aferradas,
Y en vano lastimosos representan
Estrechas amistades olvidadas:
De si los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los mas odiados enemigos,
Que no era á la sazón tiempo de amigos.

Atruenan todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oia
De la gente española y de servicio
Que á manos de los indios parecia:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan extraña y cruda anatomia,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados,
Por medio de la frente otros hendidos,
Otros mueren con honra degollados;
Otros que piden medios y partidos,
De los cascós los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban;
Antes con más rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban;
No tienen miramiento á las preñadas,

Mas los golpes al vientre encaminaban,
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar ligeramente:
Y al que torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atrás venia,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adónde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi en torno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho,
Con arte unos en otros enjeridos,
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los indios prevenidos,
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo, no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos á romperla,
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Asi la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagran llegaba:
Que vista la excusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir ni muestra alguna,
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de impetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento
Y encuentra con los pechos la albarrada:
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
El paso, pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimian,
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos hacía la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano hacía el Poniente
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debían de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente

Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,

Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de si el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran impetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Asi la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar tambien alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo y á pié, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caído,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habian perdido:
Cuál ligero cabalga, y cuál turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huía.

No aguardaban por estos; mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre si haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al Papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

Venían ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos agujiar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son excusadas,

Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso

Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destroz y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadia
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos agujando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
Tambien los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
Á seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la extrema ribera de Biobío
A donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino:

Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso

Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
De espacio el mas ligero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

CANTO VII.

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el des-
trozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran
pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos
que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este can-
to se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadia
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos agujando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
Tambien los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados
Á seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la extrema ribera de Biobío
A donde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino:

Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada,
Á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarían
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no traían,
Otros los traen de golpes levantados:

Del infierno parece que salían,
No hablan, ni responden elevados,
Á todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discordé y áspera armonía
La casa mas vecina respondía.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,
Mujeres, como locas sin sentido,
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el día venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos,
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros, sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,

Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba;
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija á la silla procurando
Cincharla en el caballo mas ligero:
Las encerradas virgenes llorando
Por las calles sin manto, ni escudero,
Atónitas de acá y de allá, perdidas,
Á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
Que las queridas madres apartadas,

Balandando van perdidas presurosas
 Haciendo en poco espacio mil paradas,
 Ponen oreja atenta á todas cosas,
 Corren aquí y allí desatinadas:
 Así las tiernas vírgenes llorando
 Á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
 El llanto, la aflicción y el alarido;
 Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,
 Reduciendo el sentir solo al oído;
 Cualquier sombra Lautaro les parece,
 Su rigurosa voz cualquier ruido,
 Alzan la grito y corren, no sabiendo
 Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oír bien lastimosa
 Los suspiros, clamores y lamento,
 Haciéndolos mayores cualquier cosa
 Que trae de nuevo el miedo por el viento:
 Desampara la turba temerosa
 Sus casas, posesión y heredamiento,
 Sedas, tapices, camas, recamados,
 Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo
 Que no sea la ciudad desamparada,
 Responde el principal: «Yo no lo entiendo,
 Ni de mi voluntad soy parte en nada;»
 Pero el temor un viejo posponiendo
 Les dice: «Gente vil, acobardada,
 Deshonra del honor y ser de España,

¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»
 No fué esta corrección de algún provecho
 Ni otras cosas que el viejo les decía;
 Muestran todos hacerse á su despecho,
 Y van al que mas corre ya la vía;
 Es justo que la fama cante un hecho
 Digno de celebrarse hasta en el día
 Que cese la memoria por la pluma,
 Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
 Noble, discreta, valerosa, osada,
 Es aquella que alcanza tanta fama
 En tiempo que á los hombres es negada:
 Estando enferma y flaca en una cama,

Siente el grande alboroto; y esforzada,
 Asiendo de una espada y un escudo,
 Salió trás los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
 Volviendo atrás los rostros afligidos
 Á las casas y tierras que dejaban,
 Oyendo de gallinas mil graznidos,
 Los gatos con voz hórrida maullaban,
 Perros daban tristes aullidos:
 Prógne con la turbada Filomena
 Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
 Que dello daba indicio y muestra clara,
 Con la espada desnuda lo impedia,
 Y en medio de la cuesta y dellos pára,
 El rostro á la ciudad vuelto decía:
 «¡Oh valiente nación, á quien tan cara
 Cuesta la tierra y opinión ganada
 Por el rigor y filo de la espada!

«Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
 Que contra los que así temeis mostrastes?
 ¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
 De la inmortalidad á que aspirastes?
 ¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza
 Y el natural valor de que os preciastes?
 ¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
 Que no viene ninguno tras nosotros?

«¡Oh cuántas veces fuistes imputados
 De impacientes, altivos, temerarios,
 En los casos dudosos arrojados,
 Sin atender á medios necesarios;
 Y os vimos en el yugo traer domados
 Tan gran número y copia de adversarios,
 Y emprender y acabar empresas tales
 Que distes á entender ser inmortales!

«Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
 Por vos de sus cimientos levantado,
 Mirad los campos fértiles, viciosos,
 Que os tienen su tributo aparejado;
 Las ricas minas y los caudalosos
 Ríos de arenas de oro, y el ganado
 Que ya de cerro en cerro anda perdido
 Buscando á su pastor desconocido.

«Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon, se condolecen
Y muestran doloroso sentimiento :
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

«Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
A do tendremos misera acogida :
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huésped toda nuestra vida ?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.

«Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos :
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos,
Volved, volved!» gritaba; pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones :
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo ligereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente ;
Pues apenas entró por un oído
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo,
Llevados de su antojo caminaban ;
Mujeres sin chapines por el lodo

A gran priesa las faldas arrastraban :
Fueron doce jornadas deste modo,
á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance extraño.
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño,
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo extenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que padiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere ;
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destes bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillan gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via ;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle :
«La vida, ¡oh miserable ! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

«Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros ?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros :

Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease;
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que despues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien cómo habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho.

El bárbaro responde: «No me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

«Que el cuidadoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta disciplina castigada,

Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

«Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,

Y aquel que de cansado se dormia,
En medio de dos picas le colgaba:

Quien cortaba una espiga, allí moria,
Demás de la racion que se le daba:

Con órdenes estrechas y preceos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

«Desta suerte estuvimos los soldados

Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido;
El mozo dice: «Ayer antes del dia
Salió de aquí con súbito ruido:
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.»

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Hacia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores;
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente,
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que descende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel hacia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,

Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talandó hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro del robo no contento
Arruina, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera, y quién la baja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguja,
Quién abre, quién desquicia y deseneaja,
Quién no deja fardel, ni baratija,
Quién contiene, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad había,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladrón mas adquiria:
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va que del propio hermano no se fia:
Mas parte á ningún hombre se concede

De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban ni delienen,
Dan las vacias el paso á las cargadas:
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quién buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo misero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama
De subir á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adónde mas riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra.

¡Oh cuántos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

Á quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta
Mil ducados por año les rentara,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,

Sacar tanto oro en cantidad podian ,
 Que á tenerse viniera casi en nada :
 Esto que digo y la opinion perdian
 Por allojar el brazo de la espada ,
 Ganados , heredades , ricas casas ,
 Que ya se van tornando en vivas brasas :

La grita de los bárbaros se entona ,
 No cabe el gozo dentro de sus pechos ,
 Viendo que el fuego horrible no perdona
 Hermosas cuádras ni labrados techos :
 En tanta multitud no hay tal persona
 Que en verlos no se duela así deshechos ;
 Antes suspiran , gimen y se ofenden ,
 Porque tanto del fuego se defienden .

Paréceles que es lento y espacioso ,
 Pues tanto en abrasarlos se tardaba ,
 Y maldicen al tracio proceloso
 Porque la flaca llama no esforzaba :
 Al caer de las casas sonoro
 Un terrible alarido resonaba ,
 Que junto con el humo y las centellas
 Subiendo amenazaba las estrellas .

Grece la fiera llama en tanto grado
 Que las mas altas nubes encendia ,
 Tracio con movimiento arrebatado
 Sacudiendo los árboles venia ,
 Y Vulcano , al rumor sucio y tiznado ,
 Con los herreros fuelles acudia
 Que ayudaron su parte al presto fuego ;
 Y así se apoderó de todo luego .

Nunca fué de Neron el gozo tanto
 De ver en la gran Roma poderosa
 Prendido el fuego ya por cada canto ,
 Vista sola á tal hombre deleitosa :
 Ni aquello tan gran gusto le dió , cuanto
 Gusta la gente bárbara dañosa
 De ver cómo la llama se extendia ,
 Y la triste ciudad se consumia .

Era cosa de oír , dura y terrible ,
 Los estallidos y fornace estruendo ,
 El negro humo , espeso é insufrible ,
 Cual nube en aire así se va imprimiendo :
 No hay cosa reservada al fuego horrible ,

Todo en si lo convierte , resumiendo
 Los ricos edificios levantados
 En antiguos corrales derribados .

Llegado al fin el último contento
 De aquella fiera gente vengativa ,
 Aun no parando en esto el mal intento ,
 Ni planta en pié , ni cosa dejan viva :
 El incendio acabado como cuento ,
 Un mensajero con gran prisa arriba
 Del hijo de Leocan , y su embajada
 Será en el otro canto declarada .

CANTO VIII.

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolican viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Canten.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta;
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.
Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terrero del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y de otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes;
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastanté y licita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
Á que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran exceso,

Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones
Y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazón; pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte;
Y poca de la edad mas suficiente
Á resistir el gran rigor de Marte
Y á la parcial fortuna que se muestra,
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino
Viendo que su opinion tanto crecía,
Y la fortuna próspera el camino
En nuestro daño y su provecho abría?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo y arruinar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dijo cómo á gran priesa habia llegado
Un indio mensajero conocido,
Que por Caupolican era enviado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla, digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo tambien, sin alargar razones,
Que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el senado y junta de varones
Tratasen lo que mas le conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte Andalicano se avecina;
Y por llegar de súbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganoso de burlar al bando amigo

Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del día
 Dió sobre las escuadras de repente
 Con una baraunda y vocería,
 Que puso en arma y alteró la gente;
 Mas vuelto el alboroto en alegría,
 Conocida la burla claramente,
 Los unos y los otros sin firmarse,
 Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolican, alegre, humano y grave,
 Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
 Y con regalo y plática suave
 Le da prendas y honor de hermano caro:
 La gente que de gozo en sí no cabe
 Por la ribera de un arroyo claro
 En juntas y corrillos derramada,
 Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron despues desto
 Antes que el gran senado fuese junto,
 Tratando en su jornada y presupuesto
 Desde el principio al fin sin fallar punto;
 Pero al término justo y plazo puesto
 Llegó la demás gente, y todo á punto
 Los principales hombres de la tierra
 Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
 Con que Valdivia ante él fué presentado:
 Era de verde y púrpura tejido
 Con rica plata y oro recamado,
 Un peto fuerte en buena guerra habido
 De fina pasta y temple relevado,
 La celada de claro y limpio acero,
 Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
 Á la española usanza se vestían,
 La gente del comun y los soldados
 Se visten del despojo que traían:
 Calzas, jubones, cueros desgarrados
 En gran estima y precio se tenían:
 Por inútil y bajo se juzgaba
 El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
 El venir á la junta así vestidos,

Y en el consejo, como digo, entraron
 Ciento y treinta caciques escogidos:
 Por su costumbre antigua se sentaron
 Segun que por la espada eran tenidos:
 Estando en gran silencio el pueblo ufano,
 Así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,
 Para que nuestra fama se acreciente,
 Que no es menester fuerza de razones,
 Mas solo el apuntarlo brevemente:
 Que segun vuestros fuertes corazones
 Entrar la España pienso fácilmente,
 Y al gran emperador invieto Carlo
 Al dominio araucano sujetarlo.

«Los españoles vemos que ya entienden
 El peso de las mazas barreadas,
 Pues ni en campo ni en muro nos atienden;
 Sabemos cómo cortan sus espadas,
 Y cuán poco las mallas los defienden
 Del corte de las hachas aceradas:
 Si sus picas son largas y fornidas,
 Con las vuestras han sido ya medidas.

«De vuestro intento asegurarme quiero,
 Pues estoy del valor tan satisfecho,
 Que gruesos muros de templado acero
 Allanareis poniéndoles el pecho:
 Con esta confianza el delantero
 Seguiré vuestro bando, y el derecho
 Que tenéis de ganar la fuerte España,
 Y conquistar del mundo la campaña.

«La deidad desta gente entenderemos,
 Y si del alto cielo cristalino
 Desciende, como dicen, abriremos
 A puro hierro anchísimo camino:
 Su género y linaje asolaremos,
 Que no bastará ejército divino,
 Ni divino poder, esfuerzo y arte
 Si todos nos hacemos á una parte.

«En fin, fuertes guerreros, como digo,
 No puede mi intencion mas declararse:
 Aquel que me quisiere por amigo,
 A tiempo está que puede señalarse;
 Téngame desde aquí por enemigo

El que quisiere á paces arrimarse.»
Aquí dió fin , y su intencion propuesta ,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió , y aun el aliento
Apenas al espíritu halló vía ,
Mientras duró el soberbio parlamento
Que el gran Caupolicano les hacia :
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía ;
A Lautaro tocaba , y excusado ,
Lincoya así responde levantado :

« Señor, yo no me he visto tan gozoso
Después que en este triste mundo vivo ,
Como en ver manifiesto el valeroso
Animo dese invictó pecho altivo :
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo ;
Que no quiero ser rey del cielo y tierra ,
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

« Y en testimonio desto yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho ,
Ni por áspero caso adverso y duro
A la patria volver jamás el pecho :
Desto puedes , señor , estar seguro ,
Y todo faltará y será deshecho
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.»

Así dijo ; y tras él , aunque rogado ,
El buen Peteguelen curaca anciano ,
De condición muy áspera enojado ,
Pero afable en la paz , fácil y humano ,
Viejo , enjuto , dispuesto , bien trazado ,
Señor de aquel hermoso y fértil llano ,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sábias esto :

« Fuerte varon y capitán perfeto ,
No dejaré de ser el delantero
A probar la fineza deste peto ,
Y si mi hacha rompe el fino acero ;
Mas como quien lo entiende te prometo
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan españoles desta tierra ,
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

« Bien será que , señor , nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados ,
Y á nuestros enemigos desterramos
Que están en lo mas dello apoderados :
Después por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados :
Esto á mi me parece , y quien quisiere
Proponga otra razón , si mejor fuere.»

Callando este cacique , se adelanta
Tucapelo , de cólera encendido ,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido ,
Diciendo : « A mi la España no me espanta ,
Y no quiero por hombre ser tenido
Si solo no arruino á los cristianos ,
Ahora sean divinos , ahora humanos.

« Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra ,
Que pienso , si me esperan , confundirlos
En el profundo centro de la tierra ;
Y si huyen , mi maza ha de seguirlos ,
Que es la que deste mundo los destierra :
Por eso no nos ponga nadie miedo ,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

« Y por mi diestro brazo os aseguro ,
Si la maza dos años me sustenta ,
A despecho del cielo , á hierro puro ,
De dar desto descargo y buena cuenta ,
Y no dejar de España enhiesto muro ,
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta ,
Que después que allanare el ancho suelo ,
A guerra incitaré al supremo cielo.

« Que no son hados , es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos ;
Pensar que haya fortuna es gran simpleza ;
La fortuna es la fuerza de los brazos :
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos ,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.»

Peteguelen la vieja sangre fría
Se le encendió de rabia , y levantado
Le dice : « ¡ Oh arrogante ! la osadía

Sin discrecion jamás fué de esforzado.»
 Pero Caupolican, que conocía
 Del viejo há tiempo el ánimo arrojado,
 Con discrecion le ataja las razones
 Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece
 No con menor braveza y desatiento;
 Ongolmo no quedó según parece
 De mostrar su soberbio pensamiento:
 Del uno en otro multiplica y crece
 El número en el mismo ofrecimiento:
 Colocolo, que atento estaba á todo,
 Sacó la voz diciendo deste modo:

«La verde edad os lleva á ser furiosos,
 ¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
 No somos en el mundo provechosos
 Mas de para decir consejos sanos;
 Que no nos ciegan humos vaporosos
 Del juvenil hervor y años lozanos:
 Y así como mas libres entendemos
 Lo que siendo manebos no podemos.
 «Nosotros, capitanes esforzados,
 De sola una vitoria envanecidos,
 Estais de tal manera levantados,
 Que os parecen ya pocos los nacidos:
 Templad, templad los pechos alterados
 Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
 No hagais de españoles tal desprecio,
 Que no venden sus vidas á mal precio.»

«Si dos veces por dicha los vencistes,
 Mirad cuando primero aqui vinieron
 Que resistir su fuerza no pudistes,
 Pues mas de cinco veces os vencieron:
 En el licúreo campo ya lo vistes
 Lo que solos catorce alli hicieron:
 No será poco hecho y buen partido
 Cobrar la tierra y crédito perdido.»

«Debemos procurar con seso y arte
 Redimir nuestra patria y libertarnos,
 Dando á vuestras bravezas menos parte,
 Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
 ¡Oh hijo de Leocan! quiero avisarte,
 Si quieres como sábio gobernarnos,

Que temples esta furia, y con maduro
 Seso pongas remedio en lo futuro.

«El consejo mas sano y conveniente
 Es, que el campo en tres bandas repartido
 Á un tiempo, aunque por parte diferente,
 Dé sobre el Cauten pueblo aborrecido:
 Bien que esté en su defensa buena gente,
 Es poca; y este asiento, destruido
 Valdivia, de allanar fácil sería,
 Pues no alcanza arcabuz ni artillería.»

«Solo á mi Santiago me da pena:
 Pero modo á su tiempo buscaremos
 Para poderla entrar, y la Serena
 Fácilmente despues la allanaremos;
 Aunque sujeto á lo que el hado ordena
 Es el mejor camino que tenemos.»
 Acabando con esto el sábio viejo,
 Á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro curaca hechicero
 De la vejez decrepita impedido,
 (Puchecalco se llama el agorero,
 Por sábio en los pronósticos tenido),
 Con profundo suspiro, íntimo y fiero
 Comienza así á decir entristecido:
 «Al negro Eponamon doy por testigo
 De lo que siempre he dicho y ahora digo.»

«Por un término breve se os concede
 La libertad, y habeis lo mas gozado;
 Mudarse esta sentencia ya no puede,
 Que está por las estrellas ordenado,
 Y que fortuna en vuestro daño rueda;
 Mirad que os llama ya el preciso hado
 A dura sujecion y trances fuertes;
 Repárense á lo menos tantas muertes»

«El aire de señales anda lleno,
 Y las noturnas aves van turbando
 Con sordo vuelo el claro día sereno,
 Mil prodigios funestos anunciando:
 Las plantas con sobrado humor terreno
 Se van sin producir fruto secando:
 Las estrellas, la luna, el sol lo afirman
 Cien mil agüeros tristes lo confirman.»

«Mirolo todo, y todo contemplado

No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orion armado
Con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado,
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

«Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra,
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice: «Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende.»
Diciendo esto, y la maza levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende
Que jamás midió curso de planeta,
Ni fué mas adivino ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolican, atónito y rabioso,
Trasportada la mente un rato estuvo;

Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
Gritaba: «Capitanes, muera, muera.»

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal, pero él valiente
Los hace saltar dél tan á porfia,
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los que en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron
De donde los miraban sosegados;

Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados,
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con extraña ligereza
Delante, atrás, á diestro y á siniestro:
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapel, en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojados
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurría,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel día;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcía;
No discierne al pariente del extraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana,
Desmembrando la gente sin poderse

De su maza y presteza defenderse.

Caupolican del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado,
Aunque su gravedad se lo defiende;
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba cómo solo así contiente
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo,
Le dice: «Una merced, señor, te pido,
Si algo merece mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido
Perdones francamente á Tucapelo;
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.»

Perplejo el general estaba en duda;
Pero mirando al fin quién lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
«Él ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono;» y mas decia
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico euerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es excusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aquí la muestra.

«Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningún daño y mal te sobrevenga.»

Tucapel le responde: «Yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga;
Mi maza es la que á mi me da el seguro,
Lo demás como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mujeres:
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteracion por lo pasado:
El sagaz general disimulando
Con graciosa apariencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo, añadió el hilo:

«Invicto capitán, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por ti mil vidas.

«Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va también su parte;
Y por el vicio grande de la guerra,
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere
Y mas bien al bien público viniere.

«Es mi voto que debes atenerle
Al consejo con término discreto
Del sábio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Así que, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

«Y pues que Mapochó solo es temido,
Después que lo demás esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,

Con españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

«Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aqui lo digó estando tú presente
Y estos sábios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aqui se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Despues do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo definido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Despues contra los pueblos del Mesias,
La alborozada gente en órden puesta,
Marcha Caupolican con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos
Y estar la ley cristiana autorizada:
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que despues de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,

Con españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

«Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo:
Aqui lo digó estando tú presente
Y estos sábios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

Aqui se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Despues do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo definido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Despues contra los pueblos del Mesias,
La alborozada gente en órden puesta,
Marcha Caupolican con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos
Y estar la ley cristiana autorizada:
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeren por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que despues de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,

Y es un extraño caso milagroso
 Que fué todo un ejército testigo;
 Aunque yo soy en esto escrupuloso
 Por lo que dello arriba, señor, digo,
 No dejaré en efeto de contarlo,
 Pues los indios no dejan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en día,
 Que porqué la ley sacra se extendiese
 Nuestro Dios los milagros permitía,
 Y que el natural órden se excediese:
 Presumir se podrá por esta vía,
 Que para que á la fe se redujese
 La bárbara costumbre y ciega gente,
 Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
 De la Imperial tres leguas se alojaba
 En un dispuesto asiento y campo llano,
 Y que Caupolicán determinaba
 Entrar el pueblo con armada mano;
 También cómo el castigo dilatava
 Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
 Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
 De armas, de munición y vitualla;
 Bien que la gente della era escogida,
 Pero muy poca para dar batalla:
 Fuera por los cimientos destruida,
 Cualquiera fuerza bastara á arruina,
 Y persona de dentro no escapara,
 Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí quería mudarse,
 Que ya la trompa á caminar tocaba,
 Súbito comenzó el aire á turbarse
 Y de prodigios tristes se espesaba:
 Nubes con nubes vienen á cerrarse,
 Turbulento rumor se levantaba,
 Que con airados impetus violentos
 Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
 Las intrincadas nubes despedían,
 Rayos, truenos, relámpagos apriesa
 Rompen los cielos y la tierra abrían:
 Hacen los vientos áspera represa

Que en su entera violencia competían;
 Cuanto topa arrebatava el torbellino,
 Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
 No hay corazón, no hay ánimo así entero,
 Que en tanta confusión, furia y tormenta
 No temblase, aunque mas fuese de acero:
 En esto Eponamón se les presenta
 En forma de dragón horrible y fiero,
 Con enroscada cola, envuelto en fuego,
 Y en ronca y torpe voz les habló luego,
 Diciéndoles que aprisa caminasen
 Sobre el pueblo español amedrentado,
 Que por cualquiera banda que llegasen
 Con gran facilidad seria tomado,
 Y que al cuchillo y fuego le entregasen
 Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
 Esto dicho, que todos lo entendieron,
 En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
 Fueron sus movimientos aplacando,
 Y los desenfrenados cuatro vientos
 Se van á sus cavernas retirando;
 Las nubes se retraen á sus asientos,
 El cielo y claro sol desocupando:
 Solo el miedo en el pecho mas osado
 No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
 Vistió el húmido campo de alegría,
 Cuando con claro y presuroso vuelo,
 En una nube una mujer venía
 Cubierta de un hermoso y limpio velo,
 Con tanto resplandor, que al mediodía
 La claridad del sol delante della
 Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
 Á todos confortó con su venida;
 Venía de un viejo cano acompañada
 Al parecer de grave y santa vida:
 Con una blanda voz y delicada
 Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?
 Volved, volved el paso á vuestra tierra,
 No vais á la Imperial á mover guerra.

«Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
Así le habeis negado la obediencia :
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia. »
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquisimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar, la boca abierta :
Ya que desapareció, fué extraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego :
Van sin orden ligeros como el viento,
Párceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor impetu corrian.

Héme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuenta ;
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente,
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe :
Tienen ellos por cosa averiguada
Que no es prueba desto poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talandó el sol en tierna edad las flores

Ayudado del fuego de la guerra :
Como creció la seca y las calores,
Por falta de humedad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese
(Inorme introduccion! ¡ caso inhumano !)
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano :
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Purén paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo :
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerba coronadas :

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo :
Hace temblar la tierra á cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso :
De los hierros renuevan los aceros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,

El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado hélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera,
Orden antigua y detestable vicio,
La mas ilustre gente y señalada
Á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruinado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «¡Venimos, oh guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

«Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y limite á la suerte.

«Mas porque estando Arauco tan vecino
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir despues nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

«Y pues os es patente y manifiesta

La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza,
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieron freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocan, que consultado
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oido.
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruido?
Sus, sus, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

«Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar orden, llegaremos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sábio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando:
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del araucano ejército depende:

Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido ;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido ,

Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido ;
Y si aquí la ocasion no me avisara ,
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada ,
Y de sus ciudadanos el camino ,
Púselos en el fin de la jornada
Do forzoso dejarlos me convino ;
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino ,
Estuvieron el tiempo en Santiago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí , se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente :
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente ;
Afirmar la ocasion desto no puedo ,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado
Y un sitio que en mitad del pueblo habia

Le tenían de tapion fortificado ,
Que en recogido cuadro le ceñia :
De dos fuertes bastiones abrigado ,
Que cada uno dos frentes descubria ,
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba ,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba ;
Pero no fué secreta esta partida ,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado

Las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venia ,
Tomé , Pillolco , Angol y Cayeguano ,
Tucapel , que en orgullo y bizzarria
No le igualaba bárbaro araucano ;
Ongolmo , Lemolemo y Lebopia ,
Caniomangue , Elicura , Mareguano ,
Cayocupil , Lincoya , Lepomande ,
Chilcano , Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos ,
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos :
Venian de fuertes petos arreados ,
Gruesas picas de hierros muy fornidos ,
Ferradas mazas , hachas aceradas ,
Armas arrojadizas y enastadas.

Destá manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra oscura ,
Debajo del gobierno y disciplina
Del cuidadoso Lautaro , que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura ,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

Pero los españoles , de un amigo
Bárbaro que con ellos contratava ,
Sáben cómo el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba :
Pues avisado desto , como digo ,
Y de cuanto en secreto se tratava ,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitan de España
El noble montañés Juan de Alvarado ,
Hombre sagaz , solícito y de maña ,
De gran esfuerzo y discrecion dotado ,
El cual con órden y presteza extraña
Del presente peligro recatado ,
Sazon no pierde , tiempo y coyuntura ,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados ,
En su lugar cada uno dellos puesto ,

Manda á nueve guerreros mas cursados
Que salgan á correr la tierra presto ;
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro ; y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos ,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra ,
Las sonoras trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra :
En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta via ,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica ,
Y en lo mas necesario alli reparte
Gente del arcabuz y de la pica ;
Proveido recaudo en toda parte ,
A recibir al araucano pica
Con la ligera escuadra de á caballo ,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba ,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes coloraba :
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina ,
Que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro léjos alongado ,
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado :
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado ,
Cubiertas de altas plumas las celadas ,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento , cuando
Sienten los araucanos el ruido ,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando ,

Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España ,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano ,
Calan el monte á fin de acometerlos ,
Teniendo por mejor el sitio llano :
Bajas las lanzas vienen á romperlos ,
Pero la osada muestra salió en vano ,
Que los bárbaros ya disciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme hácia delante ,
Que no solo el encuentro repararon ,
Pero á desbaratarlos fué bastante :
Los nuestros sin romper se retiraron ,
Y ellos gloriosos con furor pujante ,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con piés ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente ,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando ,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando :
Del fuerte tanto trecho esto seria
Cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodía ,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria :
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros , que á porfia
Se habian al sitio fuerte recogido ,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto ,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto ,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto ,
Con grande estruendo y paso concertado
Hácia el sitio español fortificado.

Con audacia, desden y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
Siguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, fiudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandia
Que juntar los extremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera,
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados; y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscarlos:
Llegados donde ya podian herirse,
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrinseco agujados
Los movidos ejércitos venian;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonora,
Que resistiendo al tiempo de mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:

Así á nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados

Y de verse en estrecho rehuyeron,
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Alli quieren morir ó defenderse;
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave,
No duda en arrojar al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave;
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la fuerza el primero entrado habia,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
Mas ¿quién podrá decir la bravaria
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallará algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto:
No le pudo seguir por alli gente,
Él solo de aquel lado dió el asalto:

Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:

No vale malla fina ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pescuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que había muerto á Torquin, mozo animoso,
La maza alta y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar sienten,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta,
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro, con esto no vengado,

Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airado
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Asi aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso discurrendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo:
Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo,
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton, no menos fuerte,
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte,
Que nadie en fuerza y ánimo le excede:
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angol soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo entorno esgrime;
Hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
Pero en esta sazón Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,
Por debajo del brazo le calababa.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:

La cara antes del jóven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta ;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo ,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano
Que airado á todas partes discurria ,
Llegó al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia :
Era su intimo amigo y primo hermano ,
De estrecho trato antiguo y compañía :
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte ,
Quiero , dijo , tambien que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia , que el pecho y venas le abrasaba ,
Un macizo y fornido tronco empina ,
Y con fuerza sobre él lo derribaba ;
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerta estaba ,
Saca presto el caballo apercebido ,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan , Ongolmo , Cayeguan de un lado ,
Lepomande y Purén en compañía
Habian asi á los nuestros apretado ,
Que ganaron gran crédito aquel dia :
Tomé , Cayocupil y el esforzado
Pilloico , Caniomangue y Lebopía ,
Marcande , Elicura y Lemolemo ,
De su valor mostraron el extremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba ,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba :
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba ,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huida ,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida :
Sigue el alcance , y válos aquejando
La bárbara canalla embravecida
Envuelta en una espesa polvareda ,

Matando al que por flojo atrás se queda.
Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza , y no aprovecha ,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha :
Cuál encamina al monte , y cuál procura
De Mapochó la senda mas derecha ,
Y cuál y cuál constante todavia
Animoso con Atropos porfia.

Estos , honrosa muerte deseando ,
Despreciaban la vida deshonrada ,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada :
Presto quedó la plaza sin un bando ,
De almas vacía y de cuerpos ocupada ,
Que animosos los pocos que quedaban
Á las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos ,
Otros de parte á parte atravesados ,
Otros que de su sangre están cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados ;
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que agujian los caballos ,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto , quién por senda
Áspera , peligrosa y desusada ,
Bate al caballo y dále suelta rienda ,
Que el miedo es grande , y grande la jornada ;
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra , monte , llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo , dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado ,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado :
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado ,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la española gente que corria ,

Con furia y ligereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañía:
La mucha turbacion y desatiento
Que á los nuestros el miedo les ponía,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por ejidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
¡Oh! cuán de corazón son envidiados!

¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros

Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los había,
Que lugar la codicia aun no tenía.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos;
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos:

Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que ligeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batían

Alargarse de un indio no podían.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da caza y alormenta
Un espaldado bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:

Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderles ganar un solo paso.

«Xo, xo, les va gritando; espera, espera,»
Que mas en castellano no sabía;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decía:
Tres leguas los corrió desta manera,

Que jamás de las colas se partía
Por mucho que agujasen los rocines,
Llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su facción y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrimela el garzon sin mas fatiga,
Que el presto esgrimidor suelto y liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentando;
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendían
Los tres que á mas correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos

Con su diabólica arma y ligereza:
Entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,

Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni ágría cuesta
Afloja el curso y animoso brío,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcance por do un río
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmida orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
Solo el contumaz Rengo porfiando
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no vé persona de su bando:
Los tres lasos cristianos á porfia
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni aljoja de la empresa que pretende,
Antes con silbos, grita y piedra espesa
La agua á mas de la cinta los ofende,
Y dándoles en esto mucha prtesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: «Sus, salid, salid afuera,
Que yo os mantendré campo en la ribera.»

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente,
Dice á los dos: «¡ Oh caso vergonzoso,
Que á tres nos siga un indio solamente
Y triunfe de nosotros vitorioso!

No es bien que de españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aqui jamás pasemos
Si primero morir no le hacemos.»

Así dijo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el araucano conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,

Que el indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadia,
Y á falta de la maza acostumbrada
Á menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así excusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato;
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazón y afortunada,
Y, como se acostumbra, desviarme
De la parte vencida y desdichada:
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡ Cuán usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoritos
Para solo despues ser derribados!
Al cabo estos favores reducidos
Á su valor son bienes empréstados,

Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias, habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!
Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.
Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron

Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.
Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.
Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvía,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podía.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iría?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mujeres á la guerra.
Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer cruel eslo de veras.
Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.
Quién hace que combate, y quién huía,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién fingè que está muerto y se tendía,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenía
El trabajo importuno despidiendo,

CANTO XXIII.

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que despues nos abrasemos:
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infelice acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado
Tanto el coraje y rabia le inducia,

Que llegó á Andalican donde alojado
Caupolican su ejército tenia:
Era el tiempo que el inclito senado
En secreto consejo proveia

Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.
Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto licito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente:
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusion y diferencia
Galvarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida;
Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:

«Si soliades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las extrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Cómo agora en las propias posesiones
Unas bastardas gentes extranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?
«Mirad mi cuerpo aqui despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mi el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.

«Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos:
Si agora infame, hollado y abatido

Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.

«¿Qué provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oída,
Ni nación que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre, porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caída,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio.

«Pues unos extranjeros enemigos,
Con título y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia;
Y si no os sometéis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad, ni estado.

«Volved, volved en vos, no deis oído
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasión que aquí los ha traído
Por mares y por tierras tan extrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.

«Y es un color, es apariéncia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el extender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demás es fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

«Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazón duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.»

No pudo decir mas de desmayado
Por la insangre que finita perdía,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podía:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendía,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada:
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones,
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron:
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí excluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los mas maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato pues tratando
De dar no una batalla, sino ciento,
Del órden, la manera, dónde y cuándo
Con varios pareceres y un intento:
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercebidos.

Mas cuando el esperado sol salía,
La gente de caballo en órden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,

Y del campo despues toda la resta
 Con tal velocidad, que á mediodia
 Subimos la temida y ágría cuesta
 De blancos huesos de cristianos llena,
 Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle pues bajamos,
 Que el mar le bate al lado del Poniente,
 Donde en llano lugar nos alojamos
 De comidas y pastos suficiente;
 Y luego con promesas enviamos
 De aquella vecindad alguna gente
 A requerir la tierra comarcana
 Con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen
 Y pasasen despues algunos dias,
 Ni por astucia y maña no supiesen
 De su resolucion nuestras espías,
 Fué acordado que algunos se partiesen
 Por los vecinos pueblos y alquerías
 Al salir tarde de la escasa luna
 Á tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercebido sordamente,
 En medio del silencio y noche oscura
 Di sobre algunos pueblos de repente
 Por un gran arcabuco y espesura;
 Donde la miserable y triste gente
 Vivía por su pobreza en paz segura:
 Que el rumor y alboroto de la guerra
 Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chaillacano,
 Que es donde nuestro campo se alojaba,
 Vi en una loma al rematar de un llano
 Por una angosta senda que cruzaba
 Un indio laso, flaco, y tan anciano,
 Que apenas en los piés se sustentaba;
 Corvo, espacioso, débil, descarnado,
 Cual de raíces de árboles formado.

Espantado del talle y la torpeza
 De aquel retrato de vejez tardía,
 Llegué por ayudarle en su pereza,
 Y tomar lengua dél si algo sabia;
 Mas no sale con tanta ligereza
 Sintiendo los lebreles por la vía

La temerosa gama fugitiva,
 Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion y advertimiento,
 Arrimando las piernas al caballo
 A mas correr sali en su seguimiento,
 Pensando aunque volaba de alcanzallo;
 Mas el viejo dejando atrás el viento,
 Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
 Perdiéndole de vista en un instante
 Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
 Cerca de dos caminos desusados,
 Por donde corre Rauco mas estrecho,
 Que le ciñen dos cerros los costados;
 Y mirando á lo bajo y mas derecho,
 En una selva de árboles copados
 Ví una mansa corcilla junto al rio
 Gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia,
 Que la razon en sueños me dijera
 Cómo habia de topar acaso un dia
 Una simple corcilla en la ribera;
 Y así yo con grandísima alegría
 Comencé de bajar por la ladera,
 Paso á paso siguiendo el un camino
 Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
 Era grande el rumor de la corriente,
 Y con pasos y orejas descuidadas
 Pacia la tierna yerba libremente;
 Pero cuando sintió ya mis pisadas,
 Y al rumor levantó la altiva frente,
 Dejó el sabroso pasto y arboleda
 Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
 Labrando á mi caballo los costados,
 Mas tomando otra senda que atraviesa
 Se entró por unos ásperos collados:
 Al cabo enderezó á una selva espesa
 De matorrales y árboles cerrados,
 Adonde se lanzó por una senda,
 Y yo tambien tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino

Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá, fuera de tino,
De una espesura en otra andaba á tiento:
Vista pues mi torpeza y desatino,
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando senti por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba,
Vi una pequeña y misera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla.

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traído
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel extraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fui en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento;
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fui soldado
En cargo antecesor de Colocolo:

Y antes por mi persona en estacado
Siete campos venci de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

«Mas como en esta vida el bien no dura,
Y todo está sujeto á desvario,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpétuo el honor mio:
Que por extraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

«Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto,
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de ti, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

«Así que tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento;
Y pues que la fortuna te ha traído
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero, es mi tío,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

«Al pié de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitación y vida extraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

«Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales;
Y en el oscuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales
A que digan por áspero conjuro

Lo pasado, presente y lo futuro.

«En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los ríos enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorradas
Por sus fuertes palabras compellidas.

«Las yerbas en su agosto reverdece,
Y entiende la virtud de cada una;
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y orden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

«Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efectos:
Al fin por su saber y encantamientos
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.

«No sé pues cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino:
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazón desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda,
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda,
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta,

Vimos un callejón y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta,
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algún temor de parte mía,
Cuando á una grande bóveda salimos
Do una perpetua luz en medio ardia,
Y cada banda en torno de ella vimos
Poyos puestos por orden, en que habia
Multitud de redomas sobrescritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtuosos
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso quersidros cuando es viejo.

Tambien en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpia,
La hiel de la biforme Amfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer, sacada
No por donde la llama la natura,
Y la espina tambien descoyuntada
De la sierpe cerastes, y la dura
Lengua de la emorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La supérflua natura ha producido,
Escupidos de serpientes venenosos,
Las dos alas del yáculo temido,
Y de la seps los dientes ponzoñosos,

Que el hombre ó animal della mordido ,
De súbito hinchado como un odre ,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso transparente
El corazon del grifo atravesado ,
Y ceniza del fénix que en Oriente
Se quema él mismo de vivir cansado ;
El unto de la scitala serpiente ,
Y el pescado equineis , que en mar airado
Al curso de las naves contraviene ,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones ,
Y mortíferas sierpes enconadas ,
Alacranes y colas de dragones ,
Y las piedras del águila preñadas ;
Buchos de los hambrientos tiburones ,
Ménstruo y leche de hembras azoladas ,
Landres , pestes , venenos , cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica embebecido ,
Por una puerta que á un rincón estaba
Vi salir un anciano consumido ,
Que sobre un corvo junco se arimaba ;
El cual luego de mí fué conocido
Ser el que habia corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzara una ballesta.

Diciéndome : «No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento ,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado ;
Mas porque sé que algun honrado intento
Tan léjos á buscarme te ha obligado ,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable ,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable ,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable ,
Por ver si responderle yo queria ;
Mas viéndome callar le respondia ,

Diciendo : «¡Oh gran Fiton , á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos ,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á tí sujetos !
Tú que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos ,
Y el órden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras ;

«Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo ,
Puedes en el profundo reino oscuro
Meter la claridad y luz del cielo,
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal , que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza , que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta :

«Sabrás que á este mancebo le ha traído
De tu espantoso nombre la gran fama ,
Que en las indias regiones extendido
Hasta el ártico polo se derrama :
El cual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A célebrar las cosas de la guerra ,
Y el sangriento destrozó desta tierra.

«Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel día ,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedia :
Donde le fué asimismo revelado ,
Que en tu escondida cueva entenderia
Extraños casos dignos de memoria ,
Con que ilustrar pudiese mas su historia ;

«Y que noticias le darias de cosas
Ya pasadas , presentes y futuras ,
Hazañas y conquistas milagrosas ,
Peregrinos sucesos y aventuras ,
Temerarias empresas espantosas ,
Hechos que no se han visto en escrituras :
Este encarecimiento le molesta ,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oír cuán extendida
Por aquella region su fama andaba ,
Y vuelta á mí la cara envejecida

Todo de arriba abajo me miraba ;
Al fin con voz pujante y expedita ,
Que poco con las canas conformaba ,
Y aspecto grave y muestra algo severa ,
La respuesta me dió desta manera :

« Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados ,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados :
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados ,
Te quiero complacer , pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino . »

Diciendo así , con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento ,
Y luego en una cámara hermosa ,
Que su fábrica extraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa ,
Que no sé lengua que contarlo pueda ,
Ni habrá imaginacion á que no exceda .

Tenia el suelo por órden ladrillado
De cristalinas losas transparentes ,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes ;
El cielo alto , diáfano , estrellado
De innumerables piedras relucientes ,
Que toda la gran cámara alegraba
La vária luz que dellas revocaba .

Sobre columnas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban ,
Por arte tan al vivo trasladadas ,
Que un sordo bien pensara que hablaban :
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban ,
Donde se vía el extremo y excelencia
De armas , letras , virtud y continencia .

En medio desta cámara espaciosa ,
Que media milla en cuadro contenia ,
Estaba una gran poma milagrosa ,
Que una luciente esfera la ceñía ,
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por si se sostenia ,

Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro .

Después de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas ,
Mirando de los muros , suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas ,
El mago me llevó al globo derecho ,
Y vuelto allí de rostro á las figuras ,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando :

« Habrás de saber , hijo , que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados ,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados ;
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna .

« Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado ,
Que su difícilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado :
Mas no habrá en larga edad cosa futura ,
Ni oculto disponer de inmóvil hado ,
Que muy claro y patente no me sea ,
Y tenga aquí su muestra y viva idea .

« Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra ,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra ,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra ,
Mostrándote una sola que te espante ,
Para lo que pretendes importante .

« Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada ,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada :
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada ,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tambien como de tierra .

« La cual verás aquí tal , que te juro

Que vista la tendrémos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa;
Y el gran Mediterráneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

«Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrisono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás, como digo, ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio,
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar Ausonio,
Donde se definió la gran porfia
Entre César Augusto y Marco Antonio:

Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares hacia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del Papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristanos,
Que en orden de batalla aparejadas
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla extraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España:»

Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,
Diciendo: «Orco amarillo, Cancerbero,
Ó gran Pluton, rector del bajo infierno,
Ó cansado Caron, viejo barquero,
Y vos laguna Estigia y lago Averno,
Ó Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte:

«Y vos, Furias, que así con crueldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las inferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas;
Y vosotras, gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas:
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura, esta naval pelea.

«Y tú, Hécate, ahumada y mal compuesta,
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿A quién digo? ¿qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.»

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Vi que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia;
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos,

Y otros floridos jóvenes ya canos.
Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un Crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devocion y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sonos
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas expedida y voz pujante:
Asi medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oído.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL TOMO PRIMERO.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.

CANTO X.

Ufanos los araucanos de las victorias, habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!
Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la ruela es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.
Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron

Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.
Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
Tambien en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.
Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvía,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podía.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iría?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir tambien mujeres á la guerra.
Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer cruel eslo de veras.
Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.
Quién hace que combate, y quién huía,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién fingè que está muerto y se tendía,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenía
El trabajo importuno despidiendo,

Hasta que el sol rayaba los collados ,
Que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran prisa á abrazarse estrechamente ;
Pero algunos por mas que se esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente :
Francos los vencedores se mostraban
Repartiendo la presa entre la gente ;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolican que se hiciese ,
Donde del araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese ;
Y con alegre muestra y gran contento
Sin que la popular se entremetiese ,
En juegos , pruebas , danzas y alegrías
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados ,
Para el valle de Arauco caminaron ,
Do á las usadas fiestas los soldados
De toda la provincia convocaron :
Fueron bastantes plazos señalados ,
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ellas fuesen vencedores ,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensajeros ,
En un término breve apercibiendo
Naturales , vecinos y extranjeros :
Gran multitud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros ,
Que ocupaban las tiendas forasteras ,
Los valles , montes , llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia ,
Que tanta gente estaba deseando ,
Al campo su color restituía
Las importunas sombras desterrando ,
Cuando la bulliciosa compañía
De los briosos jóvenes , mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva ,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido

El orden de los precios , y el primero
Era un lustroso alfanje guarnecido
Por mano artificiosa de platero :
Este premio fué allí constituido
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza ,
Sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores ,
De un cerco de oro puro rodeada
Esmaltadas en él varias labores ,
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se extremase ,
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrél animoso remendado ,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado ,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado ,
Arribase mas presto á la bandera
Que una gran milla léjos tremolaba ,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de niervos un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba , que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de atauja :
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á punteria
Ganando por destreza el precio rico ,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabricano
Tascando el freno estaba de cabestro ,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston mas como diestro :
Por juez se señaló á Caupolicano ,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando
El jóven Orompello , ya en el puesto ,
Airosamente el manto derribando ,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto ,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
"ALFONSO RUIZ"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Y en la valiente diestra blandiendo
Una maciza lanza : luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande ,
Crino , Pillolco , Guambo y Mareande .

Estos seis en igual hila corriendo ,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas :
Salen las astas con rumor crujendo
De aquella fuerza é impetu llevadas ;
Rompen el aire , suben hasta el cielo ,
Bajando con la misma furia al suelo .

La de Pillolco fué la asta primera ,
Que falta de vigor á tierra vino :
Tras ella la de Guambo , y la tercera
De Lepomande , y cuarta la de Crino ;
La quinta de Mareande , y la postrera
Haciendo por mas fuerza mas camino ,
La de Orompello fué , mozo pujante ,
Pasando cinco brazas adelante .

Tras éstos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban ;
Y aunque con fuerza extrema procuraron
Sobrepujar el tiro , no llegaban :
Otros tras estos , y otros seis probaron ;
Mas todos con vergüenza atrás quedaban ,
Y por no detenerme en este cuento ,
Digo que lo probaron mas de ciento .

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado ,
Hasta que Leucoton , varon membrudo ,
Viendo que ya el probar habia aflojado ,
Dijo en voz alta : « De perder no dudo ;
Mas porque todos ya me habeis mirado ,
Quiero ver deste brazo lo que puede ,
Y á do llegar mi estrella me concede . »

Esto dicho , la lanza requerida
En ponerse en el puesto poco tarda ,
Y dando una ligera arremetida
Hizo muestra de si fuerte y gallarda :
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombardas ,
Ó cual furioso trueno , que corriendo

Por las espesas nubes va rompiendo.
Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera ,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la asta fuera ;
Alza la turba un alarido al cielo ,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo ,
La fuerza y tirador engrandeciendo .

Unos el largo trecho á piés median ,
Y examinan el peso de la lanza ;
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza ;
Otros van por el precio ; otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza :
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando .

Salta Orompello , y por la turba hiende ,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo : « Aun no he perdido , ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja . »
Caupolican la vara en esto tiende ,
Y á tiempo un encendido fuego ataja ,
Que Tucapele al primo habia acudido ,
Y otros con Leucoton se habian metido .

Caupolican que estaba por juez puesto ,
Mostrándose imparcial discretamente ,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente ;
Y así no se altercando mas sobre esto ,
Conforme á la postura justamente
Á Leucoton por mas aventajado
Le fué ceñido el corvo alfanje al lado .

Acabada con esto la porfia ,
Y Leucoton quedando vitorioso ,
Orompello á una parte se desvia
Del caso algo corrido y vergonzoso ;
Mas como sábio mozo lo encubria ,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton y causa nueva
Venir pudiese á mas estrecha prueba .

Era Orompello mozo asaz valido
Que desde su niñez fué muy brioso ,

Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linaje generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Tucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguan, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:

No pasó mucho cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y ligereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los vierades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran impetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Ciñense piés con piés, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traía
A los piés enemigos se tendía.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mirale la confusa turba atenta,

Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafio,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguan saliendo
En medio de aquel campo á su albedrio,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguan la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraía,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el aire gran pieza lo suspende;
Cayeguan sin color desalentado
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido el esforzado
Rengo, que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron:
Pero cesando en esto aquel ruido,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Ligero y esforzado aunque arrogante;
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movía,
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto con extraña ligereza,
Cuando menos cuidado en Talco había,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con impetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Destá manera Rengo á Talco afierra,
Y antes que á la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su extremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva;
Y así porque la noche ya venía,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente día
Alegrase los campos con luz nueva:
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro día, saliendo de su tienda,
El hijo de Leocan acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se extienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto

Que viéndole el lugar vacío ocupase;
Pero ya Leucoton, mirando en esto,
Que porque su valor mas se notase
Hasta ver el mas fuerte había esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venía
De esfuerzo acompañado y lozania.

Vienen al paragon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos nudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman, y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando:
Ya los izquierdos, ya los piés derechos
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban:
Ellos siempre con mas encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban

Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
De esto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.
No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena había tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto expreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Quando los corazones nunca usados
Á dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas:
Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los piés no lo dejaba.
Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traía la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.
Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,

Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo hácia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
De esto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.
No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena había tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al extremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto expreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Quando los corazones nunca usados
Á dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas:

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traía la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
Despartida la lucha ya enconada,
Le fué á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo difinido,

Ni la plaza de gente despejada,
 Cuando el mozo Orompello dijo presto:
 «Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.»

Que bramando entre sí se deshacia
 Esperando aquel tiempo deseado,
 Viendo que Leucoton ya mantenía,
 Del tiro de la lanza no olvidado:

Con gran desenvoltura y gallardía
 Salta el palenque y entra el estacado,
 Y en medio de la plaza, como digo,
 Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
 Creció, porque parando el pueblo en ello,
 Conoce por allí cuán descontento
 Del fuerte Leucoton está Orompello:
 Témesese que vendrán á rompimiento;
 Mas nadie se atraviesa á defendello,
 Antes la plaza libre los dejaron,
 Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
 La mas parte á Orompello se inclinaba;
 Mira los bellos miembros y el airoso
 Cuerpo que á la sazón se desnudaba:
 La gracia, el pelo crespo y el hermoso
 Rostro, donde su poca edad mostraba,
 Que veinte años cumplidos no tenía,
 Y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
 Las fuerzas destos dos por la apariencia,
 Viendo del uno el talle, y los valientes
 Niervos, edad perfecta y experiencia;
 Y del otro los miembros diferentes,
 La tierna edad y grata adolescencia,
 Aunque á tal opinion contradecía
 La muestra de Orompello y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
 El són de la trompeta, como cuando
 El fogoso caballo en la carrera
 La seña del partir está aguardando,
 Y cual halcón que en la húmida ribera
 Ve la garza de lejos blanqueando,
 Que se alegra y se pule ya lozano,
 Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
 Aquel alegre són para moverse,
 Que de ver la tardanza imaginaba
 Que habían impedimentos de ofrecerse:
 Visto que tanto ya se dilataba,
 Queriendo á su sabor satisfacerse,
 Derecho á Leucoton sale animoso,
 Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
 Quedando mudos todos los presentes,
 En medio de la plaza mano á mano
 Salen á se probar los dos valientes:
 Como cuando el lebrél y fiero alano,
 Mostrándose con ronco són los dientes,
 Yertos los cerros y ojos encendidos,
 Se vienen á morder embravecidos:

De tal modo los dos amordazados,
 Sin esperar trompeta ni padrino,
 De coraje y rencor estimulados,
 De medio á medio parten el camino;
 Y en un instante iguales, aferrados
 Con extremada fuerza y diestro tino,
 Se ciñeron los brazos poderosos,
 Echándose á los piés lazos nudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
 Los lleva, arroja y vuelve á todos lados;
 Viéranlos sin mudarse á veces tales,
 Que parecen en tierra estar clavados;
 Donde ponen los piés, dejan señales,
 Cavan el duro suelo, y apretados
 Juntándose rodillas con rodillas
 Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
 Usaba, que en tal tiempo usar podía,
 Viendo el duro tesón y fuerza extraña
 Que en su recio adversario conocía:
 Revuélvense los dos por la campaña,
 Sin conocerse en nadie mejoría;
 Pero tanto de acá y de allá anduvieron
 Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.
 Fué tan presto el caer, y en el momento
 Tan presto el levantarse, por manera
 Que se puede decir que el mas atento

Á mover la pestaña no lo viera:
 Ventaja ni señal de vencimiento
 Juzgarse por entonces no pudiera,
 Que Leucoton arrodilló en el llano,
 Y Orompello tocó sola una mano.
 En esto los padrinos se metieron,
 Y á cada lado el suyo retirando,
 En disputa la lucha resumieron,
 Sus puntos y razones alegando:
 De entrambas partes gentes acudieron,
 La porfia y rumor multiplicando,
 Quién daba al uno el precio, honor y gloria,
 Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
 A la diestra del hijo de Pillano,
 Visto lo que pasaba, en el momento
 Salta en la plaza, la ferrada en mano,
 Y con aquel usado atrevimiento
 Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
 Y si alguno esta causa me defiende,
 Haréle yo entender que no lo entiende.
 «La joya es de Orompello, y quien bastante
 Se halla á reprobear el voto mio,
 En campo estamos, hágase adelante,
 Que en suma le desmiento y desafío.»
 Leucoton con un término arrogante
 Dice: «Yo amansaré tu loco brio,
 Y el vano orgullo y necio devaneo,
 Que mucho tiempo há ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
 Juego tenemos ya,» dijo Orompello.
 Responde Leucoton fiero y airado:
 «Contigo y con tu primo quiero habello:»
 Caupolican en esto era llegado,
 Que del supremo asiento, viendo aquello,
 Habia bajado á la sazón confuso,
 Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello conociendo
 Que el gran Caupolican allí venia,
 Las enconosas voces reprimiendo,
 Cada cual por su parte se desvia;
 Mas Tucapel la maza revolviendo,
 Que otro acuerdo y concierto no queria,

Lleno de ira diabólica no calla
 Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
 Del hijo de Leocan, ni de otra gente,
 Diciendo que á Orompello la celada
 Le dén por vencedor y mas valiente:
 Despues, que en plaza franca y estacada
 Con Leucoton le dejen libremente,
 Donde aquella disputa se decida,
 Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolican en este aprieto,
 Lleno de rabia y de furor movido,
 Le dice: «Haré que guardes el respeto
 Que á mi persona y cargo le es debido.»
 Tucapel le responde: «Yo prometo
 Que por temor no baje del partido,
 Y aquel que en lo que digo no viniere
 Haga á su voluntad lo que pudiere.

«Guardaréte respeto, si derecho
 En lo que justo pido me guardares,
 Y mientras que con recto y sano pecho
 La causa sin pasion desto mirares:
 Mas si contra razon, solo de hecho,
 Torciendo la justicia lo llevaras,
 Por ti, y tu cargo, y todo el mundo junto
 No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolican perdida la paciencia
 Se mueve á Tucapel determinado;
 Mas Colocolo, viejo de experiencia,
 Que con temor le andaba siempre al lado,
 Le hizo una acatada resistencia
 Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
 De ti y tu autoridad, y salud nuestra,
 Que lo pongas en solo alzar la diestra?»

«Mira, señor, que todo se aventura,
 Mira que están los mas ya diferentes;
 De Tucapel conoces la locura,
 Y la fuerza que tiene de parientes;
 Lo que enmendar se puede con cordura,
 No lo enmiendes con sangre de inocentes:
 Dale á Orompello el contenido precio,
 Y otro al competidor de igual aprecio.

«Si por rigor y término sangriento

Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuida,
Y al fin tu autoridad menos temida.

«Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el limite araucano han extendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aqui desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido,
En trances peligrosos derramando
La sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: «En tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sábio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera,
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuéles pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traída,
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida:
Todos conformes en alegre fiesta
Á las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegría,
Tejiendo en corros danzas siempre usadas,

Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Quando la noche el horizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
Á tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Había de ser con sangre redimido

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano,
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que pláticos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que excusa no bastó ni impedimento
Á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
Á cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y cosarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras despues por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente

Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenían
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huían
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movían,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban,
Á tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada:
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y léjos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habían salido,
Tienen por mas el daño que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos:

Á todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision, si lance le saliese,
Á su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,

Y al cuarto dia con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego los rompieron,
Y todos con cuidado y piés ligeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante;
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
Á manos de Lautaro había espirado.

Cuentan que levantado un muro había
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge;
Tambien que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello antes estaba,
Teniendo allí el venir por desvario,
Á tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frio;
Quién de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brio;
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagran enfermado acaso había,
No puede á la sazón seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movía
La gente mas gallarda de la tierra:
Y por caudillo en su lugar ponía
Un caro primo suyo en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado:
Pedro de Villagran era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro:
Dióse tal priesa á andar, que presto vino

A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y más dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,

Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «Arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro había sabido
Cómo allí nuestra gente era llegada,
Que después de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenía
Soltar el de más furia y lozania,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo:
Mas porque no me tengan por extraño,
Y el ser yo aquí venido sea más claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocín lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, había ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado
Hacia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasión de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió más fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego;
El escándalo tanto no fué cuanta
Era después la burla, risa y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana,
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto había,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crimen grave y rebeldía,
Sin otra información luego muriese.
Así el temor frenando á la osadia,
Por más que la ocasión la conmoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el impetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea más cierto
Encerrando á los nuestros, de manera
Que no les aproveche en campo abierto
De ligeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen,
Y algunos por defuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
A la gente española que venía,
Y en viéndola asomar la saludaban
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarria;
Quién la fornida pica blandeando,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silbos y rumor de los tablados

Seguros del peligro los toreañ,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: «No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho;
De los bárbaros huye la mas parte;
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazón cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomaran:
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debían,
Hicieron revolver los que huían.

Como corre el caballo cuando ha oído
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Alloja el curso, atrás tiende el oído
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuando sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida;
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,

Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retemblo del són horrible,
Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino;
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las hinchadas olas revolviendo

Al tempestuoso coro van siguiendo:
De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguía,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría,
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvía,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso río de fama,
La presa y palizada desatando
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando,
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con impetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y sin paralles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron,
Hasta que con veloz furor pujante
De la cerrada plaza los lanzaron:
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herían
De manos y de piés como podían
No el alzado antepecho y agujeros

Que fuera dél en torno había cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados,
Detuvieron el curso á los ligeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos pies y manos los aquejan;
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habían corrido
Á toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena
Que los mas delanteros lo sintieron
Y al són sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolbiesen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados,
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados,
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente;
La industria tiene aquí mas fuerza y parte,
Que la temeridad del fiero Marte.

«Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza;

Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazón á usar della nos fuerza,
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una:
«Cumple partir de aquí, muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles viendo
Cómo el honor y campo les dejamos:
Que después á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillan esto decía,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano:
Fué tanto el alborozo y alegría
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla;
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla,
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro,
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hinche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistía
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grito y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el rauda curso refrenaba

Confuso al són que en torno rimbombaba,
 Por las puertas, y frente y por los lados,
 El muro se combate y se defiende;
 Allí corren con priesa amontonados
 Adonde mas peligro haber se entiende;
 Allí con prestos golpes esforzados
 A su enemigo cada-eual ofende
 Con furia tan terrible y fuerza dura,
 Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros hácia atrás se retrujeron
 De los tiros y golpes impelidos,
 Tres veces y otras tantas revolvieron
 De vergonzosa cólera movidos:
 Gran pieza á la fortuna resistieron,
 Mas ya todos andaban mal heridos,
 Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
 Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
 Que va en aumento el daño y la cruera;
 Hallan los españoles siempre el fuerte
 Mas fuerte y en los golpes mas dureza,
 Sin temor acometen de la muerte,
 Pero poco aprovecha esta braveza:
 Que el que menos herido y flaco andaba
 Por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
 De ver lo que los nuestros han sufrido
 De espesos golpes, flecha y piedra tanta
 Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
 Y cuán determinados y con cuánta
 Furia tres veces han acometido:
 Desto los enemigos impacientes
 Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
 Antes que va en furioso crecimiento
 Cuando la congelada piedra espesa
 Hiere los techos y se esfuerza el viento:
 Así los duros bárbaros apriesa,
 Movidos de vergüenza y corrimiento,
 Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
 Baten dargas, rodelas y celadas.

Los cansados cristianos no pudiendo
 Sufrir el gran trabajo inoportable,

Se van forzosamente retrayendo
 Del vano intento y plaza inexpugnable,
 Y el destrozado campo recogiendo:
 Vista su suerte y hado miserable,
 Por el mesmo camino que vinieron,
 Aunque con menos furia, se volvieron.
 Aquella noche al pié de una montaña
 Vinieron á tener su alojamiento,
 Segura de enemigos la campaña,
 Que ninguno salió en su seguimiento.
 Decir prometo la cautela extraña
 De Lautaro despues, que ahora me sienta
 Flaco, cansado, ronco, y entretanto
 Esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaer, por las cuales Pedro de Villagran viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Canete á la ciudad de los Reyes en el Perú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Libico homicidas,
Y otros que les costó el hablar las vidas.
Veráanse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crueldades, ruinas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.
De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño y al amigo vende.
Por esto el sábio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria

De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
El cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y rancheria.

Dos dias los españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando.
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos, que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso pelo armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media asta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Marcos, de tí me espanto extrañamente
Y de esa tu inorante compañía,

Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

«¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
¿Que así quereis tiranizar la tierra?

No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?

¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra,

Que solo el són al mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

«En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,

Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones;

¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones

En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?

«Es á mi parecer loca osadia

Querer contra nosotros sustentaros;

Pues ni por arte, maña, ni otra via

Podeis en nuestro daño aprovecharos.

Si lo quereis llevar por valentia,

Baste el presente estrago á escarmentaros,

Que fresca sangre aun vierten las heridas,

Y della aquí las yerbas veo teñidas.

«Pues dejar yo jamás de perseguiros,

Segun que lo juré, será excusado;

Hasta dentro en España he de seguiros,

Que así lo he prometido al gran senado;

Mas si quereis en tiempo reduciros

Haciendo lo que aquí os será mandado,

Saldré de la promesa y juramento,

Y vosotros saldreis de perdimiento.

«Treinta mujeres virgenes apuestas

Por tal concierto habeis de dar cada año,

Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,

De quince años á veinte sin engaño:

Han de ser españolas, y tras estas

Treinta capas de verde y fino paño,

Y otras treinta de púrpura tejidas,

Con fino hilo de oro guarnecidas.

«Tambien doce caballos poderosos,

Nuevos y ricamente enjaezados,

Domésticos, ligeros y furiosos,

Debajo de la rienda concertados;

Y seis diestros lebreles animosos

En la caza me habeis de dar cebados:

Este solo tributo estorbaria

Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba

Estando de la plática gustoso;

Mas cuando á estas razones allegaba,

No pudo aquí tener ya mas reposo;

Así impaciente al bárbaro atajaba,

Diciéndole: «No estés tan orgulloso,

Que las parias que pides, ó Lautaro,

Te costarán, si esperas, presto caro.

«En pago de tu loco atrevimiento,

Te darán españoles por tributo

Cruda muerte con áspero tormento,

Y Arauco cubrirán de eterno luto.»

Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;

Sobre ello, Márcos, mas yo no disputo,

Las armas, no la lengua, han de tratarlo,

Y la fuerza y valor determinarlo.

«Libre puedes decir lo que quisieres,

Como aquel que seguro le está dado,

Que tú despues haras lo que pudieres,

Y yo podré hacer lo que he jurado:

Tratemos de otras cosas de placeres,

Quede para su tiempo comenzado,

Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,

Una lucida escuadra de á caballo.

«Que para que no andeis tan al seguro,

Acuerdo de tener tambien caballos,

Y de imponer mis súbditos procuro

A saberlos tratar y gobernallos.»

Esto dijo Lautaro, y desde el muro

Á seis dispuestos mozos sus vasallos

Mandó que en seis caballos cabalgasen,

Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas

Salieron á caballo seis chilcanos,

Pintadas y anchas dargas embrazadas,

Gruesas lanzas terciadas en las manos,
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo arremangados.

Y con airosa muestra por delante
Del atento español dos vueltas dieron,
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron;
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron,
(Que el muro estaba ya lleno de gente),
Habló así con Lautaro libremente:

«En vano, ó capitán, cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme:
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme;
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo sólo con los seis quiero probarme,
Do verás que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Márco, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brío,
El mínimo que dellos escogieres
Á pié vendrá contigo en desafío,
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
Á puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consienta
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo aceptar otro partido.»

No vinieron en esto á concertarse;
Después por otras cosas discurrieron;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron:
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,

Que era el mismo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razón se me olvidaba.

«Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por orden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

«Que en el inclito estado es uso antiguo
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Márco, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,
Que para mayor triunfo alimentastes.

«Que se llame vitoria, yo lo dudo
Cuando el contrario á tal extremo viene,
Que en aquello que nunca el valor pudo
La hambre miserable poder tiene:
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene;
Y así por bajo modo y estrechez,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pease
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animase
De industria abriendo aquella falsa puerta;
Y con esto inducir la á que esperase,
Teniendo así su astucia mas cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Márco de las palabras conmovido
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
Él y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.
De todo al punto Villagrá informado

Cuanto á Márcos Lautaro dicho habla ,
 Sospechoso, confuso y admirado
 De ver que bastimentos le pedia :
 Era sagaz, celoso y recatado ;
 Revolviendo la presta fantasia
 Los secretos designios comprehende ,
 Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resolutivo ,
 Cuando el mundo se muestra mas oscuro
 Sin tocar trompa, del peligro instruto
 Toma el camino á la ciudad seguro ,
 Maravillado del ardid astuto.
 Pero de nuestra gente ahora no curo ,
 Que quiero antes decir el modo extraño
 De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada ,
 Cuando luego los bárbaros supieron
 La súbita partida y retirada ,
 Que no con poca muestra lo sintieron ;
 Viendo claro que al fin de la jornada ,
 Por un espacio breve no pudieron
 Hacer en los cristianos tal matanza ,
 Que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña ,
 Que es en un bajo y recogido llano ,
 De acequias copiosísimas se baña
 Por zanjas con industria hechas á mano :
 Rotas al nacimiento, la campaña
 Se hace en breve un lago y gran pantano ;
 La tierra es honda, floja, anegadiza ,
 Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran ,
 En agua aquellos campos empapados ,
 Moverse los caballos no pudieran
 En pegajosos lodos atascados :
 Adonde si aguardaran los cogieran,
 Como en liga á los pájaros cebados ,
 Que ya Lautaro con despacho presto
 Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
 La fuerza desampara el mismo dia ,
 Y el camino de Arauco mas derecho ,
 Marcha con su escuadron de infanteria :

evuelve y traza en el cuidadoso pecho
 Diversas cosas, y en ninguna habia
 El consuelo y disculpa que buscaba ;
 Y entre sí razonando suspiraba ,

Diciendo : «¿ Qué color puede bastarme
 Para ser desta culpa reservado ?

¿No pretendí yo mucho de encargarme
 De cosa que me deja bien cargado?

¿De quién sino de mí puedo quejarme,
 Pues todo por mi mano se ha guiado ?

¿Soy yo quien prometió en un año solo
 De conquistar del uno al otro polo ?

«Mientras que yo con tan lucida gente
 Ver el muro español aun no he podido,

La luna ya tres veces frente á frente
 Ha visto nuestro campo mal regido,

Y el carro de Faeton resplandeciente
 Del Escorpio al Acuario ha discurrido,

Y al fin damos la vuelta mal tratados
 Con pérdida de mas de cien soldados.

«Si con morir tuviese confianza
 Que una vergüenza tal se colorase,

Haria á mi inútil brazo que esta lanza
 El débil corazon me atravesase;

Pero daria de mí mayor venganza
 Y gloria al enemigo, si pensase

Que temí mas su brazo poderoso
 Que el flaco mío, cobarde y temeroso.

«Yo juro al infernal poder eterno,
 Si la muerte en un año no me atierra,

De echar de Chile el español gobierno,
 Y de sangre empapar toda la tierra :

Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
 Podrán romper el hilo de la guerra,

Y dentro del profundo reino oscuro
 No se verá español de mi seguro.»

Hizo también solene juramento
 De no volver jamás al nido caro,

Ni del agua, del sol, sereno y viento
 Ponerse á la defensa ni al reparo ;

Ni de tratar en cosas de contento
 Hasta que el mundo entienda de Lautaro,

Que cosa no emprendió dificultosa

Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que alojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto;
Así el feroz Lautaro caminaba;
Y al fin de tres jornadas, entretanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbrroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del Oriente
La grande cordillera y alta sierra,
De donde el raudito Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del estado;

El cual veinte y dos leguas contenia:
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo;
Y los extraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con recelo:
Los remotos vecinos y extranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,

Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega:
Pero el tiempo y sazon apresurando,
Á sus valientes bárbaros congrega;
Y antes que se metiesen en la vía,
Estas breves razones les decia:

«Amigos, si entendiese que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento,
Hágoos saber de mí, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

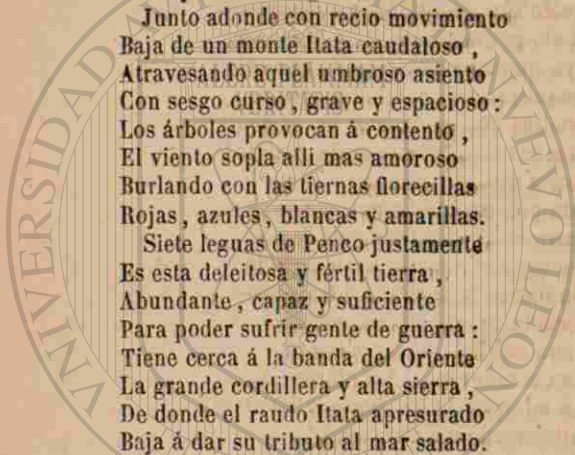
«Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida
Si tenemos la fuerza limitada?

Mas esta, aunque con limite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

«¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y misero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro:
Valor es ser al orden obediente,
Y locura sin orden ser valiente.

«Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español, ni cosa alguna
Á la disposicion de la fortuna.

«Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera;
En la ciudad estaban descuidados;



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
No. 1025 MONTERREY, MEXICO

Con la gente que andaba por defuera
Hiciéramos un hecho y una suerte,
Que no la consumieran tiempo y muerte.

«Pero quiero ponerlos advertencia,
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros;
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que os mandare adelantaros:
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.

«Y pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor, por mal regidos,
En fe que habeis de ser alzo la diestra)
En el primer honor restituidos,
Ó el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en el tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras
Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada
Con la usada presteza caminando.
Viendo así, al descubrir de una ensenada
Por Martaquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la via
Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espías solícitas sabida;
Tambien que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
Muda el primer intento que traia,
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañía:
Piensa juntar mas gentes, y de presto
Un fuerte asiento que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
Y ser dispuesto el silio y reparado,
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido
Codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aquí corriendo,
Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente experta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre que el miedo helado habia
De un ardiente coraje se encendia.

Á las armas acuden los briosos,
Y aquellos que los años agravaban
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras estos treinta mozos animosos,
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagran á la sazon no residia
En el pueblo español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado;
Mas ya con nueva gente revolvía,
Y junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fagina estaba,
Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma en el camino
Un comercano bárbaro encontraba,
El cual le dió la nueva del vecino
Campo, y razon de cuanto en él pasaba
Que todo bien el mozo lo sabia,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y cómo allega gentes entretanto

Que el oportuno tiempo se avecina :
No puso á los cautenes esto espanto ;
Y mas cuando supieron que vecina
Venia tambien la gente nuestra armada ,
Que dellos aun no estaba una jornada .

Villagran le pregunta , si podria
Ganar al araucano la albarrada :
Sonriéndose el indio respondia
Ser cosa de intentar bien excusada ,
Por el reparo y sitio que tenia ,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada peñascosa sierra
Que por aquella parte el fuerte cierra .

Dijole Villagran : « Yo determino
Por esa relacion tuya guiarme ,
Y abrir por la montaña alta el camino ,
Que quiero á cualquier cosa aventurarme ;
Y si donde está el campo lautarino
En una noche puedes tú llevarme ,
Del trabajo serás gratificado ,
Y al fuego , si me mientes , entregado . »

Sin temor dice el bárbaro : « Yo juro
En menos de una noche de llevarte
Por difícil camino , aunque seguro ;
Desta palabra puedes confiarte :
De Lautaro despues no te aseguro ,
Ni tu gente y amigos serán parte
Á que si vais allá , no os coja á todos ,
Y os dé civiles muertes de mil modos . »

No le movió el temor que le ponía
Á Villagran el bárbaro guerrero ,
Que vistó cuán sin miedo se ofrecía ,
Le pareció de trato verdadero ;
Y á la gente del pueblo que venia
Despacha un diligente mensajero ,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente .

Pues otro día allí juntos se dejaron
Ir por do quiso el bárbaro guiallos ,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos .
Despues se contará lo que pasaron ,
Que cumple por agora aquí dejallos

Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra .

Hasta aquí lo que en suma he referido ,
Yo no estuve , señor , presente á ello ,
Y así de sospechoso no he querido
De parciales intérpretes sabello :
De ambas las mismas partes lo he aprendido ,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren ,
Y en lo que en general menos difieren .

Pues que en autoridad de lo que digo
Vemos que hay tanta sangre derramada ,
Prosiguiendo adelante , yo me obligo
Que irá la historia mas autorizada :
Podré ya discurrir como testigo
Que fui presente á toda la jornada ,
Sin cegarme pasion , de la cual huyo ,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo .

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida ,
Golpe ni cuchillada no se ha dado
Que no diga de quién es la herida :
De las pocas que di estoy disculpado ,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada ,
Que se olvidaba el brazo de la espada .

Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma ,
Fué que tanto valor no pereziese ,
Ni el tiempo injustamente lo consuma :
Que el mostrarme yo sábio me moviese ,
Ninguno que lo fuere lo presuma :
Que cierto bien entiendo mi pobreza ,
Y de las flacas sienes la estrechez .

De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda :
Va la verdad desnuda de artificio
Para que mas segura pasar pueda ;
Pero si fuera desto lleva vicio ,
Pido que por merced se me conceda ,
Se mire en esta parte el buen intento ,
Que es solo de acertar y dar contento .

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado ,

Y la pluma á escribir tanto se atreve,
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe:
Espero que será, señor, mirado
El celo justo y causa que me mueve,
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato:
Que para mí discurso es importante
Lo que forzado aquí del Perú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda mas barato
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
A la ciudad insigne de los Reyes
De Carlos Quinto Máximo enviado
A la guarda y reparo de sus leyes:
Este fué por sus partes señalado
Para virey, de donde dos vireyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habían sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas;
El ánimo dispuesto á alteraciones
En leal apariencia entretejidas;
Los agravios, insultos y traiciones
Con tanta desvergüenza cometidas;

Viendo que aun el tirano no hedía,
Que aunque muerto de fresco se bullía:
Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro:
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro
Hasta tomar el paso á la malicia
Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todlas maldades,
Quitando las justicias, las ponía
De su mano por todas las ciudades:

Estas eran personas, que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
Con s6n de un general repartimiento,
Y el mas culpado mas premio esperaba
Fundado en el pasado regimiento:
El marqués entretanto se informaba
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los mas pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos
Aquellos que con mas poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron,
Pues fueron perdonados y admitidos
Cuando á vuestro servicio en sazón fueron
Y en importante tiempo reducidos;
Quedando los errores que tuvieron
A vuestra gran clemencia remitidos:
De vos solo, señor, es el juzgarlos,
Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rechazo:
Solo digo el terror y extraño miedo
Que en la gente soberbia el marqués puso
Con el castigo á la sazón acedo,
Dejando el reino at6nito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso,
Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
Del Perú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
Y que mas examina la paciencia;
El justo, de ejemplar y llana vida,
Temeroso escudriña la conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada

Que ya desenvainado habia la espada.
 Y algunos capitanes y soldados
 Que con lustre sirvieron en la guerra,
 Y esperaban de ser gratificados
 Conforme á los humores de la tierra,
 Recelando tenerlos agraviados,
 Del reino en són de presos los destierra,
 Remitiendo las pagas á la mano
 De rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente;
 La causa del destierro no sabiendo,
 No entiende si es injusta ó justamente:
 Solo sabe callar y estar tremiendo:
 Teme la furia y el rigor presente,
 Y á inquirir la razon no se atreviendo,
 Tiende á cualquier rumor atento oido;
 Mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio y confusion andaba;
 Atónita la gente discurría;
 Nadie la oculta causa preguntaba,
 Que aun preguntar error le parecia;
 Por saber uno á otro se miraba,
 Y el mas sábio los hombros encogía,
 Temiendo el golpe del furor presente
 Movido al parecer por accidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
 Que pocos con razon le van delante;
 Asaz en estos tiempos celebrado,
 Y á los ánimos sueltos importante:
 Por él quedó el Perú atemorizado,
 Temerario, rebelde y arrogante,
 Y á la justicia el paso mas seguro
 Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Perú con un bocado
 Que no le romperá jamás la rienda,
 Haciendo al ambicioso y alterado
 Contentarse con sola su hacienda;
 Y el bullicio y deseo desordenado
 Le redujo á quietud y nueva enmienda:
 Que poco lo mal puesto permanece,
 Como por la experiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
 Con veinte ó treinta mil pesos de renta,

Enfrena de tal suerte el pensamiento
 Que solo con la vida se contenta:
 Despues hizo el marqués repartimiento
 Entre los beneméritos de cuenta,
 Para esforzar los ánimos caidos
 Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
 Como vemos que tantos van errados,
 Que sobre arena y frágiles cimientos
 Fabrican edificios levantados:
 Bien se muestran sus flacos fundamentos,
 Pues por tierra tan presto derribados,
 Con afrentoso nombre y voz los vemos,
 Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
 Del torpe que con ánimo ignorante
 No mira en el peligro y paso incierto
 Las pisadas de aquel que va delante,
 Teniendo á costa ajena ejemplo cierto,
 Que el brazo del amigo mas constante
 Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
 Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
 Sobre traidores hombros sostenido:
 Que el viento que se mueva de repente
 Le aflige, altera y turba aquel ruido.
 ¡Pues qué cuando la voz del rey se siente!
 No hay són tan duro y áspero al oido,
 Que tiene solo el nombre fuerza tanta
 Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
 ¡Con cuántos sinsabores va mezclado
 Aquel recelo, aquel desabrimiento,
 Aquel triste vivir tan recatado!
 Traga el duro morir cada momento;
 Témesese del que está mas confiado:
 Que la vida antes libre y amparada
 Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
 Se somete al mas mínimo soldado,
 Poniendo en contentarle diligencia
 Con gran miedo y solícito cuidado;
 Y aquellos mas amigos en presencia

LA ARAUCANA.

Las lanzas le enderezan al costado ,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta ,
Cualquier secreto piensa que es negarle ;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta ,
Piensa el triste que fué para matarle ;
La sogá arrastra, el lazo á la garganta ;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece ,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece ,
Bandos, casas, linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece :
Baste la obligacion con que nacemos ,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia ;
Pero aunque vaya ciego discurrendo
Por caminos mas ásperos sin guia ,
Del encendido Marte el són horrendo
Me hará que atine á la derecha via.
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado ,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado :
Pero quien destes puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado ;
Aunque el peligro afina lo perfeto ,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasia
En cosas que seguro nos promete ,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete ;
Despues en el peligro desvaria ,
Y no acierta á salir de á do se mete :
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida

Vereis en el Perú, que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle ,
Para solo mostrar despues de alzado
La traidora lealtad en derribarle ;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y despues viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,

LA ARAUCANA.

Las lanzas le enderezan al costado ,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta ,
Cualquier secreto piensa que es negarle ;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta ,
Piensa el triste que fué para matarle ;
La sogá arrastra, el lazo á la garganta ;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece ,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece ,
Bandos, casas, linajes estragados
Con nombre que los mancha y escurece :
Baste la obligacion con que nacemos ,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia ;
Pero aunque vaya ciego discurrendo
Por caminos mas ásperos sin guia ,
Del encendido Marte el són horrendo
Me hará que atine á la derecha via.
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Perú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagran guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado ,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado :
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado ;
Aunque el peligro afina lo perfeto ,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasia
En cosas que seguro nos promete ,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete ;
Despues en el peligro desvaria ,
Y no acierta á salir de á do se mete :
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida

Vereis en el Perú, que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle ,
Para solo mostrar despues de alzado
La traidora lealtad en derribarle ;
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y despues viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,

Pensando de subir mas escalones
 Por un áspero atajo y tropezoso:
 Al cabo las malvadas intenciones
 Vienen á fin tan malo y afrentoso
 Como vereis, si bien mirais la guerra
 Civil y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
 Por el audaz marqués y su prudencia,
 Curando con rigor los alterados,
 Como quien entendió bien la dolencia,
 En nombre de su rey á otros tocados
 De aquel olor descubre la clemencia,
 Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
 Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
 En el Perú jamás acontecido,
 Ni el ejemplar castigo riguroso
 Que amansó el fiero pueblo embravecido,
 Fué en tal tiempo bastante y poderoso
 De ensordecer el bárbaro ruido,
 Y la voz araucana y clara fama
 Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
 Del daño y perdición de nuestra gente,
 Por las vitorias grandes y jornadas
 Del araucano bárbaro potente:
 Pidiendo las ciudades apretadas
 Presuroso socorro y suficiente,

Haciendo relacion de cómo estaban,
 Y de todas las cosas que pasaban.
 Jerónimo Alderete, adelantado,
 A quien era el gobierno cometido,
 Hombre en estas provincias señalado,
 Y en gran figura y crédito tenido;
 Donde como animoso y buen soldado
 Habia grandes trabajos padecido;
 No pongo su proceso en esta historia,
 Que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
 Y á tales desventuras y contrastes;
 Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
 Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
 Allí le distes cargo de esta tierra,

De allí con gran favor le despachastes;
 Pero cortóle el áspero destino
 El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
 Y mas el sentimiento acrecentaba
 Ver el gobierno y tierra tan perdida,
 Que cada uno por sí se gobernaba:
 Andaba la discordia ya encendida;
 La ambicion del mandar se desmandaba:
 Al fin es imposible que acaezca
 Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
 A pedir el socorro necesario,
 Viendo á su adelantado fallecido
 Y todo á su propósito contrario,
 Con un semblante triste y afligido,
 De parecer de todos voluntario,
 Piden á don Hurtado que se vea,
 Y de remedio presto los provea.

Diciendo: « Varon claro y excelente,
 Nuestra necesidad te es manifiesta,
 Y la fuerza del bárbaro potente
 Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
 El mas fuerte remedio es llevar gente;
 Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
 De parte de tu rey te requerimos,
 Nos concedas aqui lo que pedimos.

« A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
 En quien tanta virtud y gracia cabe,
 Porque con su persona confiamos
 Que nuestra desventura y mal se acabe:
 De sus partes, señor, nos contentamos,
 Pues que por natural cosa se sabe,
 Y aun acá en el comun es habla vieja,
 Que nunca del leon nació la oveja.

« Y pues hay tanta falta de guerreros,
 Haciendo esta jornada don Garcia,
 Se moverá el comun y caballeros
 Alegres de llevar tan buena guia:
 Y lo que no podrán muchos dineros,
 Podrá el amor y buena compañía,
 O la vergüenza y miedo de enojarte,
 O su propio interés en agradarte. »

El marqués de Cañete respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo
Ser cosa necesaria y conveniente ;
Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo,
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra,
A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece ;
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta y no responde á lo que debe :
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre són desta jornada.

¡ Oh valientes soldados araucanos !
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones ;
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermocean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba y entorpece,
Y el desusado són los desvanece :

Mas hierros templadísimos y agudos
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos,
En dar golpes de muerte ejercitados ;
Ánimos libres de temor desnudos,
En los peligros siempre habituados,
Que el són horrendo que á otros atormenta
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas, yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado ;
Mas tiéneme dudoso sola una ,

Que nadie della ha sido reservado :
Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado ,
Y es inconstante, falsa y variable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querriale preguntar, ¿ si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra ?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra,
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé ; pero soberbio y encendido
En hélico furor el pueblo veo,
Y al mas triste español apercebido
De armas, rico aparató y buen deseo.
¡ Oh Arauco ! yo te juzgo por perdido.

Si las obras igualan al arreo,
Y no temple el camino esta braveza,
¡ Ay de tu presuncion y fortaleza !

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra ;
De Loja, Piura, de Jaen salieron,
De Trujillo, de Guánuco y su tierra ;
De Guamanga, Arequipa, concurren
Gran copia, y de los pueblos de la sierra,
La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos y rumores,
Que suenan por el aire alborotado
De pífanos, trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del estado el són se oía.

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban ;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosisimas sacaban :
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban ;

Vieran sastros y obreros ocupados
 En hechuras, recamos y bordados.
 Con el concurso y junta de guerreros
 El grande estruendo y trápala crecía,
 Y los prestos martillos de herreros
 Formaban dura y áspera armonía;
 El rumor de solícitos armeros
 Todo el ancho contorno enserdecía;
 Los celosos caballos de lozanos
 Relinchando triscaban con las manos.
 Andaba así la gente embarazada
 Con el nuevo bullicio de la guerra;
 Mas ya de lo importante aparejada,
 Un caudillo salió luego por tierra:
 Llevando copia della encomendada,
 Atravesó á Atacama y la alta sierra,
 Con la desierta costa y despoblados
 De osamenta de bárbaros sembrados.
 La gente principal todo aprestado,
 Y reliquias del campo que quedaban,
 Para romper el mar alborotado
 Otra cosa que tiempo no aguardaban;
 Mas viendo el cielo ya desocupado
 Y que las bravas olas aplacaban,
 Con ordenada muestra y rico alarde
 Salieron de los Reyes una tarde.
 Yo con ellos también, que en el servicio
 Vuestro empecé y acabaré la vida,
 Que estando en Inglaterra en el oficio
 Que aun la espada no me era permitida,
 Llegó allí la maldad en deservicio
 Vuestro por los de Arauco comelida,
 Y la gran desvergüenza de la gente
 Á la real corona inobediente.
 Y con vuestra licencia, en compañía,
 Del nuevo capitán y adelantado,
 Caminé desde Londres hasta el día
 Que le dejé en Taboga sepultado;
 De donde con trabajos y porfía
 De la fortuna y vientos arrojado
 Llegué á tiempo que pude juntamente
 Salir con tan lucida y buena gente.
 Otro escuadron de amigos se me olvida

No menos que nosotros necesarios,
 Gente templada, mansa y recogida,
 De frailes, provisos, comisarios,
 Teólogos de honesta y santa vida,
 Franciscos, dominicos, mercenarios,
 Para evitar insultos de la guerra,
 Usados mas allí que en otra tierra.
 De varias profesiones y colores
 Sale de Lima una lucida banda,
 Y en el puerto tendidas por las flores
 Estaban mesas llenas de vianda
 Con vino de odoríferos sabores,
 Donde luego por una y otra banda
 Sobre la verde yerba reclinados
 Gustamos los manjares delicados.
 Alegres los estómagos, contentos
 Fuimos á la marina conducidos,
 A do de verdes ramos y ornamentos
 Estaban los bateles prevenidos;
 Y al són de varios y altos instrumentos,
 De los caros amigos despedidos,
 En los ligeros barcos nos metemos,
 Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.
 Los bateles de tierra se alargaban,
 Dejando con penosa envidia aquellos
 Que en la arenosa playa se quedaban,
 Sin apartar los ojos jamás dellos:
 Sobre diez galeones arribaban
 Los prestos barcos, y saltando en ellos,
 Tiempo los marineros no perdieron,
 Que las velas al viento descogieron.
 De estandartes, banderas, gallardetes
 Estaban las diez naves adornadas,
 Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
 Comienzan á moverse sosegadas:
 Suenan cañones, sacres, falconetes;
 Y al doblar de la isleta embarazadas,
 Del Austro cargan á babor la escota,
 Tomando al Sudueste la derrota.
 Las naos por el contrario mar rompiendo
 La blanca espuma en torno levantaban,
 Y á la furia del Austro resistiendo
 Por fuerza á su pesar tierra ganaban;

Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á Lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando,
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado Noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Perú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el Austro es el que manda
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Perú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino

Correré á Villagran, el cual por tierra
Tambien en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura;
Mas porque todo venga á ser mas claro

Quiero tratar un poco de Lautaro,
Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazón fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
Á quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

Lautaro le responde: «Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponía
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimía
La fuerza y corazón, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay! que he soñado también cuánto
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

«Trabaje por mostrármese terrible
Y del tálamo alegre derribarme,

Que si reyuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme ;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme :
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillan con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia ;
De lágrimas bañando el blanco pecho
En nuevo amor ardiendo, respondia :
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegría,
Y aquel gozoso estado en que me veo
Pues libre en estos brazos os poseo.

«Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso ;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darne la muerte es poderoso ?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.

«¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia ?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía ;

Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.

«Cuanto mas que teniendoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero ;
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero :
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero ;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella menos segura y mas llorosa
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba :
«Si aquella voluntad pura amorosa

Que libre os di cuando mas libre estaba,
Y dello el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo :

«Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente
Y al muro asista en órden vuestra gente.»

El bárbaro responde : «Harto claro
Mi poca estimacion por vos se muestra :
¿En tan flaca opinion está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redencion del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra ?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, mas no segura :
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha,
Si es mas fuerte y mayor mi desventura ?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo, me asegura
Que la espada que hará el apartamiento,
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

«Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caída,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida,
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertia
Que mueve á compasion el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazón de acompañalla :
Pero ya la turbada pluma mia
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagran de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; dá al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasión averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba,
Con razones y lágrimas salidas
De las vivas entrañas encendidas?
Que ni la confianza ni el seguro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo;
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí demostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban.
Los soldados en torno los tizonas,
Ya de hablar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagran con silencio y paso presto
Había el áspero monte atravesado
No sin grave trabajo, que sin esto
Hacer mucha labor es excusado:

Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró, esperando el claro y nuevo día
Que ya por el oriente descubría.

De ninguno fué visto ni sentido:
La causa era la noche ser oscura
Y haber las centinelas desmentido,
Por parte descuidada por segura;
Caballo no relincha ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura:
Esta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire oscuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo día de léjos saludaban;
Y pensando tener campo seguro
También á descansar se retiraban,
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la oscura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el Occidente retrayendo:
Cuando la mustia elicie se mejora
El rostro al rojo Oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenía su triste suerte:
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte:
Cierta señal que cerca della estamos,
Cuando mas apartados nos juzgamos.
No esperaron los nuestros mas, pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido, horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto,
Al fuerte mas de sueño bastecido.

Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura;
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados;
Por verse de corazas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados,
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebató, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averlguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á hocados.

Lautaro á la sazón, según se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:

Ella razon no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro són de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
El misero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruido;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera:
Como Lautaro al són y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instant
Con un desnudo estoque, y él desnudo

Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo:
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con extrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron.
Del toldo el hijo de Pillan salía,
Y una flecha á buscarle que venía.

Por el siniestro lado, ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho,
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena;
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y haliarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte
Pisaba de la fuerza ya la plaza;
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada, ni escudo y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios extranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen ligeros,
Del miedo y sobresalto apercebidos;
Mas sintiendo los golpes carniceros,

El ánimo turbado y los sentidos,
Las atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
Sienten del cazador, y atentamente
Altos los cuellos tienden el oído
Hacia la parte que el rumor se siente
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la vía
Que mas de aquel peligro se desvía:

La baja y vil canalla acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada
Rompe el camino y desampara el fuerte,
Acá y allá corriendo derramada;
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando
Poniendo osado pecho por escudo
Están la antigua riña averiguando:
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehusa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillan, no desmayado,
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado

Contra la parte del contrario cierra;
Y habiendo ya la espada recobrado,
La diestra, que aun bullendo el puño afierra,
Léjos con gran desden y furia lanza,
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la ijada,
Y la cabeza de un revés hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada:
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar della vacío,
Aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba;
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto,
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia;
Mas luego puesto en pié con desatino
Hacia el lugar del dañador volvía,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra,
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso,
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Pícol se junta;
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta,
Bascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto;
Estuvo el español algo atronado;
Mas del atronamiento ya dispierto,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagran con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella y atormenta,

A tiempo á todas partes revolviendo :
 Un golpe á Nico en la cabeza asienta ,
 El cual los turbios ojos revolviendo
 A tierra vino muerto , y de otro á Polo
 Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero ,
 Topando la desnuda carne blanda
 Ayudadas de un impetu ligero ,
 Dan con piernas y brazos á la banda :
 No rehusa el segundo ser primero ,
 Antes todos siguiendo una demanda ,
 Como olas que creciendo van , crecian ,
 Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
 Que aun no daban lugar á las espadas ;
 Apenas los mortales van á tierra
 Cuando estaban sus plazas ocupadas :
 Unos por cima de otros se dan guerra ,
 Enhiestas las personas y empinadas ,
 Y de modo á las veces se apretaban
 Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen ,
 Que los mas de los golpes son mortales ,
 Y los que no lo son así se imprimen
 Que dejan para siempre las señales :
 Todos al descargar los brazos gimen ;
 Mas salen los efetos desiguales ,
 Que los unos topaban duro acero ,
 Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
 Con los corvos cuchillos carniceros ,
 Y cual de fuerte hierro los planchones
 Baten en dura yunque los herreros ;
 Así en la diferencia de los sonos
 Que forman con sus golpes los guerreros ,
 Quién la carne y los huesos quebrantando ,
 Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagran firme en la silla
 Contra Guarcondo á toda furia parte ,
 Y la lanza le echó por la tetilla
 Con una braza de asta á la otra parte :
 El bárbaro , la cara ya amarilla ,
 Se arrima desmayado al baluarte ,

Dando en el suelo súbita caída
 El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano , que en el suelo
 El cuerpo vió caer descolorido ,
 Cuajósele la sangre , y hecho un hielo
 Del súbito dolor perdió el sentido ;
 Mas vuelto en sí , se vuelve contra el cielo
 Blasfemando el soberbio y descreido ;
 Y el ñudoso baston alzando en alto ,
 A Juan de Villagran llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
 Hirió al caballo en medio de la frente ;
 Empinase el caballo , el cuello enhiesta ,
 Al freno y á la espuela inobediente ;
 Y entre los brazos la cabeza puesta
 Sacude el lomo y piernas impaciente ;
 Rendido Villagran al duro hado
 Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido ,
 Cuando la presta maza descendia
 Con una extraña fuerza y un ruido
 Que rayo ó terremoto parecia :
 Del golpe el español quedó adormido ,
 Y el bárbaro con otro revolvia ,
 Bajando á la cabeza de manera
 Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
 Del caso desastrado del hermano ,
 Antes con nueva rabia y mas despecho
 Hierde de tal manera á Diego Cano ,
 Que la barba inclinada sobre el pecho ,
 Se le cayó la rienda de la mano ,
 Y sin ningún sentido casi frio
 El caballo lo lleva á su albedrfo.

En medio de la turba embravecido
 Esgrime en torno la ferrada maza :
 A cuál deja contrechó , á cuál tullido ,
 Cuál el pescuezo del caballo abraza ;
 Quién se tiende en las ancas aturrido ,
 Quién forzado el arzon desembaraza :
 Que todo á su pujanza y furia insana
 Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando

La sangre, de la cual cubierto andaba ;
 Pero no desfallece, antes bramando
 Con mas fuerza y rigor los golpes daba :
 Ligeramente corre acá y allá saltando ;
 Arnés y celadas abollaba ;
 Hunde las altas crestas, rompe sesos,
 Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
 De espadas, lanzas, grita y vocería,
 Al cual confundidamente no sabiendo
 La causa mucha gente allí acudia :
 Y era un gallardo mozo, que esgrimiendo
 Un fornido cuchillo discurría
 Por medio de las bárbaras espadas,
 Haciendo en armas cosas extremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
 De una furia diabólica movido,
 El rostro fiero, sucio y polvoroso,
 Lleno de sangre y de sudor teñido :
 Como el potente Marte sanguinoso,
 Cuando de furor bélico encendido
 Bate el ferrado escudo de Vulcano,
 Blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestisimo gobierno
 El pesado cuchillo rodeaba,
 Y á Cron, como si fuera junco tierno,
 En dos partes de un golpe lo tajaba ;
 Tras este al diestro Pon envía al infierno,
 Y tras de Pon á Lauco despachaba ;
 No hallando defensa en armadura,
 Descuartiza, desmiembra y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
 Y proporcion de cuerpo era gigante,
 De estirpe humilde, y su naturaleza
 Era arriba de Génova al Levante :
 Pues con aquella fuerza y ligereza
 A los robustos miembros semejante,
 El gran cuchillo esgrime de tal suerte
 Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
 Le divide en dos trozos en la arena,
 Y de otro al desdichado Quilacura
 Limpio el derecho muslo le cercena :

Pues de golpes así desta hechura
 La gran plaza de muertos deja llena ;
 Que su espada á ninguno allí perdona,
 Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebatada
 La cabeza de un tajo, y luego tiende
 La espada hácia Maulen, señor de Itata,
 Y de alto á bajo de un revés le hiende :
 Lanzas, hachas y mazas desbarata,
 Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
 Llevando muchos tiros enclavados
 En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
 Cuando le van monteros dando caza,
 Que con rabia, sintiéndose herida,
 Los ñudosos venablos despedaza,
 Y furiosa, impaciente, embravecida,
 La senda y callejon desembaraza,
 Que los heridos perros lastimados
 Le dan ancho lugar escarmentados :

De la misma manera el fiero Andrea
 Cercado de los bárbaros venía ;
 Pero de tal manera se rodea
 Que gran camino con la espada abría ;
 Crece el hervor, la grita y la pelea
 Tanto que la mas gente allí acudia :
 Hé aquí á Rengo también ensangrentado
 Que llega á la sazón por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
 De gozques importunos, que en llegando
 A verse con los cerros erizados
 Se van el uno al otro regañando :
 Así los dos guerreros señalados,
 Las inhumanas armas levantando,
 Se vienen á herir ; pero el combate
 Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceño y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?

¿Qué verso sin amor dará contento?

¿Dónde jamás se ha visto rica vena

Que no tenga de amor el nacimiento?

No se puede llamar materia llena

La que de amor no tiene el fundamento,

Los contentos, los gustos, los cuidados,

Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero

Rompe la dura y áspera corteza,

Produce ingenio y gusto verdadero,

Y pone cualquier cosa en mas fineza:

Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibero,

Amor los trujo á tanta delgadeza,

Que la lengua mas rica y mas copiosa,

Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamento,

Con un inculto ingenio y rudo estilo,

¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,

Que me ponga al rigor del crudo filo?

Pero mi celo bueno y sano intento,

Esto me hace á mi añadir el hilo

Que ya con el temor cortado habia,

Pensando remediar esta osadia.

Quiselo aqui dejar, considerado

Ser escritura larga y trabajosa,

Por ir á la verdad tan arrimado

Y haber de tratar siempre de una cosa;
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonora,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores;
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada;
Y así como mas suelto y mas ligero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en medio la cabeza le cargaba,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas minimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo;
Pero Rengo que punto no perdía,
Como una onza ligera y suelto pardo,
Un pronto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza, de manera
Que acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera;
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera

Vez que el cuchillo baje, si le halla,
 Que habrá fin con su muerte la batalla.
 Mas con destreza y gran reportamiento,
 Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
 Entra, sale y revuelve como el viento,
 Que en maña y ligereza era extremado:
 Hace siempre su golpe, y al momento
 Le halla el enemigo así apartado,
 Que aunque el cuchillo de dos brazos fuera
 Alcanzar á herirle no pudiera

Mil golpes por el aire arroja en vano
 El furioso italiano embravecido,
 Viendo cómo desnudo un araucano,
 Y él armado, le tiene en tal partido:
 La izquierda junta á la derecha mano,
 Y apretando la espada de corrido
 Al bárbaro arremete altos los brazos,
 Pensando dividirle en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio
 Baja la maza firme lo esperaba,
 Mas el cuerpo hurtó con un desvío,
 Al tiempo que el cuchillo derribaba:
 Así que el brazo y golpe dió en vacío,
 Y de la fuerza inmensa que llevaba
 El gran cuchillo sustentar no pudo,
 Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
 Cerrando el presto bárbaro de hecho,
 Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
 Que le imprime las mallas en el pecho:
 No por esto el lombardo se embaraza;
 Mas piensa dél así haber mas derecho,
 Y con brazos durisimos lo afierra
 Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
 Quiso el nuestro hacer del araucano;
 Mas no salió fortuna á su deseo,
 Y así el deseado efeto salió en vano:
 Que el esforzado Rengo de un rodeo
 Le lleva largo trecho por el llano,
 Sobre los cuerpos muertos tropezando,
 Siempre con mas furor sobre él cargando.
 Andrea, de empacho ardiendo en rabia viva

Sintiéndose de un hombre así apurado,
 Firme en el suelo con los piés estriba
 Cobrando esfuerzo del honor sacado:
 Y de manera sobre Rengo arriba,
 Que de tierra lo lleva levantado,
 Que era de fuerza grande y de gran prueba
 Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes
 Sobre pruebas de fuerza porfiando,
 Trabrar él una cuerda con los dientes,
 Asiendo cuatro della y estribando
 Todos á un tiempo á partes diferentes,
 Á su pesar llevarlos arrastrando;
 Y de solos los dientes se valia,
 Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
 La mayor bota ó pipa que hallaba,
 Capaz de veinte arrobas de agua llena,
 De tierra un codo y mas la levantaba;
 Y suspendida sin verter serena
 La sed por largo espacio mitigaba,
 Bajándola despues al suelo llano,
 Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
 Rios en esta tierra caudalosos,
 Ir la corriente el impetu esforzando
 A desbrabar en riscos peñascosos
 Arrebatando el barea, no bastando
 La fuerza de los remos presurosos;
 Y él cubierto de malla como estaba
 Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca revolviendo
 Al furioso raudal el duro pecho,
 Los piés y fuertes brazos sacudiendo
 Rompia por la canal casi derecho:
 Remolcando la barea, y resistiendo
 El impetu del agua del estrecho,
 Lá sacaba á la orilla en salvamento
 Haciendo otras mil cosas que no cuento.

Á Rengo aquí tambien sobrepujaba,
 Que no fué de su fuerza menor prueba;
 Pero Rengo que en ira se abrasaba
 Viendo que sin firmarse alto lo lleva,

Hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva;
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
Como si descansaran todo el día;
Ora presto por bajo, ora por alto
Sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo, que de armadura estaba falto
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una minima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla y otro, y á mi cuenta,
Al cuarto que bajaba mas pesado,
El astuto italiano se desvia,
Y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida:
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe extraño;
Pero del todo resistir no pudo,
Aunque se reparó parte del daño:
Batióle la cabeza el golpe crudo,
Y cual si el morrion fuera de estaño,
Y no de fuerte pasta bien templado,
Así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano vacilando,
Perdida la memoria y el sentido,
Y anduvo por caer titubeando:
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo, como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente;

Y en pié se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado,
Mas furioso que nunca, ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar mas fuerza, y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruido,
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia:
No fué la asta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por do una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El italiano allí no perezoso,
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano,
Y hubiérale de arriba abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caída,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida,
Y de amistad y deudo conmovido,
La espada de su propio amo homicida
Que en Penco Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,

Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada:
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
Donde en satisfaccion de la herida,
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida;
Y por dar presto fin á aquella guerra,
La espada le quitó y luego la vida,
Metiéndose tras esto por la parte

Que andaba mas sangriento el fiero Marte
Hiende por do el monton ve mas estrecho:
¡Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
Otros que tiende, aun no bien satisfecho
A coces los quebranta y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta,
Sin términos, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve;
Pasa el pecho á Talcuen de una estocada
Y sobre Titaguan furioso vuelve;
Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras el muerto.
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Había de un golpe á Colca derribado
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:
El bárbaro mortal, la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagran no estaba ocioso:
Que á Zinga y á Pillolco había tendido,
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoro,

Los varios apellidos y el ruido
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba;
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba.
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
La priesa de los golpes y dureza,
Figurarla del todo aqui no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo;
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza;
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aqui, seis alli, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros cubiertos:
Otros por las espaldas y costados,
Los bravos corazones descubiertos:
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
Al odioso enemigo arremetia;
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria;
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria:
Al fin salia por todas, y á un momento
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos;
Villagran que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedasan tan heridos
Les envió con dos indios de su parte
A decir que se entreguen por vencidos,
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto y su coraje, que respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:
Morir, morir, no dicen otra cosa;
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: «Afuera vida vergonzosa:»
Esta fué su respuesta y esto claman,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,
Y aun así las espadas rodeaban:
Otros que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podían
A los contrarios piés se revolían.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando.
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algún lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aquí el derramamiento,

Yo tengo para mí que se hartaran;
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en Campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
Á la forzosa muerte se rindieron:
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada:
Solo Mallen, que al punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada;
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se había escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que como dije ya la muerte había
Puesto silencio con airada mano,
Dejó aquel paredon, y á ver salía
Si hallaba por allí algún araucano
Á quien se encomendar que le salvase
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carnicería,
Que aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y así decia:

«¿Cómo yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?
«Cobarde corazon, por cierto indigno
De algún golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa.
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa

Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

«Si á mi sangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido;
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.

«¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué enmienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa.
Hecha á mi honor y patria y compañía?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo bajamente
Del enemigo apenas vió la frente.

«¿Por qué al temor doy fuerzas dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado
Y descansen un poco las espadas,
Entre tanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio Noto porfiando
De Neptuno las olas levantadas,
Prohejando por fuerza iban rompiendo
Del viento y agua el impetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del Poniente,
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y despues dificilmente
Vimos á Capiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Alli con libertad soplan los vientos

De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo,
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados;
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el día
Al evés de la Europa, porque es cuando
El sol del equinoccio se desvia,
Y al Capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfia
Corren al mar, y al Austro contrastando
De Bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos:
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje;
Y de dulce refresco y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban
Que por áspera tierra y despoblados
Rompiendo con esfuerzo caminaban
De hambres y trabajos fatigados;

Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde poco á la ciudad llegados
Un mes en mucho vicio reposaron,
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino
Toman de su demanda la derrota,

Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino

Entrar en Mapochó, que es do pasaron
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salía
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del solsticio por cénit hería

Las puertas y región setentrionales:
Cuando es mayor la sombra al mediodía
Por este apartamiento en las australes,

Y los vientos en mas libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados,

Mostrando mas entera su violencia,
A las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y apariencia

Las aferradas áncoras alzamos,
Y al Norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo y muy sereno

Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno
Fortuna que en el bien jamás fué estable,

Turbó el cielo de nubes, mudó el viento
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aqui tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano

Se alzaron grandes montes y collados.
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,

Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada.
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:

«¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.»

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos y las priesas
Hacen un són tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecía.

«¡ Amaña, amaña! gritan marineros;
«¡ Amaña la mayor, iza trinquetel!»
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren ligeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruido
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,

Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el impetu venciendo ;
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo :
Asi debajo el mar salió el navio
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba ,
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido ,
Sobre la proa la alta gavia estaba :
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba ,
Que en forma de arco al mástil oprimia ,
Y así la racamenta no corria.

Eolo , ó ya fué acaso , ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano ,
Iba al valiente Boreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano :
Y abriendo la caverna , no advirtiendo
Al Céfito que estaba mas cercano ,
Rotas ya las cadenas á la puerta ,
Salió bramando al mar , viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
Cuantas nubes halló por el camino ,
Se arroja al levantado mar , cerrando
Mas la noche con negro torbellino ;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo , las airaba ,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía ,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao , y así perdia ,
Que al mar las altas gavias descendieron :
Fué la furia tan presta , que aun no habia
Amainado la gente , cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado ,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta ,
Ya sobre sierras de agua levantada ,
Ya debajo del mar toda cubierta :
Vino en esto de viento una grupada

Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta ,
Rompiendo del trinquete la una escota ,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado ;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado ;
Unos dicen : ¡ zabordá ! otros : ¡ detente !
¡ Cierra el timon en banda ! y cuál turbado
Buscaba escotillon , tabla ó madero ,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo , el clamor se multiplica ,
Uno dice : ¡ á la mar ! otro : ¡ arribemos !
Otro da grita : ¡ amaina ! otro replica :
¡ A orza , no amainar que nos perdemos !
Otro dice : ¡ herramientas ; pica , pica !
¡ Mástiles y obras muertas derribemos !
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento Céfito estradas ,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas :
Que la escura tiniebla penetraban ,
Y ser razon de nubes intrincadas ;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento , y por vecina
La brava costa de arrecifes llena ,
Que del grande reflujo en la marina
Hervía el agua mezclada con la arena :
Rota la escota , larga la bolina ,
Suelto el trinquete , sin calar la entena ,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA ARAUCANA.

SEGUNDA PARTE.

PRÓLOGO AL LECTOR.

Por haber prometido de proseguir esta historia, no con poca dificultad y pesadumbre la he continuado; y aunque esta segunda parte de la ARAUCANA no muestra el trabajo que me cuesta, todavía quien la leyere podrá considerar el que se habrá pasado en escribir dos libros de materia tan áspera y de poca variedad; pues desde el principio hasta el fin no contiene sino una misma cosa, y haber de caminar siempre por el rigor de una verdad, y camino tan desierto y estéril, páreceme que no habrá gusto que no se canse de seguirme. Así temeroso desto quisiera mil veces mezclar algunas cosas diferentes; pero acordé de no mudar estilo, porque lo que digo se me tomase en descuento de las faltas que el libro lleva,

autorizándole con escribir en él el alto principio que el rey nuestro señor dió á sus obras con el asalto y entrada de Sanquintin por habernos dado otro aquel mismo día los araucanos en el fuerte de la Concepcion. Asimismo trato el rompimiento de la batalla naval que el señor don Juan de Austria venció en Lepanto. Y no es poco atrevimiento querer poner dos cosas tan grandes en lugar tan humilde; pero todo lo merecen los araucanos, pues há mas de treinta años que sustentan su opinion, sin jamás habérseles caido las armas de las manos, no defendiendo grandes ciudades y riquezas, pues de su voluntad ellos mismos han abrasado las casas y haciendas que tenían por no dejar que gozar al enemigo; mas solo defienden unos terrenos secos, aunque muchas veces humedecidos con nuestra sangre, y campos incultos y pedregosos. Y siempre permaneciendo en su firme propósito y entereza, dan materia larga á los escritores. Yo dejo mucho y aun lo mas principal por escribir para el que quisiere tomar trabajo de hacerlo, que el mio le doy por bien empleado, si se recibe con la voluntad que á todos le ofrezco.

CANTO XVI.

En este canto se acaba la tormenta; contiénesse la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion, y isla de Talcaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelen y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El són confuso y misero lamento
Con eficacia y fuerza que interrompa
El celeste y terrestre movimiento:
La fama con sonora y clara trompa
Dando mas furia á mi cansado aliento,
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

Dadme, ó sacro señor, favor, que creo
Que es lo que más aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viéndoos atento
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviéndo,
La socorred en este grande aprieto,
Que si decirse es licito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfia

Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la vía
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte había de ver vencida.

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusión primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir se va acercando
A los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
Las voces y las lástimas crecían,
Que llevadas del céfiro inclemente
Léjos las rocas cóncavas herían:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos sin orden discurrían:
Unos dicen: ¡alarga! y otros: ¡iza!
Quién por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide:
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto expreso, quién promesa,
Quién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecía venir al suelo,
Y el levantado mar tempestuoso
Con soberbia hinchazón subir al cielo:
¿Qué es esto, Eterno Padre poderoso?
¿Tanto importa anegar un navichuelo,

Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza extrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso y ser del mundo sostenía:
Ni la nave de Ulises, ni la armada
Que de Troya escapó el último día,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno:
Que la espantosa imagen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno;
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbion de viento envuelto
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaiven á la pasada
El un diente de la áncora amarrada;

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata.

Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento
Gobernó el galeon rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon salió al levecho.
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El extremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegría

Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fría
Que habia los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oración devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acomelen con ruido

En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Agorro ya le lleve remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla oscura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al Este la Herradura,
Y al Sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Penco descubierto
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del Norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le batén furiosos de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró lierra:
Apenas la alta vela fué amañada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos extendió, tocando en los oídos,
Los ánimos y nervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,

Gritando: « Guerra, guerra, » alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto:
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brio
Corrimos al batel, de la manera
Que si léjos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera;
Y por los anchos lados el navio
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
Ó extraño agüero y triste anuncio,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y raptó movimiento,
Ora el andar el mundo, y es más cierto,
Fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel nudoso velo:
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida
Del gran peso gimió como oprimida.

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruina y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,

Y á perpetua opresion amenazaban.
 Desto medrosos aguardar no osaron,
 Que soltando las armas ya rendidas
 Del cerrado escuadron se derramaron
 Procurando salvar las tristes vidas:
 El patrio nido al fin desampararon,
 Y con mujeres, hijos y comidas
 Por secretos caminos y senderos
 Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
 Las casas yermas, chozas y moradas,
 Iban en todas partes descubriendo
 Las rústicas viandas levantadas:
 Y con gran diligencia preveniendo
 Los caminos, las sendas y paradas,
 Por cavernas y espesos matorrales
 Buscaban los ausentes naturales.

Dónde en breve sazón fueron hallados
 Algunos pobres indios escondidos,
 Otros en pueblezuelos salteados
 Que aun no estaban del miedo apercebidos;
 Mas con buen tratamiento asegurados,
 Dándoles jotas, llantos y vestidos,
 Y palabras de amor los aquietaban,
 Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
 Y causa principal de la jornada,
 Era la religion y salvamento
 De la rebelde gente bautizada,
 Que en desprecio del santo sacramento,
 La recibida ley y fe jurada
 Habian pérfidamente quebrantado,
 Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
 A la cristiana ley que antes tenían,
 Y á la fe quebrantada reducirse,
 Que al grande Carlos Quinto dado habian,
 En todas las mas cosas convenirse
 A su provecho y cómodo podrian,
 Haciéndoles con prendas, firme y cierto,
 Cualquier partido licito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
 Al uso militar y á la vivienda

Sacamos en las partes competentes,
 Que no hay quien nos lo impida ni defienda:
 Donde todos á un tiempo diligentes,
 Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
 Quién fuego enciende, y en el casco usado
 Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
 Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
 Dejando antes de tiempo presurosa
 Envuelto el mundo en tenebroso velo:
 No quedó pabellon, tienda ni cosa
 Que el viento allí no la abatiese al suelo,
 Pareciendo con nuevo movimiento
 Desencasar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado día
 Las nubes desterró y dejó sereno
 El cielo, revistiendo de alegría
 El aire oscuro y húmido terreno:
 Luego la trabajada compañía
 Conociendo el instable tiempo bueno,
 Procura reparar con diligencia
 Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
 Albergues de los indios ausentados,
 Otros con tablas, ramas y carrizos
 Al nuevo alojamiento van cargados;
 Y sobre troncos de árboles rollizos
 En las hondas arenas afirmados,
 Gran número de ranchos levantamos,
 Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
 De la necesidad misma instruidos,
 Por techos y apartados rincencillos
 Tejer y fabricar los pobres nidos,
 Que de pajas, de plumas y ramillos
 Van y vienen los picos impedidos:
 Así en el yermo y descubierto asiento
 Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
 En el húmido sitio pantanoso,
 Y con industria y arte reparamos
 La furia del invierno riguroso,
 Las necesarias armas aprestamos,

Soltando con estrépito espantoso
 La gruesa y reforzada artillería,
 Que en torno tierra y mar temblar hacia.
 En las remotas bárbaras naciones
 El grande estruendo y novedad sintieron;
 Pacos, vicuñas, tigres y leones
 Acá y allá medrosos discurrieron;
 Los delfines, neréidas y tritones
 En sus hondas cavernas se escondieron,
 Deteniendo confusos sus corrientes
 Los presurosos rios y las fuentes.
 Sintióse en el estado la estampida,
 Y algunos tan atónitos quedaron,
 Que la dura cerviz nunca oprimida,
 Sobre los yertos pechos inclinaron:
 Así avisados ya de la venida
 Los instrumentos bélicos tocaron,
 Descogiendo por todas las riberas
 Sus lucidos pendones y banderas.
 En el valle de Ongolmo congregados
 Los decidéis caciques araucanos,
 Y algunos capitanes señalados
 De los interesados comarcanos,
 Todos en general deliberados
 De venir con nosotros á las manos,
 Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
 Entraron los caciques en consejo.
 Rengo también con ellos, que admitido
 Fué al consejo de guerra por valiente,
 Que, si ya os acordais, quedó aturdido
 En Mataquito entre la muerta gente;
 Pero volvió despues en su sentido
 Y al cabo se escapó dichosamente,
 Que, aunque falto de sangre, tuvo suerte
 Contra la furia de la airada muerte.
 Caupolican en medio dellos puesto
 A todos con los ojos rodeando,
 Que con silencio y ánimo dispuesto
 Estaban sus razones aguardando;
 Con sesgo pecho y con sereno gesto
 La voz en tono grave levantando,
 Rompió el mudo silencio, y echó fuera
 El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
 Segun vemos las muestras y señales,
 Aquel felice tiempo prometido
 En que habemos de hacernos inmortales;
 Que la fortuna próspera ha traído
 De las últimas partes orientales
 Tantas gentes en una compañía
 Para que las vengais en solo un día.
 «Y á costa y precio de su sangre y vidas
 Del todo eterniceis vuestras espadas,
 Y nuestras viejas leyes oprimidas
 Sean en su libre fuerza restauradas,
 Que por remotos reinos extendidas
 Han de ser inviolables y sagradas,
 Viviendo en igualdad debajo dellas
 Cuantos viven debajo las estrellas.
 «Y pues que con tan loco pensamiento
 Estas gentes se os han desvergonzado,
 Y en vuestra tierra y defendido asiento
 Las banderas tendidas han entrado,
 Es bien que el insolente atrevimiento
 Quede con nuevo ejemplo castigado,
 Antes que dando cuerda á su esperanza
 Les dé fuerza y consejo la tardanza.
 «Así en resolucion me determino,
 Si señores también os pareciere,
 Que demos con asalto repentino
 Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
 Y nadie piense que hay otro camino
 Sino el que con su fuerza y brazo abriere;
 Que las rabiosas armas en las manos
 Los han de dar por justos ó franos.»
 A la plática fin con esto puso;
 Y el buen Peteguelen, viejo severo,
 Por mas antiguo su razon propuso
 Como soldado y sábio consejero,
 Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehusó
 De derramar mi sangre yo el primero,
 Que aunque por mi vejez parezca helada
 En el pecho me hierve alborotada.
 «Pero sola una cosa me detiene
 Haciéndome dudar el rompimiento,
 Y es la cierta noticia que se tiene

Que es mucha gente y mucho el regimiento :
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento ,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

«Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido ,
Del mar y altos peñascos rodeado ,
Por todas partes libre y defendido ,
Será de mas provecho y acertado
Que á su plática y tralo deis oido ,
Y que no se les niegue y contradiga ,
Pues que solo el oír á nadie obliga.

«Que no podrá dañar , y en el comedio
Podreis apereibir y juntar gente ,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente ,
En las cosas difíciles dar medio ,
Proveer á cualquiera inconveniente ,
Atajar y romper los pasos llanos ,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas , que ardiendo en ira
El bravo Tucapel , con voz furiosa
Diciendo le atajó : «Quien tanto mira ,
Jamás emprenderá jornada honrosa ;
Y si todo el estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa ,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas , causa y cargo á cuenta mia.

«¿ Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas ?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza ,
Y rodear los brazos las espadas ,
Dais causa en que se note en vos mudanza ,
Y que vuestras victorias mancilladas
Queden con bajo y misero partido ,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

«Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado ,
Diga Peteguelen lo que quisiere ,
Que esto ha de ser por armas sentenciado.
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado ;

Que esta ferrada maza y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.
«Si los que así os preciais de bien hablados ,
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados ,
Os probaré mas claro lo que puedo ;
Mas quereis mostrar tan concertados ,
Que llamando prudencia á lo que es miedo ,
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con hablar dareis salida »

Peteguelen responde : «Pues no halla
Nunca en ti la razón acogimiento ,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tu loco atrevimiento ;
De piel curtida armados ó de malla ,
Con lanza , espada ó maza , á tu contento ,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos que razones.»

¿ Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo ,
Lanzando por los ojos fuego vivo ,
No se dignando de mirar al suelo ?
Dijo : «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo ;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió : «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado ,
Ni de sangre aun están vacias mis venas ,
Ni siento el brazo así debilitado ,
Que no te piense dar las manos llenas ;
Mas Rengo su sobrino levantado
Se atravesó diciendo : «El desafio
Acepto yo , si quieres , por mi tío.»

«Quiérollo , pido y soy de ello contento ,
Gritaba Tucapel , y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo : «Tú lo has de haber , Rengo , conmigo.»
«Tambien enmendaré tu atrevimiento ,
Responde el fiero Rengo , y mas te digo ,
Que poco tu amenaza y campo estimo
Despues que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo : « Castigarte

Pienso de tal manera yo primero ,
 Que le cabrá á Orompello poca parte ,
 Que á bien librar serás mi prisionero :
 Afuera , afuera , sús , haceos aparte ,
 Que dilatar el término no quiero ,
 Pues armas , tiempo y voluntad tenemos ,
 Sino que luego aquí lo averigüemos .»

Rengo y Pétoguelele le respondieran
 A un tiempo con las armas y razones ,
 Si en medio á la sazón no se pusieran
 Muchos caciques nobles y varones ,
 Pidiendo que suspendan y diferan
 Aquellas amenazas y cuestiones ,
 Hasta que la fortuna declarada
 Diese próspero fin á la jornada .

Caupolican estaba ya impaciente
 De ver que Tucapel cada día
 En guerra , en paz , con término insolente
 Sin causa ni atención los revolvia ;
 Mas hubo de llevarlo blandamente ,
 Que el tiempo y la sazón lo requeria ;
 Y así con gravedad y manso ruego
 La furia mitigó y apagó el fuego .

Quedando entre ellos puesto y acetado
 Que luego que la guerra concluyesen ,
 El viejo y Tucapel en estacado
 Francos de solo á solo combatiesen :
 Despues , que Tucapel y Rengo armado
 Ansimismo su causa definiesen .

El rumor aplacado , Colocolo
 Los comenzó á decir hablando solo :
 «Generosos caciques , si licencia
 Tenemos de decir lo que alcanzamos
 Los que por largos años y experiencia
 Los futuros sucesos rastreamos ,
 Vemos que vuestras fuerzas y potencia
 En solo destruirnos las gastamos ,
 Y el tirano cuchillo apoderado
 Sobre vuestras gargantas levantado .
 «Y lo que da señal clara que sea
 Cierta vuestra caída y mi recelo ,
 Es que ya la fortuna titubea
 Y comienza á turbarse nuestro cielo :

Cuando un gran edificio se leada
 No está muy lejos de venir al suelo ;
 La máquina que en falso asiento estriba
 Su misma pesadumbre la derriba .

«Así que ya , si mi opinion no yerra ,
 Segun el proceder y los indicios
 Temo y con gran razon de ver por tierra
 Nuestros mal cimentados edificios ;
 Y convertido el uso de la guerra
 En serviles y bajos ejercicios ,
 Quebrantándose al fin vuestra protervia
 Fundada en una vana y gran soberbia .

«Muerto á Lautaro vemos , y perdidas
 Con gran deshonra nuestras tres banderas :
 Rotas nuestras escuadras y tendidas
 Al viento y sol por pasto de las fieras ,
 Las fuerzas y opiniones divididas ,
 Lleno el campo de gentes extranjeras ,
 Y las furiosas armas alteradas
 Contrá sus mismos pechos declaradas .

«Mirad que así por ciega inadvertencia
 La patria muere y libertad perece ,
 Pues con sus mismas armas y potencia
 Al derecho enemigo favorece :
 Incurable y mortal es la dolencia
 Cuando á la medicina no obedece ,
 Y bestial la pasión y detestable
 Que no sufre el consejo saludable .

«¿ Por qué con tanta saña procuramos
 Ir nuestra sangre y fuerzas apocando ,
 Y envueltos en civiles armas damos
 Fuerza y derecho al enemigo bando ?
 ¿ Por qué con tal furor despedazamos
 Esta union invencible , condenando
 Nuestra causa aprobada y armas justas ,
 Justificando en todo las injustas ?

«¿ Qué rabia ó qué furor desatinado
 Habeis contra vosotros concebido ,
 Que así quereis que el araucano estado
 Venga á ser por sus manos destruido ,
 Y en su virtud y fuerzas ahogado
 Quede con nombre infame sometido
 A las extrañas leyes y gobierno

Y en dura servidumbre y yugo eterno ?

«Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros ;
Refrenad esa furia y movimiento
Que es la que puede en esto mas dañaros :
Sufrís al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros ,
¿ Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes ?

«Que es cierto falta de ánimo y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada ,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propia espada ,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada ,
A los cuales resiste el pecho fuerte
Que no quiere acabarlo con la muerte.

«Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno ,
Y de vuestras hazañas no esta tierra ,
Mas todo el universo anda ya lleno :
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos ,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

«Si á la cansada edad y largos días
Algun respeto y crédito se debe ,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve ,
Para que difirais vuestras porfias
Por alguna sazon y tiempo breve ,
Hasta que el español furor decline
Y la causa comun se determine.

«Y pues de vuestra discrecion espero
Que os pondrá en el camino que conviene ,
Traer otras razones mas no quiero ,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene.
Dejadas pues aparte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene ,
Y pone freno y limite al deseo ,
Es el poco aparejo que aquí veo.

«Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio ,

Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasajé algun remedio ;
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio ,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos .

«Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento ,
Que cuando no sea licita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento.
Tambien en este término haremos
De armas y municion preparamento :
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

«Mas conviene advertir, claros varones :
Para llevar las cosas bien guiadas ,
Que nuestras exteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

«Quizá por este término sacalla
Podrémos del isleño sitio fuerte ,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte ;
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte
Que venga á tierra firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sábio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes ,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes ;
Pero Purén, Lincoya y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al jóven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y experiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso,
Que con fingida muestra y apariencia

De algun partido honesto y medio honroso
 Nuestro intento y designios penetrase,
 Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
 Segun el tiempo en lo que mas convino,
 En una larga góndola metido
 Sin mas se detener tomó el camino,
 Y de los prestos remos impelido
 En breve á nuestro alojamiento vino.

A donde sin estorbo libremente
 Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento
 Tres naves de las nuestras arribado
 Llenas de armas, de gente y bastimento
 Con que fué nuestro campo reforzado:
 Era tanto el rumor y movimiento
 Del bélico aparato, que admirado
 El cauteloso Millalauco estuvo,
 Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
 Por medio del bullicio atravesaba,
 Los judiciosos ojos rodeando
 Las armas, gente y ánimos notaba;
 Y el negocio entre sí considerando
 El deseado fin dificultaba,
 Viendo cubierto el mar, llena la tierra
 De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don Garcia,
 Hallándome con otros yo presente,
 Con una moderada cortesía
 Nos saludó á su modo alegremente,
 Levantando la voz; pero la mía,
 Que fatigada de cantar se siente,
 No puede ya llevar un tono tanto,
 Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
 A enemigos ni amigos sospechosos,
 Que tanto os dejan mas apercebidos
 Cuanto vos los teneis por cautelosos;
 Escuchados serán mas entendidos
 Ora sean verdaderos ó engañosos:
 Que siempre por señales y razones
 Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
 Con su máscara falsa y trato extraño,
 Os despiertan, avisan, encaminan,
 Y encubriendo descubren el engaño:
 Veis el blanco y el fin adonde atinan,
 El pro y el contra, el interés y el daño:
 No hay plática tan doble y cautelosa
 Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
 Que no se le penetre algun conceto,
 Que las lenguas al fin hacen su oficio,
 Y mas si el que oye sabe ser discreto:
 Nunca el hablar dejó de dar indicio,
 Ni el callar descubrió jamás secreto:
 No hay cosa mas difícil, bien mirado
 Que conocer un necio, si es callado.

Y es importante punto y necesario
 Tener el capitán conocimiento
 Del arte y condicion del adversario,
 De la intencion, designio y fundamento;

De algun partido honesto y medio honroso
 Nuestro intento y designios penetrase,
 Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
 Segun el tiempo en lo que mas convino,
 En una larga góndola metido
 Sin mas se detener tomó el camino,
 Y de los prestos remos impelido
 En breve á nuestro alojamiento vino.

A donde sin estorbo libremente
 Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian tambien con fresco viento
 Tres naves de las nuestras arribado
 Llenas de armas, de gente y bastimento
 Con que fué nuestro campo reforzado:
 Era tanto el rumor y movimiento
 Del bélico aparato, que admirado
 El cauteloso Millalauco estuvo,
 Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
 Por medio del bullicio atravesaba,
 Los judiciosos ojos rodeando
 Las armas, gente y ánimos notaba;
 Y el negocio entre sí considerando
 El deseado fin dificultaba,
 Viendo cubierto el mar, llena la tierra
 De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don Garcia,
 Hallándome con otros yo presente,
 Con una moderada cortesía
 Nos saludó á su modo alegremente,
 Levantando la voz; pero la mía,
 Que fatigada de cantar se siente,
 No puede ya llevar un tono tanto,
 Y así es fuerza dar fin en este canto.

CANTO XVII.

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
 A enemigos ni amigos sospechosos,
 Que tanto os dejan mas apercebidos
 Cuanto vos los teneis por cautelosos;
 Escuchados serán mas entendidos
 Ora sean verdaderos ó engañosos:
 Que siempre por señales y razones
 Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
 Con su máscara falsa y trato extraño,
 Os despiertan, avisan, encaminan,
 Y encubriendo descubren el engaño:
 Veis el blanco y el fin adonde atinan,
 El pro y el contra, el interés y el daño:
 No hay plática tan doble y cautelosa
 Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
 Que no se le penetre algun conceto,
 Que las lenguas al fin hacen su oficio,
 Y mas si el que oye sabe ser discreto:
 Nunca el hablar dejó de dar indicio,
 Ni el callar descubrió jamás secreto:
 No hay cosa mas difícil, bien mirado
 Que conocer un necio, si es callado.

Y es importante punto y necesario
 Tener el capitán conocimiento
 Del arte y condicion del adversario,
 De la intencion, designio y fundamento;

Si es cuerdo y reportado ó temerario,
De pesado ó ligero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto, astuto,
Vario, indeterminable ó resolutivo.

Así vemos que el bárbaro senado
Por saber la intencion del enemigo
Al cauto Millalauco había enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,
A quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio.

«Pues notorio os será lo que se extiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los extraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y también de vosotros ya se entiende
Que movidos de celo y fin cristiano
Con gran moderación y disciplina
Venis á derramar vuestra doctrina.

«Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinión y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques aceptada.

«Que el inclito senado habiendo oído
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sábio acuerdo y parecer movido,
Por legítimas causas y razones,
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente

Del pueblo simple y género inocente.

«Que si la fe inviolable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados.

«A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos;
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y veréis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

«Pero por trato llano sin recelo
Podréis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;
Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que había flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oída la embajada, don García
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agradecía
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaría
Su buena voluntad con tratamiento
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmación algunos dones,

Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia
A la barca volvió que había dejado;
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al estado,
Do recibido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasión presente
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del implacable invierno resistimos;
Mas pasado este tiempo, deseosos
De saber su intención, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento

Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercebidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escogidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos también, que vez ninguna
Dejé de dar un liento á la fortuna

Para que en un pequeño cerro exento
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,
Donde pudiese estar sin detrimento

Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderían
La intención de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenían
Con falso rostro y amistad doblada:
De do si se moviesen les darían
Algun asalto y súbita ruciada,
Que quebrantando el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginación fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos;
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto día
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenía,
Antes que la alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecía
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destraes
Cortan maderos gruesos y troncones,
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y faginas
Levantán los traveses y cortinas.

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudad famosa
Solicita, officiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad que valentía,
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un día
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartida
Segun y por el órden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano,
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oídos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercibidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano,

De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡ Oh gran Caupolicano!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

«Y porque á ti, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me prefiero
De abrir lugar por los contrarios pechos;
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barranca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara Aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia:
Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasia,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche oscura
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejarse, mas fué imposible
Del accidente súbito impedido;
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituido,

Del tormento quedé de tal manera
 Cual si de larga enfermedad saliera.
 Luego que con suspiros trabajados
 Desfogando las ansias aflojaron,
 Mis descaídos ojos agravados
 Del gran quebrantamiento se cerraron :
 Así los lasos miembros relajados
 Al agradable sueño se entregaron ,
 Quedandop or entonces el sentido
 En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
 Dejado el quebrantado cuerpo habia ,
 Cuando oyendo un estruendo sonoro
 Que estremecer la tierra parecia ,
 Con gesto altivo y término furioso
 Delante una mujer se me ponía ,
 Que luego vi en su talle y gran persona
 Ser la robusta y áspera Belona.
 Vestida de los piés á la cintura ,
 De la cintura á la cabeza armada
 De una escamosa y lúcida armadura ;
 Su escudo al brazo, al lado la ancha espada ,
 Blandiendo en la derecha la asta dura ,
 De las horribles Furias rodeada ,
 El rostro airado , la color teñida ,
 Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
 El ánimo levanta y confianza ,
 Reconociendo el tiempo venturoso
 Que te ofrece tu dicha y buena andanza :
 Huye del ocio torpe y perezoso ,
 Ensancha el corazón y la esperanza ,
 Y aspira á mas de aquello que pretendes ,
 Que el cielo te es propicio si lo entiendes.

«Que viéndote á escribir aficionado
 Como se muestra bien por el indicio ,
 Pues nunca te han la pluma destemplado
 Las fieras armas y áspero ejercicio ,
 Tu trabajo tan fiel considerado ,
 Solo movida de mi mismo oficio
 Te quiero yo llevar en una parte
 Donde podrás sin limite ensancharte.
 «En campo fértil, lleno de mil flores

En el cual hallarás materia llena
 De guerras mas famosas y mayores,
 Donde podrás alimentar la vena ;
 Y si quieres de damas y de amores
 En verso celebrar la dulce pena ,
 Tendrás mayor sujeto y hermosura ,
 Que en la pasada edad y en la futura.

«Sigueme, » dijo al fin: y yo admirado ,
 Viéndola revolver por donde vino ,
 Con paso largo y corazón osado
 Comencé de seguir aquel camino,
 Dejando del siniestro y diestro lado
 Dos montes, que el Atlante y Apenino
 Con gran parte no son de tal grandeza ,
 Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
 Con mano liberal y artificiosa
 Mostraba su caudal y hermosura
 En la varia labor maravillosa ,
 Mezclando entre las hojas y verdura
 El blanco lirio y encarnada rosa ,
 Junquillos, azahares y mosquetas ,
 Azucenas, jazmines y violetas.

Allí las claras fuentes murmurando
 El deleitoso asiento atravesaban ,
 Y los templados vientos respirando
 La verde yerba y flores alegraban .
 Pues los pintados pájaros volando
 Por los copados árboles cruzaban ,
 Formando con su canto y melodía
 Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
 Vi gran copia de ninfas muy hermosas ,
 Unas en varios juegos ocupadas ,
 Otras cogiendo flores olorosas ,
 Otras suavemente y acordadas
 Cantaban dulces letras amorosas ,
 Con cítaras y liras en las manos ,
 Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
 Á todo pasatiempo y ejercicio :
 Quién sigue ya de aquel, ya deste lado
 De la casta Diana el duro oficio ;

Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio
Gamuzas, capreolas y corcillas
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:

Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado:
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la mas alta cumbre del me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podría
Un liviano nebli subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecía
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubría
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flándes y de Francia

Sobre una plaza fuerte de importancia.

«Después que Carlos Quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las árticas y antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

«Y movido de pío y santo celo
Que del gobierno público tenía,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebía,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenía
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

«Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras había dado,
Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.

«Aquella es San Quintín que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruina,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina:
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mandó y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

«En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio á mano diestra,
Donde está de Felipe el estandarte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, tudescos y valones.

«Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,

Y sin escalas por el roto muro
 Entrar los de Felipe á pura espada;
 Verás el fiero asalto y trance duro,
 Y al fin la fuerte Francia aportillada,
 Que al riguroso hado incontrastable
 No hay defensa ni plaza inexpugnable.

«Conviéneme partir de aquí al momento
 A meterme entre aquellos escuadrones,
 Y remover con nuevo encendimiento
 Los unos y los otros corazones:
 Tú desde aquí podrás mirar atento
 Las diferentes armas y naciones,
 Y escribir de una y otra la fortuna,
 Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
 Por el aire en tropel se deslizaron,
 Y en un instante sin torcer la vía,
 Cual presto rayo, á San Quintín bajaron:
 Donde alizando el fuego ya que ardía
 Con la amiga Discordia se juntaron,
 Que andaba entre las huestes y compañías
 Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
 Por la señal postrera ya movido,
 En un turbión espeso y polvoroso
 Corre al batido muro defendido.

¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
 Que pudiera explicar lo que aquí vido?
 Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
 Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintín; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
 Reducir el valor vuestro y grandeza
 A término pequeño y breve suma,
 Y á tan humilde estilo tanta alteza?
 Que aunque por campo próspero la pluma
 Corra con fértil vena y ligereza,
 Tanto el sujeto y la materia arguye,
 Que todo lo deshace y disminuye.
 Y el querer atreverme á tanto, creo
 Que me será juzgado á desatino,
 Pues llegado á razón yo mismo veo
 Que salgo de los términos á tino:
 Mas de serviros siempre el gran deseo
 Que siempre me ha tirado á este camino,
 Quizá adelgazará mi pluma ruda
 Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
 Esta mi presunción y atrevimiento,
 Es el que agora pido, y el que puede
 Enriquecer mi pobre entendimiento:
 Que si por vos, señor, se me concede
 Lo que á nadie negais, soltaré al viento
 Con ánimo la ronca voz medrosa,
 Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
 Por la justa razón con que lo pido,
 Espero que, señor, seré escuchado,

Y sin escalas por el roto muro
 Entrar los de Felipe á pura espada;
 Verás el fiero asalto y trance duro,
 Y al fin la fuerte Francia aportillada,
 Que al riguroso hado incontrastable
 No hay defensa ni plaza inexpugnable.

«Conviéneme partir de aquí al momento
 A meterme entre aquellos escuadrones,
 Y remover con nuevo encendimiento
 Los unos y los otros corazones:
 Tú desde aquí podrás mirar atento
 Las diferentes armas y naciones,
 Y escribir de una y otra la fortuna,
 Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
 Por el aire en tropel se deslizaron,
 Y en un instante sin torcer la vía,
 Cual presto rayo, á San Quintín bajaron:
 Donde alizando el fuego ya que ardía
 Con la amiga Discordia se juntaron,
 Que andaba entre las huestes y compañías
 Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
 Por la señal postrera ya movido,
 En un turbión espeso y polvoroso
 Corre al batido muro defendido.

¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
 Que pudiera explicar lo que aquí vido?
 Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
 Haré lo que pudiere en otro canto.

CANTO XVIII.

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintín; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles.

¿Cuál será el atrevido que presuma
 Reducir el valor vuestro y grandeza
 A término pequeño y breve suma,
 Y á tan humilde estilo tanta alteza?
 Que aunque por campo próspero la pluma
 Corra con fértil vena y ligereza,
 Tanto el sujeto y la materia arguye,
 Que todo lo deshace y disminuye.
 Y el querer atreverme á tanto, creo
 Que me será juzgado á desatino,
 Pues llegado á razon yo mismo veo
 Que salgo de los términos á tino:
 Mas de serviros siempre el gran deseo
 Que siempre me ha tirado á este camino,
 Quizá adelgazará mi pluma ruda
 Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
 Esta mi presuncion y atrevimiento,
 Es el que agora pido, y el que puede
 Enriquecer mi pobre entendimiento:
 Que si por vos, señor, se me concede
 Lo que á nadie negais, soltaré al viento
 Con ánimo la ronca voz medrosa,
 Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
 Por la justa razon con que lo pido,
 Espero que, señor, seré escuchado,

Que basta para ser favorecido.
Volviendo a proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás, que arremetido
Había el furioso campo por tres vías
A las aporilladas baterías.

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes más dispuestas:
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa,
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetuosa
Y los contrarios ánimos sangrientos;
Mas la gente española más furiosa
Cuanto topaba más impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes extrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos;
Cabezas hasta el cuello y más hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos:
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se expugnaba y defendía
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados;
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitran, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran tesón no cesa,
Hieren, matan, derriban; y así andaban

Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza,
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza;
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que caigan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierva y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebató:

De tal manera la francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder más forzosamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres, dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistía,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venía:
Quedó en prisión con otros y adelante
La victoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazón por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser ya la francesa gente parte
A puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á más andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada

Le estaba la defensa de aquel lado :
 Hé aqui tambien por la tercera entrada
 Que Julian Romero habia asaltado :
 La suspensa fortuna declarada ,
 Abriendo paso al detenido hado ;
 La mano á don Felipe dió de modo ,
 Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
 Los ánimos del pueblo enflaquecido ,
 Rompiendo el aire espeso y alto cielo
 Un general lamento y alarido :
 Las armas arrojadas por el suelo ,
 Escogiendo el vivir ya por partido ,
 Acordaron con misera huida
 Perder la plaza y guarecer la vida.

Peró los vencedores cuando vieron
 Su gran temor y poco impedimento ,
 Los brazos altos y armas suspendieron
 Por no manchar con sangre el vencimiento ;
 Y sin hacer mas golpe arremetieron ,
 Vuelto en codicia aquel furor sangriento ,
 Al esperado saco de la tierra ,
 Premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
 Quebranta los cerrojos reforzados ,
 Quién por picas y gúmenas trepando
 Entra por las ventanas y tejados ;
 Acá y allá rompiendo y desquiciando
 Sin reservar lugares reservados ,
 Las casas de alto abajo escudriñaban ,
 Y á tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
 Cuando en un barrio ó vecindad se enciende ,
 Que con rebato súbito la gente
 Corre con priesa y al remedio atiende ;
 Y por todas las partes francamente
 Quién entra , sale , sube ; quién descende ,
 Sacando uno arrastrando , otro cargado
 El mueble de las llamas escapado :

Así la fiera gente victoriosa
 Con prestas manos y con piés ligeros
 De la golosa presa codiciosa
 Abre puertas , ventanas y agujeros ,

Sacando diligente y presurosa
 Cofres , tapices , camas y rimeros ,
 Y lo de más y menos importancia
 Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos , clamores y querellas ,
 Que los distantes cielos penetraban ,
 De viudas y huérfanas doncellas
 La insaciable codicia moderaban :
 Antes rompiendo sin piedad por ellas
 A lo mas defendido se arrojaban ,
 Creyendo que mayor ganancia habia
 Donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
 Por las calles sin guarda á la ventura ,
 Los bellos rostros con rigor batiendo
 Lamentando su hado y suerte dura ;
 Y las miseras monjas , que rompiendo
 Sus estatutos , limite y clausura ,
 De aquel temor atónito llevadas
 Van acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
 Habia mandado á todas las naciones ,
 Que con grande cuidado reservasen
 Las mujeres y casas de oraciones ;
 Y amigos y conformes evitasen
 Pendencias peligrosas y cuestiones ,
 Que del saco y la presa á cada una
 Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres que acá y allá perdidas
 Llevadas del temor sin tiento andaban ,
 Por orden de Felipe recogidas
 En seguro lugar las retiraban ;
 Donde de fieles guardas defendidas
 Del bélico furor las amparaban ,
 Que aunque fueron sus casas saqueadas ,
 Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
 Al cristiano y expreso mandamiento ,
 Se mostraban en esto continentes
 Frenando aun el primero movimiento.
 La revuelta y la mezcla de las gentes ,
 La mucha confusion y poco tiento
 Hizo que el daño en la ciudad creciese

Y un repentino fuego se encendiese,
 Súbito allí la llama alimentada,
 Arrojando espesísimas centellas,
 Del fresco viento céfiro ayudada
 Procuraba subir á las estrellas:
 La miserable gente afortunada
 Con dolorosas voces y querellas,
 Fijos los tiernos ojos en el cielo,
 Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
 En vano por el aire resonaban,
 Y los tristes franceses temerosos
 En las contrarias armas se arrojaban,
 Eligiendo por fuerza vergonzosos
 El modo de morir que rehusaban,
 Antes que como flacos encerrados
 Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
 Había las fieras armas embotado,
 Que con remedio presto y diligencia
 Todo el furor y fuego fue apagado:
 Al fin sin mas defensa y resistencia
 Dentro de San Quintín quedó alojado,
 Con la llave de Francia ya en la mano,
 Hasta París abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
 Al hemisferio antártico encendido,
 Cuando yo, que alegrísimo miraba
 Todo lo que en mi canto habeis oído,
 Vi cerca una mujer que me hablaba,
 Mas blanco que la nieve su vestido,
 Grave, muy venerable en el aspeto,
 Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
 Por cierta y verdadera profecía
 Dificultosa alguna pareciere,
 Créeme, que no es ficción ni fantasía;
 Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
 Allá en su excelso trono y hierarquia,
 Al cual está sujeto lo mas fuerte,
 El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

«Desta guerra y rencores encendidos
 Entre la España y Francia así arraigados

Resultarán conciertos y partidos
 Por una parte y otra procurados:
 En los cuales serán restituidos
 Al duque de Saboya sus estados,
 Con otros muchos medios provechosos
 En bien de Francia y á la España honrosos.

«Y para que mas quede asegurada
 La paz con hermandad y firme asiento
 Con la prenda de Henrico mas amada
 Contraerá don Felipe casamiento;
 Pero la cruda muerte acelerada
 Temprano deshará este ayuntamiento,
 Que el alto cielo así lo determina,
 Y el decreto fatal y órden divina.

«En este tiempo Francia corrompida,
 La católica ley adulterando,
 Negará la obediencia al rey debida,
 Las sacrilegas armas levantando;
 Y con el cebo de la suelta vida
 Cobrará la maldad fuerza, juntando
 De gente infiel ejército formado
 Contra la Iglesia y propio rey jurado.
 «Por insolencias viejas y pecados
 Vendrá el reino á ser casi destruido,
 Y Carlos de sus pérfidos soldados
 A término dudoso reducido;
 Serán con desacato derribados
 Los suntuosos templos, y ofendido
 El mismo sumo Dios y sacramento,
 Sobrando á la maldad su sufrimiento.

«Mas vuestro rey con presta providencia
 Previene al futuro daño luego,
 Atajará en España esta dolencia
 Con rigor necesario á puro fuego:
 Curada la perversa pestilencia,
 Las armas enemigas del sosiego
 Con furia moverá contra el Oriente
 Enviando al Peñón su armada y gente.

«Aunque no pueda de la vez primera
 Conseguir el efecto deseado,
 Volverá la segunda de manera
 Que el áspero Peñón será expugnado;
 Y dejando segura la carrera

Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada
Retirárá la victoriosa armada.

«Vendrán á España á la sazón de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Carlos hija y de Felipe hermana,

Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:

El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

«Y de sus altas obras prometiéndolo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza;
En quienes se verá resplandeciendo
Un excelso valor y la crianza
Del baron Dietristan, persona dina
De dar á tales príncipes dotrina.

«Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el Poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
A la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo.

«Donde el grande mestre y caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

«Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de Santelmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

«Allí se verán hechos señalados,
Dificiles empresas peligrosas,
Animos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas más dudosas:
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

«Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raído, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

«Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
Desu fortuna y crédito guiada
Rebatirá los otomanos bados,
Y la afligida Malta restaurada
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increíble y escarmiento.

«Luego el año despues, con poderoso
Ejército en persona Solimano,
Por tierra moverá contra el famoso
César Augusto emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia.

«A Siguet, plaza fuerte y recogida,
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo sin poder ser socorrida
Del fiero Soliman será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso
Pondrá término y punto á su discurso.

«Por otra parte en Flándes los estados,
Desasidos de Dios en estos dias,
Turbarán el sosiego inficionados

De perversos errores y herejías :
 Y contra el rey Felipe conspirados
 Tentarán de maldad diversas vías ,
 Trayendo á estado y condicion las cosas
 Que durarán gran término dudosas.
 «Tambien con pretension de libertarse
 En el próspero reino de Granada,
 Los moriscos vendrán á levantarse
 Y á negar la obediencia al rey jurada :
 La cual alteracion por no estimarse ,
 Ni ser á los principios remediada ,
 Será de grandes daños y costosa
 De sangre ilustre y gente valerosa.
 «Irá á esta guerra un mozo, que escondido
 Anda en humildes paños y figura ,
 Que su imperial linaje esclarecido
 Dificiles empresas le asegura ,
 Á quien tienen los hados prometido
 Una famosa y súbita ventura :
 Este es hijo de Cárlos, que aun se cria ,
 Y encubierto estará por algun dia.
 «Andará, como digo, disfrazado
 Hasta que el padre al tiempo de la muerte
 Le dejará por hijo declarado ,
 Subiéndole en un punto á tanta suerte ;
 Será de todos con razon amado ,
 Franco, esforzado, valeroso y fuerte :
 Es su nombre don Juan, y en esta parte
 No puedo mas decir ni revelarte.
 «Baste que á los moriscos alterados
 En su primera edad hará la guerra ,
 Y los presidios rotos y ocupados
 Los vendrá á retirar dentro en la sierra ;
 Adonde los tendrá tan apretados
 Que al fin reducirá la alzada tierra ,
 Trasplantando en provincias diferentes
 Las raíces malvadas y simientes.
 Esta guerra acabada, de Alemaña
 De damas y gran gente acompañada
 La infanta Ana vendrá, reina de España ,
 Con el rey don Felipe desposada :
 Donde con pompa y majestad extraña
 Será la insigne boda celebrada

En la antigua Segovia, un tiempo silla
 De los famosos reyes de Castilla.
 «Serán pues los dos príncipes llamados
 Del padre emperador, que ya aquel dia
 Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
 Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría :
 Así que para Génova embarcados
 Arribarán, pasando á Lombardia
 Por la ribera del Danubio amena
 Á su ciudad famosa de Viena.
 «Cuando ya la revuelta y turbaciones
 De los tiempos den muestra de acabarse,
 Y el bélico furor y alteraciones
 Parezcan declinar y sosegar ;
 Entonces en las bárbaras regiones
 Comenzarán de nuevo á levantarse
 Las armas de los turcos inhumanos
 Contra los poderosos venecianos,
 «Y sacando una armada poderosa
 De todas sus provincias allegada,
 En la vecina Cipro, isla famosa,
 Descargará la furia represada ;
 Y con espada cruda y rigurosa
 Será la tierra de ellos ocupada,
 Entrando á Famagusta ya batida
 Sobre palabra falsa y sementida.
 «Quedarán pues tan arrogantes desto,
 Que la armada de gente reforzando
 Con soberbio designio y presupuesto
 Irán la via de Italia navegando,
 Despreciando del mundo todo el resto,
 Y aun el poder del cielo despreciando :
 Tanto será su orgullo y fiera muestra
 Nacido del pecado y culpa vuestra.
 «Mas el alto Señor, que otro dispone,
 Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
 Que cuando faltan méritos compone
 Con su sangre y pasion la deuda ajena,
 Y por solo un gemir luego repona
 La punicion y merecida pena,
 Quebrantará con golpe riguroso
 La soberbia del bárbaro ambicioso.
 «Que doliéndose ya de la fatiga

Del pueblo pecador, pero cristiano,
 Contra la gente pérfida enemiga
 Esgrimirá la poderosa mano:
 Así de inspiración habrá una liga,
 Donde el Papa y senado veneciano
 Juntarán su poder, su fuerza y gente
 Con la del rey católico potente.

«Será en gracia de todos elegido
 General de la liga el floreciente
 Mozo, que en su niñez desconocido
 Anda en hábito humilde entre la gente;
 Pero no me es á mí ya concedido
 Revelar lo futuro abiertamente:

Basta que lo verás, pues te aseguro
 Más larga vida el hado que ventura.

«Mas si quieres saber de esta jornada
 El futuro suceso nunca oído,
 Y la cosa mas grande señalada
 Que jamás en historia se ha leído,
 Cuando acaso pasares la cañada
 Por donde corre Rauco mas coñido,
 Verás al pié de un libano en la orilla
 Una mansa y doméstica corcilla.

«Conviénete seguirla con cuidado
 Hasta salir en una gran llanura,
 Al cabo de la cual verás á un lado
 Una fragosa entrada y selva oscura;
 Y tras la corza tímida emboscado
 Hallarás en mitad de la espesura
 Debajo de una tosca y hueca peña
 Una oculta morada muy pequeña.

«Allí por ser lugar inhabitable
 Sin rastro de persona ni sendero,
 Vive un anciano viejo venerable,
 Que famoso soldado fué primero,
 De quien sabras do habita el intratable
 Fitoñ, mágico grande y hechicero,
 El cual te informará de muchas cosas
 Que están aun por venir, maravillosas.

«No quiero decir mas en lo tocante
 A las cosas futuras, pues parece
 Que habrá materia y campo asaz bastante
 En lo que de presente se te ofrece

Para llevar tus obras adelante,
 Pues la grande ocasión te favorece:
 Que á mi solo hasta aquí me es concedido
 El poderte decir lo que has oído.

«Mas si el furor de Marte y la braveza
 Te tuvieren la pluma destemplada
 Y quisieres mezclar con su aspereza
 Otra materia blanda y regalada,
 Vuelve los ojos, mira la belleza
 De las damas de España, que admirada
 Estoy, según el bien que allí se encierra,
 Cómo no abrasa amor toda la tierra.

«Mas tente, que me importa á mí, primero
 Que de los ojos fáciles te fies,
 Prevenir al peligro venidero
 Para que dél con tiempo te desvies,
 Y no aguardes al término postrero,
 Ni en tu fuerza y mi ayuda te confies:
 Que aunque quiera despues contraponerme,
 Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
 Que me privó que el rostro no volviese,
 Solo aquel impedirme fué bastante
 A que el pronto apetito se encendiese:
 Y así sin esperar mas que adelante
 En el sano consejo procediese,
 Volvi los ojos luego, y de improviso
 Vi, si decirse puede, un paraíso.

En un asiento fértil y sabroso
 De alegres plantas y árboles cercado,
 Do el cielo se mostraba más hermoso
 Y el suelo de mil flores variado,
 Cerca de un claro arroyo sonoro
 Que atravesaba el fresco y verde prado,
 Vi junta toda cuanta hermosura
 Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
 Que en la dichosa España florecían:
 El claro sol, la luna y las estrellas
 En su respeto oscuras parecían;
 Y sobre sus cabezas todas ellas
 Olorosas guirnalda sostenían
 De mil varias maneras rodeadas

De rubias trenzas, ñudos y lazadas.
 Andaban por acá y allá esparcidos
 Gran copia de galanes estimados,
 Al regalado y blando amor rendidos,
 Corriendo tras sus fines y cuidados:
 Unos en esperanza sostenidos,
 Otros en sus riquezas confiados,
 Todos gozando alegres y contentos
 De sus lozanos y altos pensamientos.
 En esto con presteza y furia extraña
 Arrebatado por el aire vano
 La alta cumbre dejó de la montaña,
 Bajando al deleitoso y fértil llano,
 Donde si la memoria no me engaña
 Vi la mi guía á la derecha mano,
 Algo medrosa, y con turbado gesto
 De haberme en tanto riesgo y trance puesto.
 Que luego que los piés puse en el suelo,
 Los codiciosos ojos ya cebando,
 Libres del torpe y del grosero velo
 Que la vista hasta allí me iba ocupando,
 Un amoroso fuego y blando hielo
 Se me fué por las venas regalando,
 Y el brio rebelde y pecho endurecido
 Quedó al amor sujeto y sometido.
 Y deseoso luego de ocuparme
 En obras y canciones amorosas,
 Y mudar el estilo, y no curarme
 De las ásperas guerras sanguinosas,
 Con gran gana y codicia de informarme
 De aquel asiento y damas tan hermosas,
 En especial y sobre todas una
 Que vi á sus piés rendida mi fortuna.
 Era de tierna edad, pero mostraba
 En su sosiego discrecion madura,
 Y á mirarme parece la inclinaba
 Su estrella, su destino y mi ventura:
 Yo que saber su nombre deseaba,
 Rendido y entregado á su hermosura,
 Vi á sus piés una letra que decia:
 «Del tronco de Bazan doña Maria.»
 Y por saber mas della, revolviendo
 El rostro y voz á la prudente guía,

Súbito el alboroto y fiero estruendo
 De las bárbaras armas y armonía
 Me despertó del dulce sueño, oyendo:
 «¡ Arma, arma! ¡ presto, presto! » y parecia
 Romper el alto cielo los acentos
 De las diversas voces é instrumentos.
 En esta confusion, medio dormido,
 A las vecinas armas corri presto,
 Poniéndome en un punto apercebido
 En mi lugar y señalado puesto:
 Cuando con ferocisimo alarido
 Por la áspera ladera del recuesto
 Apareció gran número de gente,
 Y la rosada aurora en el Oriente.
 Luego tambien por una y otra parte
 Con no menores voces y denuedo
 Tanta gente asomó, que al fiero Marte
 Con su temeridad pusiera miedo.
 Mas para proceder parte por parte,
 Segun estoy cansado ya no puedo:
 En el siguiente y nuevo canto pienso
 De declararlo todo por extenso.

CANTO XIX.

Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
Á concetos de amor y obras de amores;
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen noche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo;
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante;
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto

Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso;
Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia,
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo pretendia:
Los tiros, golpes, botes y estocadas
Con gran destreza y maña rebatía,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al impetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano propósito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,

Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete;
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo:
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el misero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el jóven Pinol, que prometido

Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con piés ligeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra el hado preciso y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni ligereza
Á escapar de las manos de la muerte;
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al ligero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto, que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran impetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazón Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De léjos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolan le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia

Con un osado jóven que delante
Venía la tierra y cielo despreciando,
De proporción y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandiendo,

Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte;

Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pié se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó ligero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra;
Mas el pronto español que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traía,
Cincó veces ó seis por el costado
Del brayo corazon tentó la vía:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendía,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español que vió tendido
Á su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido,
Retrayéndose ufano hácia la puerta:
Donde por los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grito de la gente.

En este tiempo ya por todos lados
La plaza los contrarios expugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde más la cierta puntería

El encubierto blanco descubría.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos;
Otros que mas presumen de ligeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos;
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos
El foso se cegó y allanó presto,
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte por mas áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiase.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan;
Mas poco los demás escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra y de temor desnudos
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punto y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,

Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso
 Todo cubierto de luciente malla.
 Como el leon de Libia vedijoso
 Que abriendo de la tímida canalla
 El tejido escuadron, con furia horrenda
 Desembaraza la impedida senda ,

Asi el furioso bárbaro arrogante
 Discurre por el muro, derribando
 Cuanto alli se le o pone y ve delante,
 Su misma gente y armas tropellando:
 Quisiera tener lengua y voz bastante
 Para poder en suma ir relatando
 El singular esfuerzo y valentia

Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.
 No las espesas picas ni pertrechos
 Bastan puestas en contra á resistirle,
 Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
 Pueden acometiéndole impedirle :
 Que montones de gente y armas hechos
 Rompe y derriba sin poder sufrirle,
 Y aun no contento desto, esadamente
 Se arroja dentro en medio de la gente ;

Y al peligro las fuerzas añadiendo
 La poderosa maza rodeaba ,
 Unos desbaratando, otros rompiendo
 Siempre mas tierra y opinion ganaba :
 Al fin los duros golpes resistiendo
 Por las armas y gente atravesaba,
 Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
 Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

Tambien hácia la banda del Poniente
 Habia Peteguelen arremetido,
 Y á despecho y pesar de nuestra gente
 En lo mas alto del bastion subido :
 Que el valeroso corazon ardiente
 Le habia por las entrañas esparcido
 Un belicoso ardor, como si fuera
 En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró; que á poca pieza
 Le arrebató una bala desmandada
 De los dispuestos hombros la cabeza,
 Rematando su próspera jornada ;
 Tras esta disparó luego otra pieza

Hácia la misma parte encaminada,
 Llevando á Guampicol que le seguia,
 Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado
 Viendo el rumor y priesa repentina
 Cuál salta luego arriba desarmado,
 Cuál con rodela, cuál con coracina;
 Quién se arroja al batel, y quién á nado
 Piensa arribar mas presto á la marina,
 Llamando cada cual á quien debia
 Y ninguno aguardaba compañia.

Así á nado y á remo con gran pena
 El molesto y prolijo mar cortaron ,
 Y en la ribera y deseada arena
 Casi todos á un tiempo pié tomaron ;
 Donde con disciplina y órden buena
 Un cerrado escuadron luego formaron,
 Marchando á socorrer á los amigos
 Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés, cuando
 Por la parte de abajo con ruido
 Les sale un escuadron en contra , dando
 Una furiosa carga y alarido :
 Venia el primero el paso apresurando
 El suelto Feniston, mozo atrevido,
 Que de los otros quiso adelantarse
 Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con órden y osadia
 Siguiendo su derrota y firme intento ,
 A la enemiga opuesta arremetia,
 Que aun de esperar no tuvo sufrimiento ;
 Y á recibir á Feniston salia
 Con paso no menor y atrevimiento
 El diestro Julian de Valenzuela,

La espada en mano, al pecho la rodela.
 Fué alli el primero que empezó el asalto
 El presto Feniston anticipado,
 Dando un ligero y no pensado salto
 Con el cual descargó un baston pesado ,
 Mas Valenzuela , la rodela en alto ,
 A dos manos el golpe ha reparado,
 Dejándole atronado de manera
 Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado jóven una pieza
Fué rodando de manos aturrido;
Mas luego aunque atronado se endereza,
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al través hurtándose de un salto
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traía,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que él tenía,
Metiendo con presteza el pié y el brazo
El pecho con la espada le cosía,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el jóven tentando otro camino
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole extender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria

A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quició todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla
Siempre con rabia y priesa hervorosa
Andaba muy reñida la batalla,
Y la victoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Asi de acá y allá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,

Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira lusitano,
Don Alonso Pachecho y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Vasco Juarez tambien por otra parte,
Carrillo y don Antonio de Cabrera,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera
Subidos sobre el alto baluarte,
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martin de Guzman y don Hernando
Pachecho, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Oyando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera
Contarlas por extenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado,
Tambien del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurría
Haciendo en todas partes riza extraña;
Tropella á Bustamante y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.

Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX.

Retiranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegalda á D. Alonso de Ercilla el extraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy ligero
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho coman y ley expresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo misero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Asi la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desengaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.
De mi sabré decir cuán trabajada
Me tiene la memoria y con cuidado
La palabra que di bien excusada
De acabar este libro comenzado;
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado,
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestras
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crueldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastio
Agotando un caudal mayor que el mio?
Mas á mi me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculparme,
Tal es la furia y prisa con que viene
Que apresurar la mano me conviene.

El cual como encerrada bestia fiera
Ora de aquella y ora desta parte
Abre sangrienta y aspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Había de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazón alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera

Que parece que en ellas se sostuvo :
 Hizo prueba de si fuerte y ligera ,
 Que el salto aunque mortal en poco tuvo ,
 Cayendo abajo el bárbaro gallardo
 Como una onza ligera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó que en seguimiento
 Infinidad de tiros le arrojaron ,
 Que aunque no le alcanzara el pensamiento
 Antes que fuese abajo le alcanzaron :
 Fué tanto el descargar que en un momento
 En mas de diez lugares le llagaron ;
 Pero no de manera que cayese ,
 Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido , luego
 Del propósito y salto arrepentido ,
 Abrasado en rabioso y vivo fuego ,
 Terrible y mas que nunca embravecido ,
 Quisiera revolver de nuevo al juego
 Y vengarse del daño recibido ;
 Mas era imaginarlo desatino ,
 Que el cerro era atajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
 Y de fortuna el crédito tentaba ,
 Que fácil lo imposible le hacia
 El coraje y furor que le incitaba :
 Por un lado y por otro discurría ,
 Todo de acá y de allá lo rodeaba ,
 Como el hambriento lobo encarnizado
 Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin que era designio vano
 Y de tiros sobre él la lluvia espesa ,
 Retirándose á un lado vió en el llano
 La trabada batalla y fiera priesa ;
 Y como el levantado halcon lozano
 Que yendo alta la garza , se atraviesa
 El cobarde milano , y desde el cielo
 Cala á la presa con furioso vuelo :

Así el gallardo Tucapel , dejado
 El temerario intento infructuoso ,
 Revuelve á la otra banda encaminado
 Al reñido combate sanguinoso :
 En esto el bando infiel desconfiado
 De mucha gente y sangre perdidoso ,

Se retiró , siguiendo las banderas
 Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
 Un solo paso el bárbaro valiente ,
 Antes recio embistió por una banda ,
 Tropellando de golpe mucha gente ;
 Y dándoles terrible escurribanda
 Pasó de un cabo á otro francamente ,
 Hiriendo y derribando de manera
 Que dejó bien abierta la carrera.

Quién queda allí estropiado , quién tullido ,
 Quién se duele , quién gime , quién se queja ,
 Quién cae acá , quién cae allá aturdido ,
 Quién haciéndole plaza dél se aleja ,
 Y en el largo escuadron de armas tejido
 Un gran portillo y ancha calle deja ,
 Con el furor que el fiero rayo apriesa
 Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendo
 De parte á parte el escuadron cristiano
 Arriba á los amigos , que siguiendo
 Iban la retirada á paso llano ,
 Con el concierto y órden procediendo
 Que vemos ir las grullas el verano ,
 Cuando de su tendida y negra banda
 Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros aunque pocos cuando vimos
 Que á espaldas vueltas iban ya marchando ,
 De nuestro fuerte en gran tropel salimos
 En la campaña un escuadron formando ,
 Y á paso moderado los seguimos
 De la victoria enteramente usando ;
 Pero dimos la vuelta apresurada
 Temiendo alguna bárbara emboseada.

Duró pues el reñido asalto tanto
 Que el sol en lo mas alto levantado
 Distaba del Poniente en punto cuanto
 Estaba del Oriente desviado :
 Nosotros ya seguros , entretanto
 Que remataba el curso acostumbrado
 Dando lugar á las nocturnas horas
 Del personal trabajo aliviadoras ;
 El ciego foso al rededor limpiamos

Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera

La negra noche á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo reuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel día,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrisimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,

Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel día
Habian hecho gran riza y bateria.

No mucho despues de esto, yo que estaba
Con ojo alerta y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Hácia los cuerpos muertos un ruido,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discuriendo.

La noche era tan lóbrega y oscura
Que divisar lo cierto no podia;
Y así por ver el fin de esta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debia,
Me vine agazapado en la verdura
Hácia la parte que el rumor se oia,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: « Señor, señor, merced te pido,
Que soy mujer y nunca te he ofendido.

« Si mi dolor y desventura extraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos licitos pasaren,
¿ Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada
Viuda, misera, triste y desdichada?

« Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun día,
Me dejes dar á un muerto sepultura
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo,

Lo malo aprueba ya y se hace injusto.
 «No quieras impedir obra tan pia
 Que aun en bárbara guerra se concede,
 Que es especie y señal de tiranía
 Usar de todo aquello que se puede;
 Deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
 Despues furioso con rigor procede:
 Que ya el dolor me ha puesto en tal extremo
 Que mas la vida que la muerte temo.
 «Que no sé mal que ya dañarme pueda;
 No hay bien mayor que no le haber tenido;
 Acábase y fenezca lo que queda,
 Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
 Que aunque el cielo cruel no me conceda
 Morir mi cuerpo con el suyo unido,
 No estorbará por mas que me persiga,
 Que mi afligido espíritu le siga.»
 En esto con instancia me rogaba
 Que su dolor de un golpe rematase;
 Mas yo que en duda y confusion estaba
 Aun teniendo temor que me engañase,
 Del verdadero indicio no fiaba
 Hasta que un poco mas me asegurase,
 Sospechando que fuese alguna espía
 Que á saber cómo estábamos venía.
 Bien que estuve dudoso; pero luego
 Aunque la noche el rostro le encubria,
 En su poco temor y gran sosiego
 Vi que verdad en todo me decia;
 Y que el pérfido amor ingrato y ciego
 En busca del marido la traia,
 El cual en la primera arremetida
 Queriendo señalarse dió la vida.
 Móvido pues á compasion de vella
 Firme en su casto y amoroso intento,
 De allí salido me volví con ella
 A mi lugar y señalado asiento:
 Donde yo le rogué que su querella
 Con ánimo seguro y sufrimiento
 Desde al principio al cabo me contase,
 Y desfogando la ansia descansase.
 Ella dijo: «¡Ay de mi! que es imposible
 Tener jamás descanso hasta la muerte,

Que es sin remedio mi pasion terrible,
 Y mas que todo sufrimiento fuerte!
 Mas aunque me será cosa insufrible,
 Diré el discurso de mi amarga suerte,
 Quizá que mi dolor segun es grave
 Podrá ser que esforzándole me acabe.
 «Yo soy Tegualda, hija desdichada
 Del cacique Brancol desventurado,
 De muchos por hermosa en vano amada,
 Libre un tiempo de amor y de cuidado;
 Pero muy presto la fortuna airada
 De ver mi libertad y alegre estado
 Turbó de tal manera mi alegría
 Que al fin muero del mal que no temia.
 «De muchos fui pedida en casamiento,
 Y á todos igualmente despreciaba,
 De lo cual mi buen padre descontento
 Que yo aceptase alguno me rogaba;
 Pero con franco y libre pensamiento
 De su importuno ruego me excusaba,
 Que era pensar mudarme desvario,
 Y martillar sin fruto en hierro frio.
 «No por mis libres y ásperas respuestas
 Los firmes pretensores aflojaron:
 Antes con nuevas pruebas y recuestas
 En su vana demanda mas instaron,
 Y con danzas, con juegos y otras fiestas
 Mudar mi firme intento procuraron,
 No les bastando maña ni artificio
 A sacar mi propósito de quicio.
 «Muy presto pues llegó el postrero día
 Desta mi libertad y señorío:
 ¡Oh si lo fuera de la vida mia!
 Pero no pudo ser que era bien mio.
 En un lugar que junto al puello habia
 Donde el claro Gualebo, manso rio,
 Despues que sus viciosos campos riega,
 El nombre y agua al ancho Itala entrega:
 «Allí para castigo de mi engaño
 Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
 Y como habia de ser para mi daño
 Fácilmente conmigo lo acabaron:
 Luego por orden y artificio extraño

La larga senda y pasos enramaron ,
Pareciéndoles malo el buen camino ,
Y que el sol de tocarme no era dino.

«Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento ,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento :
El agua clara en torno murmuraba ,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruido
Que alegraban la vista y el oido.

«Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron ,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron :
Cada cual á su puesto retirado
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal , que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

«Aunque habia muchos jóvenes lucidos
Todos al parecer competidores ,
De diferentes suertes y vestidos ,
Y de un fin engañoso pretensores ,
No estaba en cuáles eran los vencidos ,
Ni cuáles habian sido vencedores ,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

«Yo que en cosa de aquellas no paraba
El fin de sus contiendas deseando ,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando ,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando ,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

«Cuando un gran alb roto y vocería ,
Cosa muy cierta en semejante juego ,
Se levantó entre aquella compañía ,
Que me sacó de seso y de sosiego :
Yo queriendo entender lo que seria
Al mas cerca de mi pregunté luego
La causa de la grita ocasionada ,
Que me fuera mejor no saber nada.

«El cual dijo : Señora , ¿ no has mirado
Cómo el robusto jóven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano ?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente ,
«Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado ,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto
Llevándole el honor que habia ganado ;
Y el fácil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado ,
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

«Y tambien Mareguano que procura
De volver á luchar , el cual alega
Que fue siniestro acaso y desventura ,
Que en fuerza y maña el otro no le llega ;
Pero lá condicion y la postura
Del expreso cartel se lo deniega ,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces , que es contento y lo consiente.

«Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento ,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento ;
Mas que de su propósito se quiten ,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de ti franca licencia.

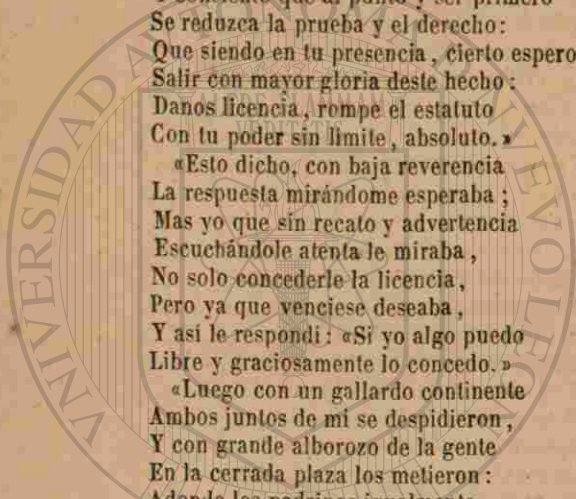
«En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia ,
Que como junto á mi llegó cesando
El discordé alboroto y vocería ,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo : «Señora , una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido :

«Que si soy extranjero , y no mereço
Hagas por mi lo que es tan de tu oficio ,
Como tu siervo natural te ofrezco

De vivir y morir en tu servicio :
 Que aunque el agravio aquí yo le padezco ,
 Por dar desta mi oferta algun indicio ,
 Quiero , si dello fueres tú servida ,
 Luchar con Mareguano otra caída ,
 « Y otra , y otra , y aun mas si él quiere quiero ,
 Hasta dejarle en todo satisfecho ,
 Y consiento que al punto y ser primero
 Se reduzca la prueba y el derecho :
 Que siendo en tu presencia , cierto espero
 Salir con mayor gloria deste hecho :
 Danos licencia , rompe el estatuto
 Con tu poder sin limite , absoluto. »
 « Esto dicho , con baja reverencia
 La respuesta mirándome esperaba ;
 Mas yo que sin recato y advertencia
 Escuchándole atenta le miraba ,
 No solo concederle la licencia ,
 Pero ya que venciese deseaba ,
 Y así le respondi : « Si yo algo puedo
 Libre y graciosamente lo concedo. »
 « Luego con un gallardo continente
 Ambos juntos de mí se despidieron ,
 Y con grande alborozo de la gente
 En la cerrada plaza los metieron :
 Adonde los padrinos igualmente
 El sol ya bajo y campo les partieron ,
 Y dejándolos solos en el puesto
 El uno para el otro movió presto.

« Juntáronse en un punto , y porfiando
 Por el campo anduvieron un gran trecho ,
 Ora volviendo en torno y volteando ,
 Ora yendo al través , ora al derecho ,
 Ora alzándose en alto , ora bajando ,
 Ora en sí recogidos pecho á pecho :
 Tan estrechos gimiendo se tenían ,
 Que recibir aliento aun no podían .
 « Volvian á forcejar con un ruido ,
 Que era de ver oírlos cosa extraña ;
 Pero el mozo extranjero ya corrido
 De su poca pujanza y mala maña ,
 Alzó de tierra al otro , y de un gemido
 De espaldas le trabuca en la campaña

Con tal golpe , que al triste Mareguano
 No le quedó sentido y hueso sano .
 « Luego de mucha gente acompañado
 A mi asiento los jueces le trujeron ;
 El cual ante mis piés arrodillado
 Que yo le diese el precio me dijeron :
 No sé si fué su estrella ó fué mi hado ,
 Ni las causas que en esto concurren ,
 Que comencé á temblar , y un fuego ardiendo
 Fué por todos mis huesos discurriendo .
 « Halléme tan confusa y alterada
 De aquella nueva causa y accidente ,
 Que estuve un rato atónita y turbada
 En medio del peligro y tanta gente ;
 Pero volviendo en mí mas reportada ,
 Al vencedor en todo dignamente
 Que estaba allí inclinado ya en mi falda
 Le puse en la cabeza la guirnalda .
 « Pero bajé los ojos al momento
 De la honesta vergüenza reprimidos ,
 Y el mozo con un largo ofrecimiento
 Incliné á sus razones mis oídos :
 Al fin se fué llevándome el contento
 Y dejando turbados mis sentidos ;
 Pues que llegué de amor y pena junto
 De solo el primer paso al postrer punto .
 « Sentí una novedad que me apremiaba
 La libre fuerza y el rebelde brio ,
 A la cual sometida se entregaba
 La razon , libertad y el albedrío :
 Yo que cuando acordé ya me hallaba
 Ardiendo en vivo fuego el pecho frio ,
 Alcé los ojos tímidos cebados
 Que la vergüenza allí tenía abajados .
 « Roto con fuerza súbita y furiosa
 De la vergüenza y continencia el freno ,
 Le seguí con la vista deseosa
 Cebando mas la llaga y el veneno ;
 Que solo allí mirarle y no otra cosa
 Para mí mal hallaba que era bueno ;
 Así que adonde quiera que pasaba
 Tras sí los ojos y alma me llevaba .
 « Vile que á la sazón se aperecía



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1825 MONTERREY, MEXICO

Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado;
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

«Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pie cada cual puesto
Prontos y apercebidos atendieron;
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

«Pero Crepino, el jóven extranjero,
Que así de nombre propio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

«Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero despues á mi lugar tornando
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le di mi libertad y anillo junto.

«Él me dijo: «Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la afición con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.»

«Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije que el anillo recibia
Y mas la voluntad de la persona:

En esto toda aquella compañía
Hecha en torno de mi espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron
Y á casa de mi padre me llevaron.
«No con pequeña fuerza y resistencia
Por dar satisfaccion de mí á la gente,
Encubri tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre y señor, mañosamente
Le di á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi desseo,

«Diciendo: que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer te habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesto, afable,
De condicion y término loable.

«Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente dijo: «En esto
Y en todo me remito á tu albedrio:
Pues de tu discrecion y intento honesto
Que elegirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.»

«Ya que con voluntad y mandamiento
A mi honor y desseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo,
Hoy hace justo un mes. ¡Oh suerte dura!
¡Qué cerca está del bien la desventura!

«Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangrienta y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo
Adonde ya ningun remedio vale,

Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

«Este es pues el proceso, esta es la historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

«Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podía:
Solo pedía la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el Sur y Sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuanto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegalda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto

Que el esperado ya vecino día
Quitase de la noche el negro manto.
Entretanto también razón sería,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegalda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonora;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.
Cesé el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtuosas:
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia y las condena
Á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido
Á la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
Á quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido

Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

«Este es pues el proceso, esta es la historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu causa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

«Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Háznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enterneceja,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podía:
Solo pedía la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas trastornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el Sur y Sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuanto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegalda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto

Que el esperado ya vecino día
Quitase de la noche el negro manto.
Entretanto también razón sería,
Pues que todos descansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

CANTO XXI.

Halla Tegalda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?

¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa

Como la que tenemos hoy delante

Desta infelice bárbara hermosa?

La fama engrandeciéndola levante

Mi baja voz en alta y sonora;

Dando noticia della eternamente

Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio

De las mordaces lenguas ponzoñosas

Que tienen de costumbre y por oficio

Ofender las mujeres virtuosas:

Pues mirándolo bien, solo este indicio,

Sin haber en contrario tantas cosas,

Confunde su malicia y las condena

Á duro freno y vergonzosa pena.

Cuántas y cuántas vemos que han subido

Á la difícil cumbre de la fama,

Judit, Camila, la fenisa Dido,

Á quien Virgilio injustamente infama;

Penélope, Lucrecia, que al marido

Lavó con sangre la violada cama;
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcéstes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda, pues parece
En la rara hazaña señalada

Cuanto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada

Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

Quedó pues, como dije, recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida.
Segun lo que esperaba en su ventura;
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me había los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,
Los brazos extendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La misera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada;
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañada,
La boca le besaba y la herida
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?

¿Cómo al injusto amor no satisfacgo
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Asi furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello,
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Despues que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentilico intento y desvario,
Los prestos yanacónas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando asi rota la guerra
No padeciese agravio y demasia,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mí gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y orden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

Tambien tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos

Con mil caballos y dos mil flecheros;
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevádoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran prisa á nuestro fuerte,
Diciendo: « ¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar dónde podais salvaros. »

El mismo aviso trajo al mediodía
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba;
Y con presteza y orden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercebida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos tambien por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados
Al postrer cuarto de la noche muda:
Asi que cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,

Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos!
Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos;
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida de esta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sábiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Peró los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente
Pide que se acelere la partida,
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señalado.

Venido el aplazado alegre dia,

Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada;
Que en aquella ocasión partido había
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual orden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolican tambien por otra parte
Con no menor cuidado y providencia
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia:
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y experiencia;
Y todo puesto á punto quiso un día
Ver la gente y las armas que tenía.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen orden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros,
Gran número de tiros esparciendo.
Venía Rengó tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero libano en la mano.

Tras él con fiero término seguía
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnés traía
La piel de un fiero tigre que matara,

Cuya espantosa boca le ceñía
Por la frente y quijadas la ancha cara,
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados.
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequeten, que su corriente
No deja á la pasada fuente y río
Que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo,
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra por extremo
Lucida entre las otras y vistosa;
Un poco atrás del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Había muerto en defensa de su madre.

Cuentan, no sé si es fábula, que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué del súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella

Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino mónstruo sobreaguado
(Que tambien el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujó
De las huidoras olas se retrujó.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia;
El cual, sazón y punto no perdiendo,
A las cereanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente
De fuerza y ligereza acompañada
Al mónstruo devoraz heria en la frente
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el Indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y á Quilacura,
Que es un valle extendido y muy poblado
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en la derecha mano,
Que como un tierno junco le blanda,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,

Cuyas armas son puntas enastadas,
De una gran braza largas y rollizas;
Y los trulos tambien que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombres de poco efeto, alharaquientos,
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalican con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finisima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos
Armado ricamente, el cual traía
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardia;
Seguian los llaucos de almagrados gestos
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del inclito Ainavillo.

Seguia despues Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo;
Tras él venia Puren tambien guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada,
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada;
El mozo Peicavi luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnés cubierto,

Y su escuadron de aquel color vestido ,
Al tardo són y paso los soldados
De roncós atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista ,
Primero en todo , Tucapel gallardo ,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo :
Grande en el cuerpo y áspero en la vista ,
Con un huello lozano y paso tardo ,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante , fantástica y valiente.

El gran Caupolicán , con la otra parte
Y resto del ejército araucano ,
Mas encendido que el airado Marte
Iba con un bastón cortó en la mano :
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venía el valiente Curgo y Mareguano
Y el grave y elocuente Colocolo ,
Millo , Teguan , Lambecho y Guampicolo .

Seguían luego detrás sus plimaiquenes ,
Tuncos , renoguelones y pencones ,
Los itatas , mauleses y cauquenes
De pintadas divisas y pendones ;
Nibequetenes , puelches y cautenes
Con una espesa escuadra de peones ,
Y multitud confusa de guerreros ,
Amigos , comarcanos y extranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece ,
Así crece la fiera gente armada ,
Tiembra en torno la tierra y se estremeca
De tantos piés balida y golpeada ;
Lleno el aire de estruendo se oscurece
Con la gran polvareda levantada ,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
Segun que dije arriba , don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía ,
Con un alegre término y semblante
Que dichoso suceso prometía ,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones :

«Valientes caballeros , á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo
Pasando la solar tórrida zona ,
Y los distantes trópicos , que Apolo ,
Por mas que cerca el cielo y le corona ,
Jamás en ningún tiempo pasar puede ,
Ni el soberano Autor se lo concede :

«Ya que con tanto afán habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas ,
Y al español dominio sometido
Innumerables gentes extranjeras ;
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras :
Que vencido esto poco , vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

«Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado ,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho ,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado :
Que la causa indecisa , igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna ,
Pues las puede ganar con sola una.

«Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es , que en estas batallas y revueltas ,
Aunque os haya ofendido el enemigo ,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas :
Antes le defended como al amigo ,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehubere el morir en la batalla ,
Pues es mas dar la vida que quitalla.

«Poned á todo en la razon la mira
Por que las armas siempre habeis tomado ,
Que pasando los terminos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado ;
Pues cuando la razón no frena y tira
El ímpetu y furor demasiado ,
El rigor excesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

«No sé , ni tengo mas acerca desto
Que decir , ni advertiros con razones ,
Que en detener ya tanto soy molesto

La furia desos vuestros corazones:
 Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
 Las palizadas, tiendas, pabellones,
 Y vámonos de aquí todos á una
 Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbite las escuadras presurosas
 Con grande alarde y con gallardo brio
 Marchan á las riberas arenosas

Del ancho y caudaloso Biobío;
 Y en esquifadas barcas espacuosas
 Atravesaron luego el ancho río,
 Entrando con ejército formado
 Por el distrito y término vedado.

Mas según el trabajo se me ofrece
 Que tengo de pasar forzosamente,
 Reposar algún tanto me parece
 Para cobrar aliento suficiente;
 Que la cansada voz me desfallece,
 Y siento ya acabármeme el torrente;
 Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,
 Que os venga á contentar el otro canto.

CANTO XXII.

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho
 Piensas sacar de mi desasosiego?
 ¿No estás de mi promesa satisfecho,
 Que quieres alligirme desde luego?
 ¡Ay! que ya siento en mi cuidadoso pecho
 Labrarme poco á poco un vivo fuego,
 Y desde allí con movimiento blando
 Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
 El duro estilo del sangriento Marte,
 Que así de tal manera me fatiga
 Tu importuna memoria en cada parte?
 Déjame ya, no quieras que se diga,
 Que porque nadie quiere celebrarte,
 Al último rincón vas á buscarme,
 Y allí pones tu fuerza en aquejarme.
 ¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,
 Habiendo tantos célebres varones,
 Venir á mendigar á mi pobreza,
 Tan falta de concetos y razones;
 Y en medio de las armas y aspereza,
 Sumido en mil forzosas ocasiones,
 Me cargas por un sueño quizá vano
 Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
 Del enemigo bárbaro vecino
 No da lugar á que otra cosa atienda,
 Que me tiene tomado ya el camino:

Donde siento fraguada una contienda,
Que el mas fértil ingenio y peregrino
En tal revolucion embarazado
No le diera lugar desocupado.

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido
Dentro del campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la mas corta senda sin rodeo
Pienso seguir el comenzado oficio
Desnudo de ornamento y artificio.

Vuelto á la historia, digo que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera,
Que gran espacio en breve se alejaba
Del Taleaguano, término y ribera;
Mas cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera
En cómodo lugar y llano asiento
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados:
«¡Arma, arma, enfrena, enfrena, aina, aina!»
Luego de acá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y disciplina
Corren á sus banderas y pendones
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra
Cerca del alto monte Andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: «¡Espera, espera, tente, tente!
¡Veremos quién hoy es aquí el valiente!»

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron,
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho
Sin punto reparar los embistieron,
Haciéndoles tomar luego la vuelta

Sin órden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos
Haciendo cuerpo y rostro revolvan,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvareda envueltos
Iban en el alcance y seguimiento;
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos
A la sazón con mas temor que tiento
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpos, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban
Haciéndoles bajar de los arzones:
Al fin necesitados peleaban,
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia
Iban los españoles fatigados
Sin poderse poner en resistencia:
Algunos del honor avergonzados
Vuelven haciendo rostro y apariencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando
Siguiendo el hado y próspera fortuna,

El rabioso furor ejecutando
 En los rendidos sin clemencia alguna,
 Por el tendido valle resonando
 La trulla y grita bárbara importuna,
 Que arrebatada del ligero viento
 Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del Poniente
 Con gran presteza y no menor ruido
 Juan Remon arribó con mucha gente,
 Que el aviso primero habia tenido;
 Y en furioso tropel gallardamente,
 Alzando un feroeísimo alarido,
 Embistió la enemiga gente airada
 En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
 De duras puntas al romper hallaron,
 Que con estrago de una y otra parte
 Hecho un hermoso choque repararon:
 Unos pasados van de parte á parte,
 Otros muy lejos del arzon volaron,
 Otros heridos, otros estropeados,
 Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
 Las memorables cosas señaladas,
 Y los crudos efectos deste día
 De valerosas lanzas y de espadas:
 Que aunque ingenio mayor no bastaria
 Á poderlas llevar continuadas,
 Es justo se celebre alguna parte
 De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
 El primero escuadron iba guiando,
 Con muestra airada y con feroz semblante
 El firme y largo paso apresurando,
 Cala la gruesa pica en un instante,
 Y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
 Recibe en el cruel hierro fornido
 El cuerpo de Hernan Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
 Hizo el agudo hierro gran herida,
 Pasando el escaupil doble, estofado,
 Y una cota de malla muy tejida:
 El ancho y duro hierro ensangrentado

Abrió por las espaldas la salida,
 Quedando el cuerpo ya descolorido
 Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
 Salió al valiente Osorio, que corriendo
 Venia con mayor ánimo que tino
 Los herrados talones sacudiendo,
 Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,
 Le dió lado, y la maza revolviendo
 Con tanta fuerza le cargó la mano,
 Que no le dejó miembro y hueso sano.

Á Cáceres, que un poco atrás venia,
 De otro golpe tambien le puso en tierra,
 El cual con gran esfuerzo y valentia
 La adarga embraza y de la espada afierra,
 Y contra la enemiga compañía
 Se puso él solo á mantener la guerra,
 Haciendo rostro y pié con tal denuedo
 Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
 La fuerza contra tantos no bastaba,
 Que ya la espesa turba alharaquenta
 En confuso monton le rodeaba;
 Pero en esta sazon mas de cincuenta
 Caballos que Reinoso gobernaba,
 Que de refresco á tiempo habian llegado,
 Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
 De gruesas astas un tejido muro,
 El cerrado escuadron aportillaron,
 Probando mas de diez el suelo duro;
 Y al esforzado Cáceres cobraron,
 Que cercado de gente mal seguro
 Con ánimo feroz se sustentaba,
 Y matando, la muerte dilataba.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
 Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,
 Sin mirar el peligro y riesgo extraño,
 Sustentan todo el peso de su banda:
 Tambien hacen efecto y mucho daño
 Losada, Peña, Córdoba y Miranda,
 Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
 Martin Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,
 En la española sangre ya cebada,
 Los hizo revolver forzosamente,
 Y seguir la carrera comenzada;
 Tras estos otra escuadra de repente
 En ellos se estrelló desatinada;
 Mas sin ganar un paso de camino
 Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
 Juan Remon y los otros revolvián,
 Luego con nueva pérdida y mas priesa
 La primera derrota proseguían;
 Y en una polvorosa nube espesa
 Envueltos unos y otros ya venían,
 Cuando fué nuestro campo descubierto
 En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
 Que por las picas nuestras se metieron;
 Pero vueltos en si mas reportados,
 El suelto paso y furia detuvieron;
 Y al punto recogidos y ordenados,
 La campaña al través se retrujeron
 Al pié de un cerro á la derecha mano
 Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos
 Un gran tropel á pié de gente armada,
 Que con presteza al arribar les dimos
 Espesa carga y súbita rociada;
 Y al cieno retirados nos metimos
 Tras ellos por venir espada á espada,
 Probando allí las fuerzas y el denuedo
 Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron
 Así de firme á firme y frente á frente,
 Ni mano á mano dando recibieron
 Golpes sin descansar á manteniendo,
 Como el un bando y otro que vinieron
 A estar así en el cieno estrechamente,
 Que echar atrás un paso no podían;
 Y dando apriesa, apriesa recibían.

Quién el húmido cieno á la cintura
 Con dos y tres á veces peleaba;
 Quién por mostrar mayor desenvoltura

Queriéndose mover, mas se atascaba;
 Quién probando las fuerzas y ventura
 Al vecino enemigo se aferraba,
 Mordiéndole y cegándole con lodo,
 Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
 Andaba igual, y en duda la fortuna,
 Sin muestra ni señal de declararse
 Mínima de ventaja en parte alguna:
 Ya parecían aquellos mejorarse,
 Ya ganaban aquestos la laguna;
 Y la sangre de todos derramada
 Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
 Le habia llevado ciego tanto trecho,
 Luego, que nuestro campo vió á la mira,
 Y que á dar en la muerte iba derecho,
 Al vecino pantano se retira,
 Y el fiero rostro y animoso pecho
 Contra todo el ejército volvia,
 Y en voz amenazándole decia:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,
 En mí sea vuestra saña convertida,
 Que soy quien os persigue, y quien desea
 Mas vuestra muerte que su propia vida;
 No quiero ya descanso hasta que vea
 La nacion española destruida,
 Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
 Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
 En medio del pantano se presenta,
 Y la sangrienta maza floreado
 La gente de poco ánimo amedrenta:
 No fué bien conocido en la voz, cuando
 Haciendo de sus fieros poca cuenta,
 Algunos españoles mas cercanos
 Agujamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, Yanacona, que una pieza
 De los otros osado se adelanta,
 Le machuca de un golpe la cabeza,
 Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
 Y contra el jóven Zúñiga endereza
 El tercero con saña y furia tanta,

Que como clavo en húmido terreno
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabali herido
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bula y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salían,
Y como tempestad sobre él llovían.

Ya el esparcido ejército obediente
Que el porfiado alcance había seguido,
Descubriendo en el llano á nuestra gente
Se había tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido
A causa que la ciénaga era honda
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en orden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse,

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos

La fuerza en tiempo y acto infructuoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio mas costoso;
Conviene que de aquí nos retiremos
Antes que en este sitio cenagoso
Del enemigo puestos en aprieto
Perdamos la opinión y él el respeto.

Luego la voz de Rengo obedecida
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al són del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y la alta frente.

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traído

Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja, ni arrugar la frente,
Y con desden y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;

Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

«Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aqui pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos afñudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en plé puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,

Que no me faltarán para vengarme.
«Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendréis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entenderéis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí ligero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me sienta
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.